



PQ 7296

M6

V5



1080019226

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VICTIMAS

DE AJENA CULPA

Drama en tres actos y en verso

POR

Antonio de P. Moreno.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

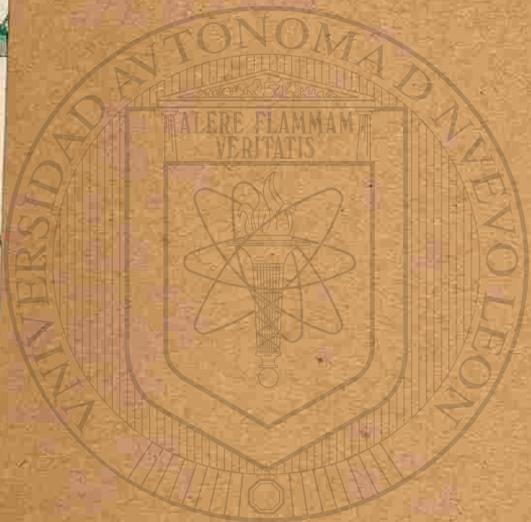
MÉXICO

IMPRESA DE «LA VOZ DE MÉXICO»

1899

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

40510



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

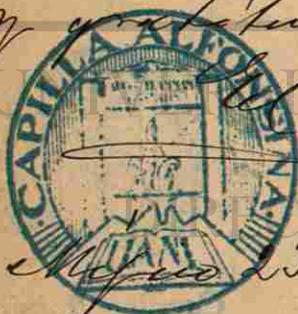
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pa7296

.46

V5

Testimonio de afecto
y consideracion al
Señor conde D. Lope
Valverde Tellez,
amigo fiel y querido
a quien debe mucho
y gratitud.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Antonio

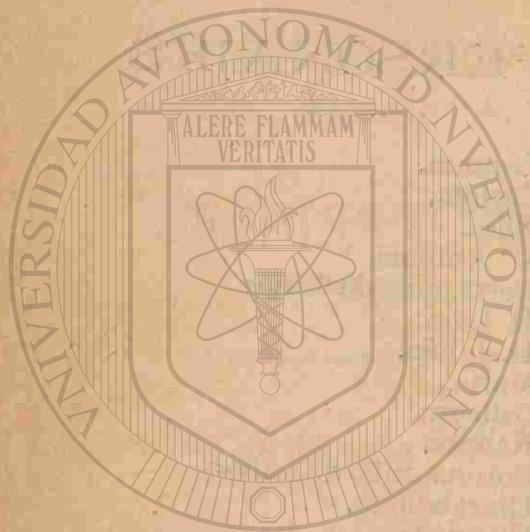
México 23 abril 1907

PERSONAJES

Lorenza.
Carlota.
Elisa.
D^a Antonia.
Berta, niña de 6 años.
D. Luis.
D. Julián.
Mario.
Gilberto.
Narciso.
Enrique, niño de 4 años.
Un caballero.
Un criado.
Dos agentes de policia.

La acción pasa en 1883.

003232



ACTO PRIMERO

Sala modesta en la casa de D. Luis. Puerta al fondo y laterales. A la derecha un sillón, á la izquierda un bufete con papeles, libros y periódicos; arriba de la puerta del fondo un reloj de sala. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

D. LUIS Y MARIO

El segundo escribiendo y el primero sentado en un sillón.

D. Luis Mario, hijo mío, es tarde; deja el trabajo y descansa; si es que no te precisa puedes terminar mañana. ®

Mario (aparte.) Mañana! si no concluyo esta noche, en nuestra casa faltaré lo necesario para él y para mi hermana. Es fuerza que nada sepa.
Dirigiéndose á D. Luis y levantándose.
Sí, padre, ya terminada

está la tarea de hoy.

D. Luis Con esa tenaz alarma
en que me tienes.

Mario ¿Por qué?

D. Luis ¡Toma! porque no descansas.
Por el día en el despacho;
de noche escribiendo dramas
y artículos de periódicos;
y ¡qué periódicos!vaya;
de oposición al gobierno,
para que si éste se cansa,
el día menos pensado
te mande aprehender, y . . .

Mario

padre, su noble cariño
exagera. Escribo dramas
por gusto. Soy periodista
por convicción, y en el alma
tengo energía bastante
para el trabajo. Desgracia
sería que por temores
ó fatiga, nos faltara
la subsistencia. Dejemos

Calma

esto. *Con cariñosa solicitud*
ya usted en la cama
debía estar hace tiempo,
sabiendo cuánto le daña
el relente de la noche.

D. Luis En efecto; pero falta
á mi espíritu intranquilo,
esa indispensable calma,
que no interrumpa del sueño
la paz.

Mario

¿Y por qué le falta?

D. Luis ¿Lo sé yo acaso? Mas siento
ese cansancio del alma

que ya busca los umbrales
de la celeste morada.

Lo siento, Mario, por tí;
por Lorenza, ¡Desdichada!
por sus hijos: porque os dejo
tiernos pedazos de mi alma,
en este mundo de penas
que el corazón me desgarras.

Mario

Conmovido:

¿Morir usted, padre mío?
¡Oh, no! no es tiempo: sus canas
no se hundirán en el polvo
del sepulcro, de la nada,
antes que pueda yo verle
visitar su amada patria,
y bañarse en los fulgores
del bello sol de su España.

D. Luis

Mario, por Dios, no alimentes
esa idea que me halaga
y ha sostenido mi vida
que se extingue, que se acaba.
¡Tú sabes bien, hijo mío,
que ésta ha sido mi esperanza;
ir á mi Cádiz hermoso,
y entre las olas de plata
de la mar, que en mi niñez
dulcemente me arrullaba,
evocar recuerdos gratos,
de mis padres, de mi casa.
Llevaros conmigo á todos
á visitar la morada
do yacen seres queridos
cuya ausencia llora mi alma
sin haberles vuelto á ver,
que es ya bastante desgracia.
Después, Mario, volveríamos

á esta mi segunda patria
donde tu madre me amó
con una ternura santa;
donde nacisteis vosotros
y donde mi mundo se halla.
Pero si somos tan pobres,
que sólo con esto basta
para decir ¡imposible!

Mario Pero yo digo ¡esperanza!
D. Luis *Con acento triste.*

¡Esperanza! bella idea
con que se vive y se pasa
una vida en que esperamos
lo que de llegar no acaba.

Mario ¿Qué fuera, padre, del hombre,
si en la vida no esperara?

D. Luis Los jóvenes, hijo mío,
esperan siempre el mañana.
Los viejos ya no esperamos
sino la eterna morada.
Y aunque fuera realizable
lo que tu deseo aguarda,
con mi vejez achacosa
y los males de tu hermana,
ese viaje es muy difícil.
Es una quimera.

Mario *(Aparte.)* El alma
me llenan de cruel angustia
sus presentimientos.

D. Luis Basta.
Dejemos, Mario, los viajes
y hablemos de cosas gratas
para tí. ¿Cómo se encuentran
los asuntos de tu alma?

Mirándolo con maliciosa benevolencia.
¿Caminan bien tus amores, ¿eh?

Mario *Tratando de disimular.*
¿Mis amores?

D. Luis ¿Qué te extraña?

Mario Sí... porque yo nada sé
de lo que usted, padre, me habla.

¿ Luis Vamos; ya veo que evitas
tener en mí confianza.
Todo lo sé por Lorenza.

Mario Indiscreta.

D. Luis No; tu hermana
no puede serlo conmigo;
y amándote como te ama,
se interesa por tu dicha.
y de ella siempre me habla.
Me ha dicho que tu elección
la satisface, la agrada:
que la mujer pretendida
por tí, es una joven guapa,
llena de prendas morales,
que te comprende y te ama.
¿Por qué más tiempo negarme
tu cariñosa confianza,
si mi único anhelo ha sido
ver tu existencia enlazada
á la de una buena esposa
que siempre dichoso te haga?

Mario *Profundamente conmovido.*
¡Padre!

D. Luis *con ternura.*

Quando á Dios elevo
las oraciones de mi alma,
con tierno fervor le pido
no me lleve á su morada
hasta que ver pueda yo
junto á mis débiles canas
una cabecita rubia
botón de rosa temprana

y fruto tierno y querido
de unión amorosa y santa.
Cierto, que ya Dios me ha dado
en los hijos tu hermana
las ternezas, las dulzuras
que á los abuelos halagan.
Pero á mi anhelo de padre
las de tus hijos le faltan,
que quieres, es un capricho
de este pobre viejo.

Trémulo de emoción

Mario

¡Gracias!
Con tan inmensa ternura
obliga usted mi confianza.
Sí, padre, es verdad; yo adoro
á esa mujer, con el alma,
me quiere como la quiero;
y cuando de usted me habla,
se conmueve y me repite
con efusión, que le ama
y cree que será para ella
un buen padre.

D. Luis

No se engaña.
La querré como á mi hija:
mi anhelo será mimarla.

Mario

Siempre bondadoso

D. Luis

Vamos.

¿Me adulas?

Mario

No.

D. Luis

¿Y qué te falta?
Abrevia, Mario, tu dicha.

Mario

Bien quisiera yo abreviarla.

D. Luis

¿Y qué te lo impide?

Mario

Padre;
nuestra posición.

D. Luis

¡Bobadal!

si ella te quiere deveras,
aunque riqueza te falta,
te sobra honradez, trabajo,
y la grandeza del alma
que sabe llenar con celo
sus deberes. Esto basta.

Mario

Sí, pero ella. . .

D. Luis

Para mí. . .

Mario, no hay pero que valga.
Tú llámale pan al pan
y al vino, vino le llama.
¿Hay en ustedes amor,
pero amor que no se engaña?

Mario

Yo lo creo, padre mío,

D. Luis

Entonces. . .

Mario

Sí. . . pero. . .

D. Luis

Nada. . .

si os amáis, yo te respondo
de que el oro no hace falta.

Animación creciente.

los amantes sentimientos
que dos cariños enlazan;
la dulzura que nos brinda,
la tranquilidad del alma,
y las dichas que se tienen
dentro de la pobre casa,
donde arde el fuego sagrado
del amor de la esperanza
donde hay cariñosos hijos
y una conciencia sin mancha;
valen más, te lo aseguro,
que todas las pompas vanas
del gran mundo que nos roba
la paz y la fe del alma

*Pequeña pausa. Mario se inclina re-
flexionando.*

Cuando tú, Mario, eras niño,
tuve fortuna, no escasa,
y muchos años vivimos
en posición desahogada.
Revoluciones, negocios
malos. . . . Por fin, la desgracia,
acabó con la riqueza;
lo sabes. Pobreza amarga
vino después de aquel tiempo:
pero el trabajo, y la santa
bendición que trae consigo,
y que la frente no mancha,
á mí y á tu madre dieron
más venturas en el alma,
que aquellos días de fausto
que tristeza nos dejaban.

Cambiando de tono.

Eres pobre: ¿ella lo sabe?

Mario

Sí, padre, lo sabe.

D. Luis

¿Y te ama?

Mario

Ya lo he dicho: juramentos
mi vida á su vida enlazan.

D. Luis

Si ella tiene el alma noble,
Con eso, Mario, te basta.

Lllaman á la puerta y Mario va á abrir.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y GILBERTO

Mario

Adelante, tú, Gilberto:
con cuánto afán te esperaba.

Gilberto

Dirigiéndose á D. Luis.

Señor D. Luis.

D. Luis

¡Oh! Gilberto,
tanto bueno en nuestra casa.

Gilberto Nunca puede usted negar
finura tan extremada.

D. Luis

Lo que de decir acabo
no es cumplido, es lo que el alma
siente por el noble amigo
que honra nuestra morada.

Gilberto

Gracias, D. Luis, ¿y Lorenza?

D. Luis

Más grave que ayer se halla.
Mucho por su vida temo.

Gilberto

¿Tan rápido el mal avanza?

Mario

Muy rápido. Si la vieras.

D. Luis

Como es usted de confianza,
le dejo solo con Mario,
y me voy á acompañarla,
¿nos veremos luego, nó?

Gilberto

Sin duda, pero entretanto,
Sírvase usted saludarla.

*Váse D. Luis y Gilberto lo acompaña
cortesmente hasta la puerta.*

ESCENA TERCERA

MARIO Y GILBERTO

Gilberto

Y bien, Mario, ¿es la verdad
lo que dices de Lorenza?

Mario

Preciso es que me convenza
de la triste realidad,
muy pocos días de vida
le quedan á la infeliz.

Gilberto

Por qué no dices feliz
si termina la partida?

Se sientan

Quien de la vida se aleja
por buen sendero, es dichoso,
porque este mundo azaroso

- porque otro tranquilo deja.
Mario La razón lo dice así,
 pero el sentimiento no.
Gilberto ¡Dios sabe por qué nos dió
 esas dos cosas aquí
Mario El sentir y el razonar
 no están en oposición.
Gilberto Pero siempre al corazón
 debe el juicio dominar.
 Una mártir es tu hermana,
 para quien ha sido el mundo
 piélago amargo y profundo
 de nuestra miseria humana.
Mario Es verdad: tienes razón;
 mucho ha llorado y sufrido.
Gilberto Su existencia es un gemido
 que lastima el corazón:
Mario Desde el día en que su esposo
 la abandonó, sufre tanto
 que para ella no hay encanto
 en la vida, ni reposo.
Gilberto Razón de más para que
 descanse de tanta pena.
Mario Si la vieras, está llena
 de resignación.
Gilberto Lo sé.
 ¿Pero crees que muera?
Mario Sí.
Gilberto Entonces á tus cuidados
 esos niños desdichados,
 vivirán como hasta aquí.
Mario Dudarlo sería ofensa.
Gilberto Mi pregunta no te asombre,
 pues tiene cambios el hombre
 el día que menos piensa.
Mario ¿Me crees villano hasta el punto
 de abandonarlos?

- Gilberto** ¡Oh, no!
 yo que te conozco, yo
 sé por qué te lo pregunto.
Mario Esa duda. *Seramente.*
Gilberto No te ofendas.
 Soy yo tu mejor amigo,
 y lo que ahora te digo
 quiero que tú lo comprendas.
Acerca un poco su asiento al de Mario.
 Tú amas á una mujer
 con quien te piensas unir:
 ¿ella querrá consentir
 y veces de madre hacer
 con unos hijos ajenos
 que acaso no puede amar,
 porque los llegue á encontrar
 imprudentes. . . . cuando menos?
Mario Si me ama como lo creo,
 no encuentro el inconveniente.
Gilberto Ten, Mario, siempre presente
 que yo tu dicha deseo.
 y esto el derecho me da
 para hablarte con franqueza.
Mario ¿Dudas de Carlota?
Gilberto Empieza
 por decirme la verdad.
 ¿La amas mucho, y ella á tí?
Mario *Con entusiasmo.*
 Pregunta al sol si te alumbró.
Gilberto Es que el sol tiene penumbra
Mario No la tiene para mí.
Gilberto Mucho asegurar es eso
 en asuntos amorosos.
Mario Los que amando son dichosos. . . .
Gilberto Viven en un embeleso
 Que el día menos pensado
 acaba sin qué ni cómo.
Mario Excéptico eres.

Gilberto No; tomo
al mundo cual lo he mirado.
¿Qué harías tú, si mañana
Carlota se resistiera
á que con ella viviera
la familia de tu hermana?

Mario Duro es el caso.

Gilberto Sí á fe.
Mas no por esto, remoto.

Mario Sabes, Gilberto, que noto
en tu acento, no sé qué.

Gilberto Notas la duda, es verdad;
y aunque sin razón fundada,
digo á tu alma enamorada
que tema la realidad.

Mario Pero con esto me hieres
en mitad del corazón.
La duda es un aguijón.

Gilberto Que no te hará mal, si quieres.

Mario ¿Cómo?

Gilberto Probando hasta donde
Carlota puede quererte.
Hazte grande, y hazte fuerte,
y si en su pecho se esconde,
la doblez tras el cariño,
al ver que el poeta se vuelve
filósofo, que resuelve
lo que no hace el hombre niño,
tendrá que verse obligada
á probar su abnegación,
y con esa noble acción
tu dicha está asegurada.

Mario ve el reloj y se levanta, imitándolo
su amigo.

Mario En breve ya pensarás
de muy distinta manera.

Gilberto Te juro que lo quisiera.

Mario Pronto te convencerás.

Gilberto Bien, pero entretanto, escucha;
Don Julián desea hablarte
mañana, para indicarte
que da principio la lucha.
Próxima ya la elección
para el futuro congreso.....
necesitas.....

Mario De esprofeso
escritos de sensación.
Ya lo sé. Pronto «El Oriente»
á luz los dará, Gilberto.

Gilberto Siempre con su tono de *excepcionismo*.
Predicarás en desierto,
ante un partido potente.

Mario ¿Qué importa? Cuando hay firmeza
en el alma, y convicciones.....

Gilberto Irónicamente.
Hay denuncias, hay prisiones,
y se arriesga la cabeza.

Mario ¿Y si se triunfa?

Gilberto ¡Locura!

El poder es el poder.
Por otra parte un deber
de caridad y ternura
te obliga, Mario, á cuidar
tu vida, que hoy es sagrada
para tu familia, y nada
se la puede compensar
cuando le falte tu abrigo.

Mario Desconcertado.
No me tortures el alma.

Gilberto Es que te hablo con la calma
con que hablar debe un amigo

Mario Tú ves todo negro.....

Gilberto Sí

Mario porque tengo experiencia.
Me decepcionas.

Gilberto ¡Paciencia!

Todo en el mundo es así.
Si á impulso de tus ideas
te lanzas al océano
de la política, en vano
obtendrás lo que deseas.
Un hombre, dos, un millar,
que formen la oposición,
son gotas de nubarrón
que absorve agitado mar.

Mario *Con noble arranque.*

¡Es tan bello conseguir
el ideal que se sueña,
la dicha que nos diseña
la fe de lo porvenir!

Gilberto *Entre irónico y sentencioso.*

Es muy hermoso; cabal,
que séres sin pan ni techo,
sintiendo angustiado el pecho
mueran en un hospital,
porque el hijo y el hermano
que les daba pan y amor,
quiso tener el valor
de derrocar á un tirano. . . .

Mario *Aterrorizado.*

No prosigas; te lo ruego.

Gilberto ¿Verdad que el cuadro es fiel?

¿Te atemoriza?

Mario Por él;
por Lorenza.

Gilberto Dirás luego.
que yo no tengo razón.

Mario ¿Pero mi honor y mi nombre?

Gilberto Nada, Mario, hay para el hombre
como un noble corazón.

Escribe dramas, poesías;
Adquiere honores, laureles,
cúbrete con oropes
que te ofrezcan alegrías.
Goza en ficticios amores:
haz todo lo que te cuadre,
menos pedir á tu padre
sacrificios y dolores.

*Llaman á la puerta. Mario va á abrir;
penetra un criado y le da una carta.*

ESCENA CUARTA

DICHOS Y CRIADO

Criado ¿Espero contestación?

Mario No; vete, yo la enviaré.

Váse el criado.

ESCENA QUINTA

MARIO Y GILBERTO

Mario rompe el sobre precipitadamente,
lee, pintándose la satisfacción
en su rostro. ®

Desde el fondo; Gilberto distraído.

Mario ¡No sé cómo contendré
tus latidos, corazón!

Avanza y da la carta á Gilberto.

Lee, y dí si al escribir
esta carta una mujer

se pueda obcecado creer,
que sepa amores fingir.

Gilberto lee un instante para sí.

Gilberto Esto, Mario, puede ser
un arranque de lirismo.

Mario Sigue y mira el heroísmo
que te has negado á creer.

Gilberto vuelve á leer.

Basta, que ya no interesa
lo demás, ¿te he convencido?

Gilberto (Aparte.) Si me fuera permitido
decirle todo.

A Mario. Con esa
carta que respira amor,
abnegación y ternura,
fuera hoy una locura
querer disipar tu error. . . .
Perdona; no es la palabra;
no es error lo que te ciega,
es algo que aún no llega,
pero que hoy tu dicha labra.

Mario ¡Hoy!

Gilberto Es claro. Del mañana
¿quién te puede responder?

Mario La lealtad de esa mujer.

Gilberto Lealtad que podrá ser vana.

Mario Gilberto; tu obstinación. . . .

Gilberto Es una voz preventiva,

Mario Voz que el aguijón aviva
en mi pobre corazón.

Gilberto Yo te vuelvo á repetir;
olvida que eres poeta

y al recto juicio sujeta
tu manera de sentir.

Me voy aunque antesquería
pasar á ver á Lonza.

re Trata de irse.

Mario Dime algo que me convenza
de tus dudas.

Gilberto Otro día,
mañana, después, cualquiera
ocasión que se presente,
iluminará tu mente;
adiós. *Yéndose.*

Mario No, Gilberto, espera,

Gilberto Es muy tarde; hasta mañana.

Mario ¿Pero me dejas así?

Gilberto Piensa que velo por tí
y escúsame con tu hermana.

Váse.

ESCENA SEXTA

MARIO

Acaso esa duda cruel
es un error de Gilberto.

Reflexionando.

y si por desgracia es cierto,
que ha mentido y es infiel.

¿Pero entonces dónde hay fe,
que nuestras almas aliente,

si no nos es suficiente

lo que se palpa y se ve?

¿Ya no hay en la sociedad

pureza de sentimientos?

¿Todo ha de ser fingimiento

con máscara de verdad?

¡Por Dios que al pensar así

siento perder la razón!

¡Corazón mío! ¡Corazón,

cuántas luchas hay en tí!

Se sienta abatido. Elisa entra por el fondo sin ser vista. Se detiene en la puerta, dice al criado que la acompaña algunas palabras en voz baja; aquel se va y Elisa avanza dirigiéndose á Mario.

ESCENA SÉPTIMA

MARIO Y ELISA

Elisa Mario; ¿por qué está usted triste?
Mario *Levantándose sorprendido.*
 ¡Ah! Elisa. Perdóne usted.
Elisa ¿Qué le pasa?
Mario No lo sé.
Elisa Es original el chiste
 no saber lo que uno tiene.
Mario A veces nos pasa así.
Elisa A usted será, porque á mí.
Tratando de cambiar conversación.
Mario ¿A ver á Lorenza viene?
Elisa Sí, recibí su recado
 y aunque algo tarde he venido.
Mario Gracias. La pobre ha tenido
 un día muy cuitado.
 Ha querido ver á usted
 con un verdadero afán.
Elisa ¿Y Don Luis?
Mario Juntos están.
Elisa ¿Despiertos?
Mario Tal vez. no sé.
Elisa La preocupación que advierto,
 en usted, Mario, me alarma.
Mario Elisa, es que tengo el alma
 convertida en un desierto.
Elisa ¿En desierto?

Mario Sí.
Elisa ¿Por qué?
Mario Porque á la vez dudo y creo,
 y en mi redor solo veo
 sombras que anublan mi fe.
Elisa *Toma asiento.*
 Vamos á ver, ¿qué le pasa?
Mario Nada le debo ocultar
 De este profundo penar,
 que mi corazón traspasa.
 Usted que es noble, sincera,
 y siente cual siento yo,
 Dígame si sabe ó nó
 que Carlota no me quiera.
Elisa *Aparte.*
 La pregunta me esperaba.
A Mario
 Aunque Carlota es mi amiga,
 quizá lo que yo le diga
 no es lo que usted deseaba.
 Ella me habal de su amor
 raras veces, pero en ellas
 me dice cosas tan bellas.
 que debe ser un error
 en el corazón de usted
 esa duda que le asalta.
Mario *Mirándola fijamente.*
 A usted franqueza le falta
Elisa No; le digo lo que sé.
 ¿Cómo decir otra cosa
 cuando acaso no hay razón?
 Si al menos el corazón
 pudiera verse.
Mario Dichosa
 nuestra existencia sería
 porque la verdad brillara,
 conociéndose en la cara

Elisa quién amaba y quién fingía.
Aparte.
Vale más que así no sea
para que ignore que le amo.

Levantándose.
Lorenza me espera. Llamo
á usted si ella desea
salir de su alcoba; ¿no?

Mario *Levantándose.*
¡Ah! sí, me olvidaba yo.
Usted vino á recordarme
obligaciones sagradas.
Vamos, Elisa.

Elisa *Prudencia.*
Mario No verán en mi apariencia
mis luchas desesperadas.

*(Al llegar á la puerta aparece Lorenza,
andando trabajosamente.)*

ESCENA OCTAVA

LORENZA, ELISA Y MARIO

Elisa Perdona si retardé
mi visita, ¿estás mejor?
Lorenza Como siempre. . . . Este dolor. . . .
(Señala el pecho).
esta fatiga. . . . no sé. . . .

La colocan en un sillón.
Lorenza Respiro con más franqueza.

Mario Pero haces mal en salir.

Lorenza Es que no puedo sufrir
de mi alcoba la tristeza.
No sé por qué me parece
Su atmósfera tan pesada.

Como estaba acostumbrada
á salir, hoy me entristece
no hacerlo, ni estar contigo
trabajando.

Mario Ya estarás,
y muy pronto. Ya verás.

Lorenza Si es que el alivio consigo.

Mario ¿Dudas?

Lorenza Si Dios lo quisiera.

Mario ¿Y por qué no ha de querer?

Lorenza Porque esta pobre mujer
es necesario que muera.

Elisa No quieras entristecerme. . . .
No lo pienses.

Lorenza El sufrir
es quien habla.

Elisa ¿Tú morir?

Lorenza Debo, Elisa, convencerme.

Mario *(Aparte.)* ¿Cuál me conmueve su estado!

Lorenza ¿Y mis hijos?

Mario Duermen ya.

Lorenza ¿Entrada la noche está?

Mario Ha tiempo las diez han dado.

Lorenza Si pudiera yo dormir,
acaso menos sufriera.

Mario, acércate; quisiera
mucho poderte decir;
pero estoy tan débil ya. . . .

*Elisa se enjuga los ojos y se aparta para
dejarlos hablar. Lorenza toma para
hacerlo el tono propio de una enferma
en sus circunstancias.*

Escúchame, sin embargo,
pues quiero hacerte un encargo
que tu lealtad cumplirá.

Mario Habla. ¿Qué quieres?

Elisa quién amaba y quién fingía.
Aparte.
Vale más que así no sea
para que ignore que le amo.

Levantándose.
Lorenza me espera. Llamo
á usted si ella desea
salir de su alcoba; ¿no?

Mario *Levantándose.*
¡Ah! sí, me olvidaba yo.
Usted vino á recordarme
obligaciones sagradas.
Vamos, Elisa.

Elisa *Prudencia.*
Mario No verán en mi apariencia
mis luchas desesperadas.

*(Al llegar á la puerta aparece Lorenza,
andando trabajosamente.)*

ESCENA OCTAVA

LORENZA, ELISA Y MARIO

Elisa Perdona si retardé
mi visita, ¿estás mejor?
Lorenza Como siempre. . . . Este dolor. . . .
(Señala el pecho.)
esta fatiga. . . . no sé. . . .

La colocan en un sillón.
Lorenza Respiro con más franqueza.

Mario Pero haces mal en salir.

Lorenza Es que no puedo sufrir
de mi alcoba la tristeza.
No sé por qué me parece
Su atmósfera tan pesada.

Como estaba acostumbrada
á salir, hoy me entristece
no hacerlo, ni estar contigo
trabajando.

Mario Ya estarás,
y muy pronto. Ya verás.

Lorenza Si es que el alivio consigo.

Mario ¿Dudas?

Lorenza Si Dios lo quisiera.

Mario ¿Y por qué no ha de querer?

Lorenza Porque esta pobre mujer
es necesario que muera.

Elisa No quieras entristecerme. . . .
No lo pienses.

Lorenza El sufrir
es quien habla.

Elisa ¿Tú morir?

Lorenza Debo, Elisa, convencerme.

Mario *(Aparte.)* ¿Cuál me conmueve su estado!

Lorenza ¿Y mis hijos?

Mario Duermen ya.

Lorenza ¿Entrada la noche está?

Mario Ha tiempo las diez han dado.

Lorenza Si pudiera yo dormir,
acaso menos sufriera.

Mario, acércate; quisiera
mucho poderte decir;
pero estoy tan débil ya.

*Elisa se enjuga los ojos y se aparta para
dejarlos hablar. Lorenza toma para
hacerlo el tono propio de una enferma
en sus circunstancias.*

Escúchame, sin embargo,
pues quiero hacerte un encargo
que tu lealtad cumplirá.

Mario Habla. ¿Qué quieres?

Lorenza.

El día

que á mi esposo puedas ver
hazle, Mario, conocer
lo que en mí no conocía.
Dile que si abandonó
á su esposa sin motivo,
mi amor demasiado vivo
la ingratitud perdonó.

Mario

¿Y que le puede importar
al hombre sin sentimiento
la desdicha y el tormento
que te obliga á devorar?

Lorenza

Todo es en vano, lo sé;
y aunque lo comprendo así,
no sé lo que siento en mí
al recordar lo que fué.
Dios que mi conciencia vé
sabe que le amaba tanto,
que al sentir el desencanto
de su injusto desamor,
no tuve ya ni valor
para mostrarle mi llanto.

Pausa leve, se enjuga la frente y los ojos.

no quiero que piense en mí
con la ternura que un día
formó la dulce alegría
del amor en que creí.

Señalando al cielo.

Mi vida muy pronto allí
será una vida dichosa,
y la suya borrascosa
yo trataré de cuidar,
para que pueda pensar
alguna vez en su esposa.
Mis hijos nunca sabrán
la conducta de su padre
y cuando muera su madre

contigo se quedarán.

Su voz va haciéndose más y más trémula.

Mi padre y tú cuidarán
á esos pedazos de mi alma
su voz espira en un sollozo

Mario *Con un grito del alma.*

¡Lorenza!

Lorenza ¡Mario! *estrecha su mano.*

Elisa *Acercándose.* Ten calma
puede agrabarse tu estado
con el sufrir demasiado.

Lorenza La gravedad no me alarma:
pero al sentir con razón
que por instantes me muero,
por último, que hable, quiero,
mi angustiado corazón.

Dirigiéndose á Mario le toma la mano.

¿No es cierto, Mario, que así
como hasta hoy hemos vivido
bajo este techo querido,
siempre amparados por tí,
viviendo así seguirán
mis hijos y nuestro padre,
cuando esta infelice madre
descanse de tanto afán?

Mario Si Dios te llama á su seno
tranquila debes morir.

Lorenza ¡Oh! tu no sabes mentir
porque eres, Mario, muy bueno.
Se que mis hijos serán

Mario *interrumpiéndola.*
un depósito sagrado
que con amante cuidado
bajo mi amor crecerá.

Lorenza ¿Y nuestro padre?

Mario También

ese venerable anciano,
sostendrá mi débil mano
en el camino del bien.
El en nuestro hogar querido
será la imagen de Dios.

*D. Luis por la izquierda á tiempo de oír
los últimos versos.*

ESCENA NOVENA

DICHOS y D. LUIS.

D. Luis ¡Benditos ustedes dos
Que su deber han cumplido!

Mario *Con respeto.*
¡Señor!

Lorenza *Conmovida.*
¡Padre mío!

Elisa Dichosos
los que en la triste existencia,
abrigan en la conciencia
sentimientos generosos.

Lorenza *Atrayendo á Elisa y dándole un beso.*

Y más dichosos al ver
latir del pecho al abrigo,
dulce corazón amigo
que nos ha de comprender.
Sólo una pena me queda
que turba á ratos mi calma;
una aspiración del alma
que acaso llenar no pueda.

Mario ¿Cuál?

Lorenza Que me voy á morir
sin verte, hermano querido,
con dulces lazos unido
á quien es tu porvenir.

Mario ¡Oh, gracias, Lorenza mía!
gracias por tanta bondad;
pero esa felicidad
la miro un poco tardía.

Lorenza Creeme, mucho la siento,
y quisiera prolongar
mi existencia y disfrutar,
de tan puro sentimiento.
Cuánto, cuánto gozaría
si la que será tu esposa
fuera una madre amorosa
para mis hijos un día.

Mario *ve con inquietud el reloj.*

pero si esto no es así,
dila cuando yo me muera
á lo menos que los quiera,
con voz apagada y casi sollozante.

Por . . . ella . . . por tí . . . por . . . mí.

D. Luis De Mario la prometida
tiene un alma generosa
¿no es verdad, Elisa?

Elisa *con tono particular.*
Es cosa

casi por todas sabida.

(Aparte.) Si pudiera yo decir
la verdad pero no puedo.

*Habla un momento con Lorenza en voz
baja.*

Mario *ve de nuevo con inquietud el reloj
y dice aparte los dos primeros versos.*

Mario ¡Corazón, con cuánto miedo
esperas lo porvenir.

*Dirigiéndose á D. Luis y á Lorenza con
tono solemne.*

Padre, Lorenza; no sé
si un mañana de dolor
sepultará de mi amor

la dicha con que soñé.
 No sé si dentro de poco,
 dentro de breves instantes
 mis ilusiones amantes
 serán el sueño de un loco.
 Dudas horribles abrigo
 por Carlota, crueles dudas
 que en mi alma dejó sañudas
 el cariño de un amigo.

El reloj da las once.

¡Las once ha dado el reloj,
 y su campana me grita
 que debo ir á la cita
 que Carlota me otorgó!
 Quiero saber la verdad
 y me quiero convencer,
 si el amor de esa mujer
 corresponde á mi lealtad!
 El temor que aquí se abriga
 se disipará; lo quiero.

D. Luis. Señalando la puerta.

¡Cumple como caballero!

Lorenza. Mario, que Dios te bendiga!

Elisa hace un movimiento como para detenerlo, pero se reprime, y sólo dirige á Mario una triste mirada de ternura.

TELON RÁPIDO.

Fin del primer acto.

ACTO SEGUNDO

Sala amueblada con lujo en la casa de D. Julián. Puerta al fondo y laterales. A la derecha una mesita de juego. A la izquierda un piano: en segundo término una mesa redonda con periódicos etc. Cerca de la mesa de juego un diván. Al levantarse el telón, Gilberto y un caballero aparecerán jugando ajedrez. D. Julián en el confidente leyendo un periódico, de que es editor propietario. "El Oriente." Elisa sentada al piano como si concluyera de tocar y Narciso de pie cerca de ella.

ESCENA PRIMERA

D. JULIAN, NARCISO, GILBERTO, ELISA Y
 UN CABALLERO.

Narciso. A Elisa.
 Acaba usted de tocar
 con verdadera maestría,
 una bella melodía
 que casi... me hizo llorar.

Elisa. Con ironía.
 ¿Usted llorar?

Narciso. ¿Por qué no?
 Me juzga usted insensible?

Elisa. Y mucho.

Narciso. Es usted terrible.

la dicha con que soñé.
 No sé si dentro de poco,
 dentro de breves instantes
 mis ilusiones amantes
 serán el sueño de un loco.
 Dudas horribles abrigo
 por Carlota, crueles dudas
 que en mi alma dejó sañudas
 el cariño de un amigo.

El reloj da las once.

¡Las once ha dado el reloj,
 y su campana me grita
 que debo ir á la cita
 que Carlota me otorgó!
 Quiero saber la verdad
 y me quiero convencer,
 si el amor de esa mujer
 corresponde á mi lealtad!
 El temor que aquí se abriga
 se disipará; lo quiero.

D. Luis. Señalando la puerta.

¡Cumple como caballero!

Lorenza. Mario, que Dios te bendiga!

Elisa hace un movimiento como para detenerlo, pero se reprime, y sólo dirige á Mario una triste mirada de ternura.

TELON RÁPIDO.

Fin del primer acto.

ACTO SEGUNDO

Sala amueblada con lujo en la casa de D. Julián. Puerta al fondo y laterales. A la derecha una mesita de juego. A la izquierda un piano: en segundo término una mesa redonda con periódicos etc. Cerca de la mesa de juego un diván. Al levantarse el telón, Gilberto y un caballero aparecerán jugando ajedrez. D. Julián en el confidente leyendo un periódico, de que es editor propietario. "El Oriente." Elisa sentada al piano como si concluyera de tocar y Narciso de pie cerca de ella.

ESCENA PRIMERA

D. JULIAN, NARCISO, GILBERTO, ELISA Y
 UN CABALLERO.

Narciso. A Elisa.
 Acaba usted de tocar
 con verdadera maestría,
 una bella melodía
 que casi... me hizo llorar.

Elisa. Con ironía.
 ¿Usted llorar?

Narciso. ¿Por qué no?
 Me juzga usted insensible?

Elisa. Y mucho.

Narciso. Es usted terrible.

Elisa Digo lo que siento.

Narciso Y yo
quiero hacerle comprender
que rindo culto sincero
á lo grande.

Elisa Yo prefiero
juzgarle como mujer.

Narciso ¿Está usted de broma, Elisa?

Elisa No por cierto.

Narciso Entonces.

Elisa ¡Ah!

¿tan pronto olvida usted ya
su sarcástica sonrisa
siempre que se habla de amor,
de ternura y sentimientos,
de elevados pensamientos
que mira usted con horror?

Narciso Verdaderamente extraño
que me juzgue como lo hace.

Elisa Si el engaño no deshace
seguiré con el engaño.
Demuestre usted la verdad.

Narciso Si es que mi filosofía,
la que yo sigo á porfía,
es solo una necesidad;
entonces podra decir
que no tengo corazón
ni obedezco á la razón
ni tampoco sé sentir.
Pero como cierto estoy
de que pienso con cordura
no merezco la censura
con que me trata usted hoy.

Elisa Con la misma le he tratado
en otras conversaciones,
pues en quien no hay emociones
tiene el corazón gastado.

Narciso riéndose.

¡Gastado! Yo veo al mundo
como lo debemos ver:
como un salón de placer
siempre en intrigas fecundo.
Lo demás, de nada vale
ni está en mi filosofía.

Elisa Por que la moda del día
en absurda sobresale.

Narciso ¡Elisa! ¿Esa apreciación
en el siglo diez y nueve?

Elisa Cuando el siglo no conmueve
por lo grande al corazón
bien se le puede aplicar
por lo necio y descreído
lo mismo que ha merecido
quien lo pretende alabar.

Narciso Picado.

Lástima que yo no sea
de igual escuela que usted. . . .

Elisa No comprendo para qué

Narciso Para ser lo que desea.
Un poeta llorenzuelo,
romántico, melindroso
que de este mundo, quejoso,
habite en el quinto cielo.

Entonces, estoy seguro
merecería su aprecio.

Elisa (Aparte.)

Siempre tonto, fátuo, necio

Narciso (Aparte.)

Voy por camino inseguro

Variando de tono.

Y á propósito. ¿Vendrá
Mario esta noche?

Elisa Sin duda.

Narciso ¿Y Carlota?

Elisa Sí.

Narciso *(Aparte.)* Me ayuda
la suerte.

Elisa No tardará.

Narciso Ellos se aman

Elisa Lo sé.

Narciso *Con desprecio.*
Una de tantas tonteras.

Elisa ¿Usted lo cree?

Narciso Muy de veras.

Elisa A lo menos para usted.

Narciso Elisa, Mario debiera
ver una débil arista
en esa frágil conquista
tan vulgar como cualquiera.
Yo á Carlota pretendí,
pero me cansó muy pronto.

Elisa Por eso habla de ella
(Aparte.) Tonto.

Narciso Muy poco ó nada perdí.
*Siguen una animada conversación en
voz baja.*

Caballero *A Gilberto.*
Hoy sin fortuna está usted
siendo tan gran jugador.

Gilberto Le quise hacer un favor

Caballero Y la reina le maté.

Dirigiendo miradas á Elisa y Narciso.

Gilberto No importa; ya la partida
está para terminar.

Señalando al mismo grupo.

Si dejaran de charlar,
era una cosa concluida.

*Continúan jugando. D. Julián deja el
confidente: se dirige á Gilberto y al ca-
ballero, y después de hablarles algunas
frases, va hacia el otro grupo.*

D. Julián Hablaban de Mario ustedes?

Elisa Sí, padre mío.

D. Julián ¿Vendrá?

Elisa Le espero.

D. Julián Recibirá
mi parabien.

Elisa Pues ya puedes
preparárselo.

D. Julián Narciso.
Usted también lo merece,
y se lo doy.

Narciso No me parece,
ni lo creo muy preciso.

D. Julián Vamos; si no es oportuno
celebrar que esté nombrado
al Congreso, diputado.

Narciso Aunque sin mérito alguno
con aire pedante.

D. Julián A propósito; habla aquí
de elecciones "El Oriente."
Dándole el periódico.

Narciso Nuevo periódico: lo toma y lee.

D. Julián *(Aparte.)* Siente,
y avergüenzate de tí.

*D. Julián dirige algunas frases en voz
baja á Elisa, mientras Narciso reco-
rre nervioso el periódico y dice:*

(Aparte.)

Narciso De oposición es, y Mario
su principal redactor.

¡Rival, no solo en amor
sino en política

A D. Julián devolviéndole el periódico.
Diario,
que no tendrá mucha vida.

D. Julián ¿Porqué?

Narciso Su programa
es atrevido, y proclama.

D. Julián. *Secamente.*
¡La justicia!

Narciso Que la pida
de modo más conducente.
El gobierno la ha de hacer.

D. Julián Erigiéndose en poder
absoluto, no? Corriente.
Veremos que pesa más,
en la popular balanza,
una oposición que avanza
ó un hombre que va hacia atrás.

Narciso va á hablar y se repone.

*D. Julián lo comprende y cambia de
conversación.*

A Elisa.

Me parece que ya es hora
de pasar al comedor.

Elisa Es que falta lo mejor:
Mario.

Narciso *Con desdén.* ¡Psh!

D Julián. *Cariñoso.* Aduladora
Se va á la mesa de juego.

Narciso *A Elisa.*
Carlota no tardará.

Elisa Sin duda.

Narciso Pues yo lo siento
porque vamos á tener
con Mario y esa mujer
escenas de sentimiento.

Elisa ¿Qué le infunde ese temor?

Narciso Directamente á mí, nada;
la pareja enamorada
tendrá coloquios de amor
y deploro con verdad

sintiéndolo, mucho, mucho
que Mario no esté muy ducho
en puntos de sociedad
digo del mundo elegante.
Un hombre obscuro como él

Elisa Cuanta venenosa hiel
vierte su tono insultante.
Mario no tiene riqueza
ni tampoco ilustre nombre;
pero tiene no le asombre
lo que á otros falta: nobleza!

Narciso *Con sarcasmo.*

Por eso quiere á Carlota
como tonto de remate.

Siguen hablando en voz baja.

Caballero Por fin he triunfado. ¡Mate!

Gilberto Me esperaba la derrota.
En buen terreno perdí,
Ya me dará usted revancha.

*Se levantan, y discurren los tres por la
estancia en segundo término; leen el
periódico, lo comentan etc.*

Narciso Así como una avalancha
que todo lo arrastra, fuí,
Todo lo afronté por ella,
por ella que sin razón
burló de mi corazón
la tiernísima querella.

Elisa Entonces por eso cree
que Carlota es vanidosa
ligera, tonta, orgullosa,
y frívola, y no se qué

Narciso ¡Oh! si lo digo por eso.
Un capricho de coqueta.

La mujer que ama á un poeta
es una mujer sin seso.
Por que casi es general
en los hijos del parnaso,
que su haber es muy escaso
y nunca forman caudal.
Una mujer elegante
que brilla por su hermosura,
comete una gran locura
ante ese mundo galante,
con admitir el amor
de un pobre desheredado,
á quien la suerte ha negado
todo lo deslumbrador.

Gilberto Acercándose al grupo.

Disentimos de opiniones.
El poeta y la mujer
siempre tendrán á mi ver
idénticas emociones.

Narciso Es una bella teoría

(*Aparte.*) Otro nuevo defensor

A *Gilberto*. ¿También usted es soñador
ó vive de la poesía?

Gilberto No le quiero contestar
como su tono merece

Narciso Puede usted.

Gilberto No me parece
á propósito el lugar.

Narciso El que siempre ve la vida
desde el punto conveniente.

Gilberto No pasa de ser un ente
con el alma pervertida.

Narciso (*Aparte.*)

Cuanto han llegado á privar
en esta casa los poetas,
los tontos y las coquetas.

ESCENA SEGUNDA

CRIADO.

Abriendo la puerta y anunciando.

El Señor de Salazar.

Váse.

ESCENA TERCERA

DICHOS Y MARIO

D. Julián Yendo á encontrarlo.

Al fin está usted aquí

¿Por qué ha sido ese retardo?

Mario ¿Olvida usted "El Oriente."?

D. Julián ¡Ah no!

Mario Entonces

D. Julián Buen trabajo

nos cuesta ya la política.

Avanzando al proscenio.

Mario ¡Señores! *Saludando.*

¡Elisa! *dándole la mano.*

Elisa Mario

(*bajo*) solo ella falta

Mario ¿Vendrá?

Elisa Lo prometió y la esperamos.

Mario *Pasando al lado de Gilberto.*

Teago mucho que decirte.

Gilberto Mucho de bueno ó de malo?

Mario De lo primero.

Gilberto Muy bien.

Ella va á venir, te encargo mucha prudencia.

Mario Descuida.

D. Julián A *Mario*.

Le preparo á usted un abrazo por el éxito del drama.

Elisa Debemos felicitarle, lo merece.

Mario Sus bondades me compensan demasiado; pero eso no vale nada.

D. Julián ¡Nada! y se prepara el teatro para otra ovación.

Mario No tanto.

Narciso Según anuncia la prensa es un argumento raro; versificación florida.

Mario *Secamente*.

Mil gracias

Narciso Yo me preparo para unir mi aprobación, con el general aplauso.

Gilberto Comprendiendo la intención de *Narciso*.

Talentos como el de usted deben sin duda, apreciarlo.

El criado abre la puerta. *Elisa* ve á *Carlota* y *D.^a Antonia* quz llegan.

ESCENA CUARTA

DICHOS Y CRIADO.

Elisa Al verlas va hacia ellas.

¡Ah!

Criado Las Señoras de Lara.

Váse el criado.

ESCENA QUINTA

DICHOS, D.^a ANTONIA Y CARLOTA.

Elisa A ustedes solo esperábamos para la pequeña fiesta.

Carlota Abrazando y besando á *Elisa*.
Gracias, *Elisa*.

D.^a Antonia Mil gracias.

Carlota Conque siempre tú tan buena.
Le invitaste

Elisa Ya lo ves.

Narciso A *Gilberto* y *Mario*.

De los salones la reina.

Llega por fin.

Mario Muy galante
es usted.

Gilberto *Mario*, prudencia.

Señores y señoras se saludan cortesmente. Mario y Gilberto se apartan formando grupo á la izquierda, á la derecha Elisa y Carlota en primer término, segundo D. Julián, D.^a Antonia y Caballero. Narciso cerca de ellos.

Mario ¡*Gilberto*; cómo no amarla!

Carlota A *D.^a Antonia* presentando á *Mario*.

Mamá, ya que se presenta tan buena ocasión, conoce al afortunado poeta

de quien te hablo á menudo.

D.^a Antonia saluda á *Mario* con amabilidad y le habla en voz baja.

Narciso (*Aparte*.) ¡Qué atrevimiento!

Elisa Con toda intención.

Narciso.

La Señorita de Lara.
Su mamá.

Los tres se saludan.

Narciso De conocerlas,
tuve hace tiempo el honor.....

Carlota Contrariada.
No lo recuerdo.....

D.^a Antonia Ni yo.....

Narciso Con aplomo.
En la penúltima fiesta
que dió el ministro de España.

D.^a Antonia ¡Puede ser! Había tantas
personas de distinción.....

*D.^a Antonia se aparta. Narciso habla rá-
pidamente á Carlota. Mario lo advierte.*

Narciso A Carlota.
¡Pronto olvidó usted la escena
de nuestro amor.....

Carlota Al advertir que los ve Mario. ¡Caballero!

Mario A Gilberto.
Una furiosa tormenta
dentro de mí se levanta,
¿la viste turbarse?

Gilberto ¡Alerta!

D. Julián Vamos, Señores, Señoras
los jardines nos esperan.
Porque quiero dar en ellos
á ustedes una sorpresa.

*Dá el brazo á D.^a Antonia y entra por la
izquierda, los siguen Gilberto y el Caba-
llero. Elisa toma de la mano á Carlota
que está trémula. Narciso se aparta pa-
ra dejarles libre el paso.*
¿Qué te sucede?

Carlota ¡Narciso!.....
¿No lo advertiste? (*Aparte.*) Estoy muerta.
Se dirijen al comedor.

Mario A Carlota al pasar cerca de él.
Tengo que hablarte.

Carlota Es difícil.

Aquí nó, Mario. Es fuerza.

Carlota Mañana. Te lo suplico.

Mario Antes que empiece la cena
te espero aquí.

Narciso (Aparte.) Ya los celos
como yo en el alma lleva.

*Trata de seguir á Carlota y Elisa y Ma-
rio lo detiene.*

ESCENA SEXTA

MARIO Y NARCISO.

Mario Si usted me hiciera favor
de contarme las escenas
que con usted y Carlota
pasaron la noche aquella.....

Narciso Perdone usted si rehusó
complacerle; pero en ellas
nada hubo, que para usted
revista interés.

Mario ¿Deveras?

Pues yo creía que el tono
con que usted habló, pudiera
no ser el más apropiado
para recordar escenas.....

Narciso^o Con altivez.
¿Trata usted de darme acaso
una lección? merecerla
no creo; y yo la daré
al afortunado poeta....

Mario ¡Narciso!
 Narciso ¡Mario!
 Mario No sufro
 de nadie tales ofensas.
 Narciso Yo nada quiero decirle;
 en saberlo usted se empeña.....
 pregúntelo si le place
 á Carlota.

Mario ¿Sí?
 Narciso Yéndose A ella.

Mario *Aparte, siguiendo después á Narciso.*
 De conducta tan extraña
 los dos, han de darme cuenta!
 Váse.

ESCENA SÉPTIMA

ELISA Y CARLOTA *saliendo por la segunda
 puerta izquierda.*

Carlota *Con agitación.*

Elisa, estoy sofocada
 por la imprudencia de ese hombre.

Elisa Hizo mal.

Carlota No tiene nombre,
 fatuidad tan descarada.
 Recordarme de este modo
 que le desprecié por necio.

Elisa El se venga del desprecio,
 queriendo que sepan todo.

Carlota *Titubeando.*
 Pero si nada pasó.....
 que me haga ruborizar.

Elisa Que no le quisiste amar.....
 acaso.....y el se vengó.
 queriendo que Mario.....

Carlota ¡Calla!
 porque aun ven mis ojos
 en los suyos, los enojos,
 la situación en que se halla.

Elisa ¿Y qué te puede importar
 el que Mario tenga celos,
 si tus amantes desvelos
 no le puedes consagrar?

Carlota ¿Por qué lo dices?

Elisa ¿Por qué?

Por que tu amor es capricho.

Carlota ¡Elisa, yo no lo he dicho!

Elisa Pero yo muy bien lo sé.

Carlota No entiendo por que razón
 me puedes juzgar así.

Elisa Por que tú me has dicho á mí,
 que no tienes corazón

*Las dos se ven un instante
 y Carlota se corta.*

Carlota ¿Porqué lo he de negar?

Amo por la vez primera
 yo que voluble y ligera
 del amor pude dudar.
 Hoy con pena lo confieso;
 pero en el amor veía
 placeres de un solo día
 que formaban mi embeleso.
 Era mi satisfacción
 ver rendidos á mis piés
 un amante, ó dos, ó tres
 sin sentir mi corazón
 otra cosa que un latido

del orgullo satisfecho
llenándome de despecho
cuando no estaba cumplido.
Joven, hermosa, mimada,
con ambiciosos deseos,
mis únicos devaneos
fueron los de ser amada
por un hombre que me diera
brillo, nombre y posición,
aunque nunca el corazón
en ello parte tuviera.

Elisa Muy mal camino seguías,
para que fueras dichosa.

Carlota Por eso ahora, medrosa
al sentir las alegrías
del cariño seductor
de Mario, ¡ay! en mi conciencia
de la pasada existencia
siente amargo torcedor.

Elisa Si como te quiere á tí,
tu lo pudieras querer.....

Carlota El no puede comprender
la ternura que hay en mí.

Elisa ¿Qué, tan pronto has olvida do
que al comenzar tus amores
creiste que fueran flores
que el tiempo hubiera trocado?
Confiesa que no le amaste
cuando él ya te idolatraba
y tu hermosura cantaba
en versos que le inspiraste.

Carlota Es verdad; yo no le amaba
y así le correspondí
por que entonces solo ví
que mi amor propio halagaba.
Después, Elisa, cambié,
y ya sin reserva alguna

de mi vida, una por una
las horas le consagré.

Arrebatado de pasión.

Hay le amo, le amo y me muero
al pensar que no me quiera.

Elisa ¿Es tu pasión verdadera?

Carlota Sin él la vida no quiero

Elisa Con cierta ironía.

Pnes no hace mucho en verdad
que pensabas lo contrario
y me decías que Mario
coartaba tu libertad;
que pronto ibas á romper
el lazo que á tí le unía
y me lo dijiste un día.....
no hace mucho.....

Carlota ¡Puede ser!.....

Pero de entonces acá
yo no sé ni donde estoy,
pero sé que ya no soy
fría y viril.....

Elisa Dudando ¡Quizá!.....

Carlota ¿Lo dudas, Elisa?

Elisa Sí.

Te falta en el corazón
la sublime abnegación
digna de Mario y de tí.

Carlota La tendré sin vacilar.

Elisa Pronto deberás probarla.

Carlota ¿Cómo?

Elisa Debiendo llevarla
de Mario al humilde hogar.

Carlota No me espanta la pobreza
estando Mario conmigo,
y mi ternura al abrigo

de su amor y su nobleza.

Elisa *Seramente.*

Debes pensar, sin embargo,
que si el matrimonio es bueno
suele á veces estar lleno
de padecer bien amargo:
padecer que sin virtud,
ni valor en los dolores.
marchita pronto las flores
que adornan la juventud.

Animación.

Si por desgracia muriera
de Mario la pobre hermana,
qué harías si mañana
él, tu esposo, te dijera.
«Los hijos que me ha dejado
mi buena hermana al morir,
deben, Carlota, vivir,
á mi lado y á tu lado.
Sé tu su segunda madre.
Cumple con este deber.....»

Carlota *Con disgusto.*

Pero esto no puede ser,
porque Mario no es su padre.

Elisa *Tristemente.*

Pero si huérfanos quedan
di, ¿quién los amparará?

Carlota El nunca consentirá
que mortificarme puedan
hijos ajenos.

Elisa *Con amarga ironía* ¡Verdad!
¿Entonces, la abnegación,
nobleza de corazón
y sublime caridad,
son palabras de capricho

que se dicen por cubrir
la apariencia y desdecir
en la práctica lo dicho?

Carlota *Disimulando.*

Pero tu pones las cosas
siempre en el último extremo!.....

Elisa Es que hoy como nunca temo
consecuencias dolorosas
para Mario, por que ayer,
su hermana Lorenza estaba
tan grave, que aseguraba
el médico no poder
salvarla ya; tu dirás
si tengo razón ó nó,
para preguntarte yo
lo que en este caso harás.

Carlota Yo misma, Elisa, no sé;
pero cuando llegue el caso
ya veremos.

Elisa Al mal paso.....

Carlota Hay tiempo, lo pensaré.

Elisa Mario no debe tardar.
Te dejo. Mucha prudencia.

Carlota ¿Y si extrañan mi presencia?

Elisa Yo te sabré disculpar.
Cuando termines aquí,
te espero en mi tocador.

Yéndose y aparte.
¡Pobre Mario! ¡Pobre amor!

Carlota *Con allivez mirándose sola.*
Yo marcaré el hasta aquí.

ESCENA OCTAVA

CARLOTA.

Fuera hoy una locura

que con Mario me casara
y á su lado devorara
sinsabores y amargura.

Yo soy joven todavía.

Lo porvenir, ¿quién lo sabe?.....

¿Porqué le amé si no cabe
entre su vida y la mía,
de mis gratos devaneos
la realidad venturosa?

¿Decirme á ser su esposa
sin contentar mis deseos?

Se sienta un momento y reflexiona.

Pero este fuego candente
que aquí, en el alma, siento
llenando mi pensamiento
de algo grande y elocuente....

¿Es amor, amor profundo,
que Mario pudo inspirarme?

¿Debo yo por él privarme
de cuanto me ofrece el mundo?.....

*Se levanta discurrendo por la estancia,
y luego obedeciendo á una repentina
idea, se estremece exclamando:*

¡Ah! me olvidaba.... ¡Infeliz
de mí! Yo estoy engañando
á Mario; artera ocultando,
la vergüenza de un desliz.....

Se cubre el rostro con las manos.

La presencia de Narciso
aquí.... es mi acusación!.....
De mi orgullo la expiación
ya comienza.... ¡Era preciso!

*Advierte que asoma Mario á la puerta y
quiere disimular.*

¡Mario! No tengo de verlo
valor. Advierte mi lucha.....
Si me voy.....

*Trata de hacerlo por el lado opuest
en que está Mario.*

Mario avanza.

ESCENA NOVENA

CARLOTA, MARIO.

Mario Con seriedad.

Carlota, escucha.

Carlota Aparte, deteniéndose.

Trataré de conocerlo.

Mario Azás turbada te veo.

¿Te disgusta mi presencia?

Carlota No; pero sí la imprudencia
de la entrevista.

Mario Lo creo.

Carlota Estamos en casa ajena
y pudiera suceder.....

Mario Yo te puedo responder
que debes estar serena.

Carlota ¿Y si nos sorprende alguno,
mamá, cualquiera.

Mario Te digo.

que en esta sala, al abrigo
estamos del importuno;

y como quiero que hoy,
que esta noche, se decida

el porvenir de mi vida,
á todo resuelto estoy.

Nuestra entrevista de ayer,
no me dejó satisfecho.

que con Mario me casara
y á su lado devorara
sinsabores y amargura.

Yo soy joven todavía.

Lo porvenir, ¿quién lo sabe?.....

¿Porqué le amé si no cabe
entre su vida y la mía,
de mis gratos devaneos
la realidad venturosa?

¿Decirme á ser su esposa
sin contentar mis deseos?

Se sienta un momento y reflexiona.

Pero este fuego candente
que aquí, en el alma, siento
llenando mi pensamiento
de algo grande y elocuente....

¿Es amor, amor profundo,
que Mario pudo inspirarme?

¿Debo yo por él privarme
de cuanto me ofrece el mundo?.....

*Se levanta discurrendo por la estancia,
y luego obedeciendo á una repentina
idea, se estremece exclamando:*

¡Ah! me olvidaba.... ¡Infeliz
de mí! Yo estoy engañando
á Mario; artera ocultando,
la vergüenza de un desliz.....

Se cubre el rostro con las manos.

La presencia de Narciso
aquí.... es mi acusación!.....

De mi orgullo la expiación
ya comienza.... ¡Era preciso!

*Advierte que asoma Mario á la puerta y
quiere disimular.*

¡Mario! No tengo de verlo
valor. Advierte mi lucha.....
Si me voy.....

*Trata de hacerlo por el lado opuest
en que está Mario.*

Mario avanza.

ESCENA NOVENA

CARLOTA, MARIO.

Mario Con seriedad.

Carlota, escucha.

Carlota Aparte, deteniéndose.

Trataré de conocerlo.

Mario Azás turbada te veo.

¿Te disgusta mi presencia?

Carlota No; pero sí la imprudencia
de la entrevista.

Mario Lo creo.

Carlota Estamos en casa ajena
y pudiera suceder.....

Mario Yo te puedo responder
que debes estar serena.

Carlota ¿Y si nos sorprende alguno,
mamá, cualquiera.

Mario Te digo.

que en esta sala, al abrigo
estamos del importuno;

y como quiero que hoy,
que esta noche, se decida

el porvenir de mi vida,
á todo resuelto estoy.

Nuestra entrevista de ayer,
no me dejó satisfecho.

Carlota - *Aparte con viveza.*
de angustia me late el pecho.

Mario (*Aparte*)
Temo la verdad saber.

Carlota *Aparentando enojo.*
No sé que quieres de mí.

Mario
¡Franqueza!

Carlota
Mucha he tenido,
pero tu me has ofendido.

Mario
Yo no dudaba de tí,
hasta esta noche.

Carlota
Muy mal
cuadra lo que tú me dices,
del amor que contradices
con tu conducta.

Mario *Picado* ¡Cabal!
¿Porqué entonces la jactancia
de Narciso, en recordarte
algo que pudo turbarte?

Carlota *Afectando indiferencia.*
¿A eso le dás importancia?

Mario ¿Cómo no darle si hiere
mi amor y mi dignidad?

Carlota Un rasgo de fatuidad
de ese hombre que no me quiera.

Pausa breve de reflexión.

Mario *Acercándose a Carlota y tomándole una
mano.*

Carlota, mi amor profundo
el amor que siento aquí,
es, y será para mí
el ser, la vida y el mundo.
Siempre que la vaga idea
de que te pierda algún día
se adueña del alma mía
que solo amarte desea;
si aquello que no es verdad

en otro ser me transforma
¡figúrate si una forma
tomara la realidad!

Carlota *Con ternura.*

¿Pero es verdad tanto amor?

Mario *Con entusiasmo.*

¡Qué si es verdad, vida mía!
Pregunta á la luz del día,
si existe el risueño albor
que nos anuncia la augora?
Pregunta si es verdadero
el matutino lucero
y el sol que los campos dora?
Pregunta á tu corazón
si son ciertos sus latidos,
y pregunta á los sentidos
si es verdad la sensación?

Con fuego.

¡Ah! tan profundo es mi anhelo,
que para amarte quisiera
un alma que inmensa fuera
tan inmensa como el cielo.
Que la tuya y que la mía
unidas pudieran ser
cuanto grande puede haber
en amores y poesía

Se estrechan mutuamente.

Carlota No puedo yo resistir,
me quema el alma tu fuego.
Olvida, yo te lo ruego
cuanto te hice sufrir.

(*Con arrebató de vasióñ.*)

¡Si tú me amas, yo, te adoro!
Dispón de mí como quieras.

Mario
¡Carlota!

Carlota ¡Mario!

Mario ¿Deveras?

Carlota (Sumamente conmovida.)

No ves que al decirlo lloro
y el llanto del corazón
no puede, Mario, engañar
por que sólo él sabe dar
al sentimiento expresión?
Hasta este momento sé
lo que ayer aún no sabía.
Hace poco todavía
de que te amara dudé.

Mario

¡Qué escucho!

Carlota

¡Ah! no te asombre
que hable con tanta franqueza;
hoy, estimo la nobleza,
ayer estimaba al hombre;
es decir, á la ilusión
en un poeta encarnada,
hoy, me siento apasionada
del hombre de corazón.

Mario

¡Mi vida!

Carlota

Déjame hablar.
de un drama que decidí
mi destino y me llevó
del amor hasta el altar.

(Carlota habla con entusiasmo y Mario expresa con el gesto sus diversas emociones.)

Una noche! El teatro lleno.
Luz, perfumes, armonía;
un silencio en que se oía
el leve latir del seno.
Millares de concurrentes
se miraban extasiados,
conmovidos, admirados,
de un desenlace pendientes.
Yo, sin tregua disfrutaba
de múltiples emociones,

sintiendo las ovaciones
que el público preparaba.
Un aplauso de repente
resonó, tan prolongado,
inmenso, justo y deseado
como sincero y ardiente.
Un hombre, de pie, en el foro
con gratitud recibía
ese aplauso que valía
de amor y gloria un tesoro.

Tú eras, Mario, aquel hombre.
Yo, amorosa te miraba
y repetir escuchaba
por todas partes tu nombre.

A tu frente pensadora
ciñeron noble laurel,
y desprendiéndote de él,
con mirada seductora
tus ojos en mí fijaste,
y la corona besando
la fuiste al pecho llevando
y de lejos, me la enviaste.
¡No vi más! Arrebatada
en éxtasis amoroso,
aquel triunfo esplendoroso
para siempre me ligaba
á tí que mi amor inspira,
á tí que sabes sentir,
haciendo amar y sufrir
á quien te oye y admira.

Y dudas de que te adoro!
¡Ingrato!

(A este tiempo sale Narciso por la izquierda: se coloca en la puerta, ocultándose y escucha el resto de la conversación.)

003232

ESCENA DÉCIMA

DICHOS Y NARCISO.

Mario *(En el colmo de la pasión.)*

¡Mi bien: perdona!
tu apasionada ternura
hoy, mi pasada amargura
con mil delicias abona.
¿Estás decidida á ser
mi esposa? Un desheredado
soy.....

Carlota Pero has conquistado
el alma de esta mujer.
No con el vano esplendor
del oro al tanto por ciento,
sino con el sentimiento
la inteligencia, el amor.
Mi familia se opondrá
abiertamente á mi enlace.
Pero no temas, no le hace;
mi cariño vencerá,
y vencerá mi ternura.
Pide mi mano y confía,
en que tuya soy.

Narciso *Oculto, con voz sombría.*

Tardía
miro yo tanta ventura.

Mario ¡Carlota! bendita seas;
y puesto que mía eres,
mañana, si tu lo quieres
se hará lo que tu desees.

Carlota Eso queda á tu cuidado,
pues ya dependo de tí.

Mario ¿De mí solamente?

Carlota ¡Sí!

Mario Pues dálo por terminado.

La estrecha cariñosamente.

Dicha tan grande, mi bien,
pronto se realizará.

¿Y quién, Carlota, podrá
arrebátarmela, quién?

Narciso *Colocándose en el centro de la escena.*

¡El implacable destino!

¡la negra fatalidad!

Mario y Carlota sorprendidos, se apartan á uno y otro lado quedando Narciso en medio.

Carlota ¡Ah! *retrocediendo un paso abatida.*

Mario *Con enojo.* ¡Caballero!

Narciso *Con aplomo.* Ceguedad
es en ella ó desatino
comprometer una vida
que ya no le pertenece.
El amor que á usted ofrece,
ya fué mío.

Carlota *Cae en el sillón. (Aparte.)* ¡Estoy perdida!

Mario ¡Caballero! ese lenguaje?

Narciso No parezca á usted extraño.

De ella viene el desengaño,

Y de ella viene el ultraje.

¿No la mira avergonzada?

Mario *Con desesperación acercándose á ella.*

¡Carlota! ¡Responde!

Carlota *Con voz desfallecida.* ¡No!.....

Mario *Tomándole la mano con violencia*

¡Mírame!

Carlota ¡Imposible!

Mario Yo

lo quiero. . . .

Carlota Casi llorando ¡No!

Mario Retrocediendo con espanto. ¡Desdichada!

Pausa solemne.

Narciso Dando á su acento toda energía

Yo la amaba delirante,
con el cariño sincero

que engendra el amor primero
en un corazón amante.

Fué mi fe tan verdadera
tan ciega mi idolatría,

que nada en mi ser había,
nada, que suyo no fuera.

Por ella sacrifiqué
de mis padres el reposo:

por llegar á ser su esposo
todo, todo adandoné.

Pero ella cruel, perjura
me desgarró el corazón

como á usted, sin compasión,
labrando mi desventura.

Por ella excéptico soy;
por ella dudo de todo

y por ella llevo lodo
á donde quiera que voy.....

Ella no me supo amar,
pero sí supo engañarme.....

más yo he sabido vengarme
deshon.....

Carlota Levantándose nerviosa.

¡Infame!.....

Mario Con enérgica entonación. ¡Callar

debiera usted el secreto
que hace suya á esa mujer:

si ella frágil pudo ser,
usted debió ser discreto!.....

Pero quien tiene en su mano
la honra, y la pisotea,

es imposible que sea
otra cosa que un villano.

Narciso Con indiferencia.

Júzgueme usted como quiera.

Mario Juzgado está.

Narciso Yo desprecio
nécias palabras.

Mario Yo aprecio,
¡la dignidad! Si no fuera
en usted el deshonor
un distintivo que ostenta
yo le pediría cuenta.

Señalando á Carlota
de su vida y de su honor.....
Pero para hombres así,
hay tribunales.

Narciso Amenazando. ¡Veremos!

Mario Narciso; mientras lo vemos
salga usted pronto de aquí.

Mario le señala la puerta con ademán
tan digno y enérgico, que lo domina y
se va dirigiendo á Mario una última
mirada de rencor al salir.

ESCENA UNDÉCIMA

MARIO Y CARLOTA.

La segunda abatida, y el primero altivo
contemplándola mudo.

Carlota Trémula.

Ya que es usted generoso,
tenga de mí compasión.....

Arrodillándose.

No me desprecie.....!Perdón!

Mario Levante usted. Azaroso
ha sido nuestro destino.....
Lave usted su frente impura
con lágrimas; la criatura
tiene á Dios en su camino!.....

Váse Mario lentamente. Carlota quiere seguirlo, y con un ademán lo contiene. Ella con pasos vacilantes se dirige al sillón. Al llegar Mario cerca de la puerta sale Elisa, y ve á Carlota próxima á desmayarse.

ESCENA DUODÉCIMA

DICHOS Y ELISA.

Elisa ¿Qué sucede Mario?
Mario Señalando á Carlota. Atienda á esa infeliz á quien hiere el remordimiento.

Elisa Quiere decirme.....

Mario Yéndose ¡Calló la venda!
Elisa atiende á Carlota que se desmaya

TELÓN RÁPIDO.

Fin del segundo acto.

ACTO TERCERO.

LA MISMA DECORACIÓN DEL PRIMER ACTO.

ESCENA PRIMERA

MARIO Y GILBERTO.

Sentados uno enfrente del otro.

Gilberto Posible es que se presente Narciso, á pedirte cuenta de la justísima afrenta que le inferiste.

Mario Corriente. Recibirá el merecido. De mi casa le echaré como de otra le arrojé por infame.

Gilberto Convenido.....

Mario Pero sé que no vendrá.

Gilberto ¡Es tan grande su imprudencia!

Mario Dices bien.

Gilberto Ten la creencia que de tí se vengará.

Mario Levante usted. Azaroso
ha sido nuestro destino.....
Lave usted su frente impura
con lágrimas; la criatura
tiene á Dios en su camino!.....

Váse Mario lentamente. Carlota quiere seguirlo, y con un ademán lo contiene. Ella con pasos vacilantes se dirige al sillón. Al llegar Mario cerca de la puerta sale Elisa, y ve á Carlota próxima á desmayarse.

ESCENA DUODÉCIMA

DICHOS Y ELISA.

Elisa ¿Qué sucede Mario?
Mario Señalando á Carlota. Atienda á esa infeliz á quien hiere el remordimiento.

Elisa Quiere decirme.....

Mario Yéndose ¡Calló la venda!
Elisa atiende á Carlota que se desmaya

TELÓN RÁPIDO.

Fin del segundo acto.

ACTO TERCERO.

LA MISMA DECORACIÓN DEL PRIMER ACTO.

ESCENA PRIMERA

MARIO Y GILBERTO.

Sentados uno enfrente del otro.

Gilberto Posible es que se presente Narciso, á pedirte cuenta de la justísima afrenta que le inferiste.

Mario Corriente. Recibirá el merecido. De mi casa le echaré como de otra le arrojé por infame.

Gilberto Convenido.....

Mario Pero sé que no vendrá.

Gilberto ¡Es tan grande su imprudencia!

Mario Dices bien.

Gilberto Ten la creencia que de tí se vengará.

Mario ¿Cómo?

Gilberto El es un diputado
influyente, y tu escritor
oposicionista.

Mario Honor
para mí, si denunciado
fuera yo por mis ideas.

Gilberto *Intencionalmente.*
¡Despecho de amor!
¡No tall
Convicciones.

Gilberto Haces mal;
muy mal aunque no lo creas.
Se levanta y Mario lo imita.
Lorenza se está muriendo;
tu padre la seguirá;
pero mientras....

Mario *Con indiferencia.* ¿Que más dá?

Gilberto ¡Mario! *Con enojo.*

Mario ¿Qué?

Gilberto Tú estás mintiendo.

Un alma como la tuya
nunca olvida su deber
porque una frágil mujer
ha dado á otro la suya.

Mario Si el triste acontecimiento
que hirió mi vida de muerte
fuera de otra clase.

Gilberto Advierte,
que en lugar de sentimiento
debes tener aversión,
menosprecio, si tu quieres;
porque hay en la vida seres
indignos de compasión.

Mario Piensa que Carlota era,
para mí algo sagrado.
En ella estaba cifrado

cuanto yo valer pudiera.
Por eso al mirar hundida
mi ventura en el abismo,
he querido yo, yo mismo
hacer pedazos mi vida.

Gilberto ¡Locura!

Mario Tu no has amado
como yo.

Gilberto También es cierto;
pero si más.

Mario No, Gilberto.

Gilberto Mira que yo soy casado.

Mario ¿Nunca tuviste un rival,
ni?

Gilberto Fué mi amor tan tranquilo,
que vacilaba y vacilo
en creer que hay otro igual.

Mario *Con tristeza.*
¡Ah! feliz mil veces quien
de esa manera ha vivido,
y nunca lloró perdido
como yo, el único bien.

Gilberto ¿El único?

Mario ¡Sí!

Gilberto Blasfemo;

no me hagas avergonzar
de ser tu amigo. Pensar
debes en tu padre, y temo
que si el supiera esta acción
también se avergonzaría
del hijo á quien él creía
digno de su corazón.

Don Luis repentinamente por la derecha.

Mario ¡Gilberto....! *Con enojo.*

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y D. LUIS.

D. uLis Con amargura. Ya lo escuché.

Mario Yendo á su encuentro.
¡Padre! ¡Perdón! Soy un loco.

D. Luis No, sino que sabes poco
de lo mucho que yo sé,
y te punzan las espinas
que apenas comienza á hollar
tu planta, cuando gozar
quisieras, lo que imaginas.

Mario Padre: soy un desdichado.

D. Luis lo ottrae un momento á sus brazos.

Gilberto D. Luis, fortalezca usted
su espíritu. Volveré.

D. Luis Ya lo encontrará curado.

Váse *Gilberto*.

ESCENA TERCERA

D. LUIS. MARIO.

D. Luis De mi vida hácia el ocaso
camino resuelto y fuerte.
Mira mi faz; de la muerte
solo me separa un paso.
Nada quiero paro mí
por que en Dios los ojos fijos
tengo. Lorenza y sus hijos
¿qué harán si les faltas, di?
Dos caminos sin remedio
tienes que seguir ahora;
la política traidora
en la que buscas el medio
para el destierro ó la muerte,
que por despecho amoroso
deseas, ó el puesto honroso

que te haga abnegado, fuerte
contra el infortunio cruel.
Entre aquello y tu familia
escoge luego, y concilia
si puedes, dulzura y hiel.
yo sé que tus convicciones,
tu honra empañada

Mario *Suplicante.* ¡No más!

D. Luis Tal vez comprometerás
retrocediendo. ¿Supones,
que en mi corazón de viejo
se anida el temor pueril;
que yo te quiero servil,
y no digno? Ese reflejo
de gloria que hay en tu frente
te responderá por mí
¿Está mi alma en tu alma?

Mario *Con noble arranque.* ¡Sí!

D. Luis Entonces

Mario *Luchando aún.* ¡Padre!

D. Luis ¡Detente!

No prosigas el camino
azaroso y desdichado:
te basta con ser honrado;
lo demás es desatino.

Tono de convicción profunda.

Mario ¿Y mi amor, padre; mi amor?

D. Luis Tu amor ha sido un ensueño,
una ilusión, un empeño
que anuncia el primer dolor,
en esta vida de penas
para todas las edades,
en las que, si hay tempestades,
hay también horas serenas.
Amor que no tenga celos,
contrariedad ni amargura,
sólo se encuentra en la pura

inmensidad de los cielos.
Mario ¡Ah! pero burlar así
 lo noble de mi cariño!.....
 ¡Engañarme!....

D. Luis (*Aparte.*) ¡Pobre niño!.....
 (*A él.*) En el mundo baladí
 no siempre quieras hallar
 quien como tú piense y sienta.

Mario (*Con tono extraño y resuelto.*)
 Padre mío, esta tormenta
 ha de tener que estallar.

D. Luis (*Con tono de reproche.*)
 ¡Desventurado! Tu madre
 con su virtud te nutrió,
 y tu corazón formó
 el corazón de tu padre.
 Ambos en tu sér pusimos
 religión, honra y deber.

(*Profundamente emocionado.*)
 Puedes dejarlos perder
 Nuestros eran te los dimos,
 y con ellos, una herencia
 que ingrato estás derrochando.

Mario No es verdad.

D. Luis Estoy mirando
 el fondo de tu conciencia.
 Y...sábelo una vez más;
 la vida es campo de abrojos
 que se riega con los ojos
 como tú lo regarás.
 Pero cuando el mundo cruel
 te devuelva hechas girones
 todas, todas las acciones
 que hayas confiado á él,
 para calmar la inquietud,
 que nos deja el bien perdido,
 busca el amoroso nido
 que te ofrece la virtud.

Reflexiona y hazte cargo
 de mis palabras. ¿El cielo
 niega á los hombres consuelo?
Mario No, señor.

aparte (Y sin embargo,
 hay en mí yo no sé que,
 de horrible y de doloroso)
momento de lucha y luego con firmeza
 Recobre usted su reposo
 ¡Voy á ser digno de usted.

D. Luis De nuestra conciencia el grito
 obedezcamos los dos:
 lo demás, déjalo á ¡Dios!

Berta por la izquierda interrumpiéndolos

ESCENA CUARTA

DICHOS Y BERTA.

Berta Mamá te llama, abuelito.

D. Luis Dile que voy en seguida.
 ¿Vienes tú, Mario?

Mario Después.

Váse D. Luis.

ESCENA QUINTA

MARIO Y BERTA.

Mario Quédate Berta.

Berta Pero es
 que mamá no está dormida.

Mario Tu abuelito está con ella:
Acompáñame tú á mí.

Berta ¡Oh! con mucho gusto.
toma una silla y la acerca á la de Mario

Mario Así,
de mi dolor la querella
su candor atenuará.

Berta Me parece que lloraba
usted cuando yo venía....

Mario No, Berta.

Berta ¡Qué no! si oía.
que hasta la voz le temblaba.

Mario Ya lo ves, ahora río.

Berta Sí, porque vine y usted
siempre me oculta su llanto.
Eso no está bueno, y tanto
que si otra vez lo hace.....

Mario *amenazándolegraciosamente con el dedo*
sonriendo ¿Qué?

Berta Que no le daré á besar
mi frente por muchos días.

Mario *Besándola en la frente.*
¿Así me castigarías?

Berta Sí lo merece....

Mario *Conmovido aparte.* ¡Llorar!

¡Oh! ¡quién pudiera reír,
como ríe la inocencia,
pura siempre la conciencia
que no conoce el sufrir!....
Eres un ángel que Dios,
puso piadoso á mi lado.

Berta *Repentinamente.*

Anoche los he soñado.

Mario ¿A quiénes, Berta?

Berta A los dos

Mario ¿A dos ángeles?

Berta *Con gracioso mohín.* ¡Oh! no.
á mamá y á mi abuelito,
y en medio del sueño un grito
sin querer me despertó.

Mario ¿Fue triste lo que soñaste?

Berta No lo sé; pero escuchaba
que usted llorando me hablaba
diciéndome «Te quedaste
huérfana y sola en el mundo;
tus padres han muerto ya.

Mario ¡No prosigas!

Berta Si allá va
lo mejor. En lo profundo
de un lugar....que no recuerdo
pero que ví muy hermoso,
como los que usted amoroso
nos ha pintado.....

Mario Me acuerdo.
¿No es un Edén?

Berta *Palmoteando.* ¡Oh! sí; sí.

Mario ¿Y en él á tus padres viste?
¿les hablaste? ¿los sentiste?

Berta Lo mismo que usted á mí.

Mario ¿Y tu abuelito y mamá,
no te hablaron?

Berta ¡Cómo nó!

Cada uno me recordó
lo que me decían acá.
Que fuera buena, obediente,
y quisiera mucho á usted
á mis hermanos, y que
grabara bien en mi mente
los consejos que me dió.
«Y yo veré desde el cielo»,
dijo mamá, si con celo
cumples tu deber ó nó.

Con candoroso acento.

¿Es cierto que desde allí
ven lo que pasa en el mundo?

Mario Y del alma en lo profundo
se les mira desde aquí.

Berta Pero cuando dulcemente
de sueño tan delicioso
gozaba, velo horroroso
me le ocultó derrepente.
Al grito que me arrancó
desperté muy asustada.
No era nada. No era nada!
Sueño. ¿Verdad?

Mario *(Aparte.) Preocupado.* Que causó
amargo presentimiento,
de la realidad cercana.
¡En vano el hombre se afana,
Si la vida es un momento.

A Berta.

Tu sueño, Berta, en verdad
no es ilusoria mentira;
es la fe que nos inspira
la luz de la Eternidad.
Si eres buena y obediente
como tu madre te dice,
verás como te bendice
de Dios la mano clemente.

Berta Y qué es necesario hacer
para que yo sea dichosa?

Mario Ser resignada, virtuosa,
y en Dios con el alma creer.

Berta Estando usted á mi lado,
¿serlo me enseñará.

Mario Mi cariño cuidará
de lo que te han enseñado
tu abuelo y tu pobre madre.
Ellos gozarán al ver

que cumplo con el deber
y la obligación de padre.

Llaman violentamente la puerta.

Ve quien llama, Berta mía,
Berta abre: penetra Don Julián descon-
certado Mario. lo nota, hace un cariño
á Berta y la indica que se retire.

ESCENA SEXTA

MARIO Y D. JULIÁN

D. Julián *Agitado:*
Perdone si lo importuno.

Mario Usted es siempre oportuno.
¿Qué pasa?

D. Julián ¿No lo sabía
usted?... Que fue denunciado
su artículo de «El Oriente»
sobre elecciones.

Mario *Con naturalidad.*
Corriente.
¿Y esto le ha preocupado?

D. Julián ¡Me admira su indiferencia!

Mario ¿Por qué?

D. Julián Debe usted ocultarse:
lo demás es entregarse:
arriesgando la existencia.
Huya usted, yo cuidaré
de su familia. Hora mismo,
porque mañana....

Mario Egoísmo
fuera huir: me quedaré

D. Julián *Apurado.*
Marió, por Dios.

Mario Piensa acaso

que me olvide de quien soy,
comprometiendo á usted hoy
para salir del mal paso?...

D. Julián Yo no soy sino editor
de «El Oriente» el responsable
es usted... Con que yo hable....

Mario *Sonriéndose.*
Irá en mi lugar.

D. Julián *Temor*
infundado. Usted primero
sálvese hoy, se lo suplico.

Saca del bolsillo una pequeña cartera
Aquí dentro de este sobre
hay dinero. Usted es pobre
mientras yo, Mario, soy rico.
Esto para usted; y luego,
su padre puede ocurrir
á mi casa y recibir
cuanto necesite.

Mario *Rechazando seriamente la dádiva*

Ruego
á usted, si vencerme quiere.
Don Julián, á generoso,
guarde ese fruto precioso
de su trabajo.

D. Julián *Me hiere*
repulsa tan singular...
Debo á usted este dinero
de honorarios.

Mario No lo quiero.

D. Julián ¡Mario!

Mario No puedo aceptar.
Si á una situación extrema
llegamos, cualquiera día,
entonces ocurriría
á su protección. No tema.

D. Julián *Con violencia.*

Está bien; pero siquiera
ocúltese, haga usted algo
por su familia:

Mario No valgo
lo que usted supone. Fuera,
además, cobarde y necio,
si retrocediera al frente
del enemigo: esa gente
sólo merece ¡desprecio!

D. Julián Importa que huya usted,
y pasada la impresión
con mi influencia el perdón
muy en breve le obtendré.

Llaman violentamente á la puerta. Don
Julián se inmuta, y Mario abre.

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS Y UN CRIADO

Criado *Con precipitación á Don Julián.*

Señor, la casa de usted
está de tropa rodeada.

D. Julián ¿Cómo se entiende?

Criado *Y cuitada*
la señorita.

Mario ¿Por qué?

Criado Porque quieren catear.

Mario Vamos á salvarla.

D. Julián *Nó.*

Iré yo solo. Estalló
la tormenta. ¡Huya!

Mario *Esperar.*

El naufragio es mi deber.

Vánse Don Julián y criado.

ESCENA OCTAVA

MARIO.

Alma noble y generosa;
lo creo, me salvaría.
Que vengan: el alma mía
hundida en la tormentosa
obscuridad del pasado
amor, parece insensible
á todo, á todo. ¡Imposible!
su puñal está clavado
para siempre aquí. . . . aquí. . . .
tocándose el pecho.

Serénate, corazón,
tengo aún almas que son
un consuelo para mí.
Señalando á D. Luis y Lorenza que vienen por la izquierda.

ESCENA NOVENA

D. LUIS, MARIO Y LORENZA, *sumamente desfigurada*

Mario Acaso te dañará
venir á esta fría estancia.

D. Luis No creas, es peor el ansia
y aquí se mejorará.

Lorenza Gracias á Dios que respiro
¿Qué hora es?

Mario Las siete han dado.

Lorenza ¿Vendrá Elisa?

Mario (*Inquieto titubea.*) No ha avisado.
Tal vez sí.

Lorenza ¿Por qué te miro
triste ó preocupado?

Mario ¿Yo?

No lo creas.

D. Luis Descepciones
de amor.

Lorenza *Con interés.* ¿Como? ¿ya?

D. Luis ¡Ilusiones
que la realidad mató!

Lorenza ¿Luego Carlota?

Mario No hablemos
de ella, que mintió perjura.

(*Aparte.*) *Mientras D. Luis recorre la estancia.*

¿Para qué más amargura
de la que ahora tenemos?

Lorenza *dirige al cielo una triste mirada
y baja la cabeza.*

Lorenza ¡Dios lo quiere! Desgarrada,
hecha girones, su creencia
de amor primero ¡Paciencia!

ESCENA DÉCIMA

DICHOS Y BERTA, *con aire misterioso.*

A Mario.

Berta Una señora enlutada
quiere hablarle.

Mario ¿Quién será?

Berta Con un velo esté cubierta

Mario ¿En dónde?

D. Luis Que pase, Berta,
y tú retírate ya.

Berta *sale por el fondo, introduce á la se-
ñora y se va.*

ESCENA UNDÉCIMA

DICHOS Y CARLOTA

Cubierta con un espeso velo que se levanta al entrar, pero quedando á cierta distancia con timidez.

Mario *Yendo á encontrarla, la conoce al levantarse el velo y retrocede.*

¡Carlota!

D. Luis
Lorenza

¡Ella!

¡Ah!

Mario ¿Usted aquí en mi presencia?

Carlota ¿Hice mal? pero en conciencia

debo hacerlo. Entiendo ya, que ante el tribunal estoy de su familia, y juzgada Por eso vengo humillada á decirles lo que soy.

Todos mudos la ven expresando las diversas emociones que experimentan.

Carlota *Dirigiéndose á D. Luis.*

A usted, cuya noble frente la honradez muestra en sus canas, y conoce las humanas pasiones que el alma siente; A usted que creyó encontrar una hija cariñosa cuando fuera yo la esposa que embelleciera el hogar; A usted que acaso maldijo á este ser desventurado al saber que ha destrozado el corazón de su hijo;
Cae de rodillas suplicante de rodillas el perdón

le vengo humilde á pedir, . . . no me vuelva á maldecir, tenga de mí compasión! *sollozando.*

Mario lucha consigo: Lorenza se conmueve

D. Luis Señora. Levante usted! . . .

Carlota No, mientras vea en sus ojos, la cólera ó los enojos que perjura le causé.

Don Luis la levanta.

D. Luis A Dios le dará usted cuenta del mal que á todos ha hecho.

Carlota á Mario

¡Mario! rompa usted mi pecho, y así lavaré mi afrenta

Lorenza ¡Su afrenta!

Carlota ¡Sí! Criminal

dejé arrebatarme la honra

Lorenza ¡Ah!

Carlota ¿Le espanta la deshonra? . . .

Lorenza ¡Desventurada!

Carlota *(con fuego)* Raudal

de lágrimas incesante

á solas he devorado,

para ver regenerado

lo que perdí delirante.

Y cuando el amor de Mario

iluminó mi existencia

elevóse en mi conciencia

un misterioso santuario.

Amé, creí; su ternura

sublimó mis sentimientos,

y hasta olvidé mis tormentos

volviendo á sentirme pura.

es cierto que le engañaba,

pero no tuve valor

para rechazar su amor.

que así me regeneraba.....
 Quería rehabilitarme,
 y esperar una ocasión
 para hacer la confesión
 de mi falta, y humillarme.....

Lucha terrible de Mario: profunda con-
moción de D. Luis y Lorenza.

El me habría perdonado
 al ver mi arrepentimiento,
 y no tuviera el tormento
 de que me haya despreciado.
 Quiso la fatalidad
 que el infame seductor,
 al ver de Mario el amor,
 descubriera la verdad.....
 y.....

Lorenza No pudiendo contenerse, casi llorando.

¡Me destroza usted el alma!

Carlota ¿Soy infeliz ó culpable.

Lorenza ¡No lo sé! Pero es probable
 que las dos cosas.

Mario Con resolución suprema.

Ten calma

Lorenza. Y usted, Señora,
 culpable ó desventurada,
 abandone esta morada.....

Carlota Se arrodilla cerca de Lorenza y la toma
 una mano suplicante.

¡Que no me arroje así ahora!

¡Dios perdonó á Magdalena!

Perdónenme así los tres.

¿No estoy llorando á sus piés?

Ruégueles usted que es buena.

Mario Con tono solemne.

¡Dios era Dios y podía
 sondear los corazones!.....

Lorenza Rueda á Carlota que se levante.

La nobleza en las acciones
 la afrenta lava algún día.

Carlota Con efusión á Lorenza.

¡Gracias.

Lorenza Toma un tono de solemnidad noble.

La honra se pierde
 alguna vez sin perderla.

Mas ¡ay! para recojerla
 primero el alma nos muere
 como reptil ponzoñoso
 ese intransigente mundo,
 tan hipócrita é inmundo,
 como vil y escandaloso.

Se levanta penosamente apoyándose en la
mesa y en el respaldo del sillón.

¡La mujer! sutil esencia
 En vaso ruín contenida.

¡Por una gota perdida
 un mar de maledicencia!.....

Usted perdió en un momento
 de olvido, error ó locura,
 prenda inestimable y pura
 causa hoy de su tormento.

Creciente animación.

Yo también la honra perdí;
 pero á mi, me fué robada.....

Mi frente está inmaculada,
 y sin embargo ¡ay de mí!

sobre esta pobre existencia
 como muro inquebrantable.

pesa del mundo implacable
 el fallo de la apariencia.....

Sollozando vuelve á caer en el sillón. El
espanto se pinta en todos.

D. Luis ¡Dios de bondad infinita!

¿Qué es esto?
Mario ¡Imposible!
Carlota Angustiada. ¿Usted?
Lorenza Después de reponerse un poco.
 ¡Yo Carlota! Infame red,
 calumnia vil y maldita
 en mi hogar que fué dichoso,
 se introdujo por un hombre.....
Mario ¿Quién es?
Lorenza No queriendo decirlo. Olvidé su nombre,
 y me abandonó mi esposo.....
D. Luis ¿Y no nos dijiste nada?
Lorenza ¿Para qué? Dios conocía
 mi conciencia. ¿Usted quería
 ver á su hija deshonrada?
D. Luis ¡La deshonra era ficticia!
Lorenza Para Dios y para mí.
 Para aquel á quien perdí,
 su abandono fué justicia.
 Carlota, su situación
 es terrible, lo comprendo.....
 Vaya usted á seguir sufriendo,
 merece usted compasión.
Conmovida.
 ¡Padre! ¡Mario! yo intercedo
 por ella que es desdichada
D. Luis Señora: tranquilizada
 vaya usted.
Mario Yo le concedo
 si no el perdón, el olvido.
 ¡No puedo más!
Carlota Resignada. Lucharé
 y alguna vez lograré
 la gracia que hoy le pido.
Carlota se echa el velo y se dispone á salir cuando entran Gilberto y Elisa precipitadamente, Carlota se coloca en segundo término.

ESCENA DUODÉCIMA.

DICHOS, ELISA Y GILBERTO.

Gilberto Mario, es preciso que huyas;
 que te ocultes.
D. Luis ¿Qué sucede?
Elisa le habla en voz baja, y después se dirige á Lorenza y siguen hablando.
Gilberto Que ya ni un momento puede
 estar aquí. No me arguyas
 ahora.....
D. Luis ¿Pero qué pasa?
Gilberto ¡-El Oriente denunciado!
 Si no te ocultas cazado
 serás dentro de tu casa
 Don Julián vela por tí.
 y todo su valimiento
 pondrá; pero ni un momento
 debes tú estar aquí.
 Te buscan como el autor
 de los artículos. Ya
 supondrás el resultado.
D. Luis ¿Qué esperas, desventurado?
Lorenza ¡Mario, por Dios! ¿Qué será
 de tí si á aprehenderte llegan?
Carlota Acercándose á Mario.
 ¡Por piedad, sálvese usted
 Lo que debo hacer no sé!
Mario Con enojo.
Gilberto ¡Eh! Los caprichos te ciegan.
 Aguarda aquí al enemigo.
 Aguárdalo es tu rival.
Mario Retrocediendo.
 ¡Narciso!

¿Qué es esto?
Mario ¡Imposible!
Carlota Angustiada. ¿Usted?
Lorenza Después de reponerse un poco.
 ¡Yo Carlota! Infame red,
 calumnia vil y maldita
 en mi hogar que fué dichoso,
 se introdujo por un hombre.....
Mario ¿Quién es?
Lorenza No queriendo decirlo. Olvidé su nombre,
 y me abandonó mi esposo.....
D. Luis ¿Y no nos dijiste nada?
Lorenza ¿Para qué? Dios conocía
 mi conciencia. ¿Usted quería
 ver á su hija deshonrada?
D. Luis ¡La deshonra era ficticia!
Lorenza Para Dios y para mí.
 Para aquel á quien perdí,
 su abandono fué justicia.
 Carlota, su situación
 es terrible, lo comprendo.....
 Vaya usted á seguir sufriendo,
 merece usted compasión.
Conmovida.
 ¡Padre! ¡Mario! yo intercedo
 por ella que es desdichada
D. Luis Señora: tranquilizada
 vaya usted.
Mario Yo le concedo
 si no el perdón, el olvido.
 ¡No puedo más!
Carlota Resignada. Lucharé
 y alguna vez lograré
 la gracia que hoy le pido.
Carlota se echa el velo y se dispone á salir cuando entran Gilberto y Elisa precipitadamente, Carlota se coloca en segundo término.

ESCENA DUODÉCIMA.

DICHOS, ELISA Y GILBERTO.

Gilberto Mario, es preciso que huyas;
 que te ocultes.
D. Luis ¿Qué sucede?
Elisa le habla en voz baja, y después se dirige á Lorenza y siguen hablando.
Gilberto Que ya ni un momento puede
 estar aquí. No me arguyas
 ahora.....
D. Luis ¿Pero qué pasa?
Gilberto ¡-El Oriente denunciado!
 Si no te ocultas cazado
 serás dentro de tu casa
 Don Julián vela por tí.
 y todo su valimiento
 pondrá; pero ni un momento
 debes tú estar aquí.
 Te buscan como el autor
 de los artículos. Ya
 supondrás el resultado.
D. Luis ¿Qué esperas, desventurado?
Lorenza ¡Mario, por Dios! ¿Qué será
 de tí si á aprehenderte llegan?
Carlota Acercándose á Mario.
 ¡Por piedad, sálvese usted
 Lo que debo hacer no sé!
Mario Con enojo.
Gilberto ¡Eh! Los caprichos te ciegan.
 Aguarda aquí al enemigo.
 Aguárdalo es tu rival.
Mario Retrocediendo.
 ¡Narciso!

Carlota ¡Ah!
Lorenza Levantándose y volviendo á caer en el sillón. ¡El...!
Gilberto Cabal.

¿Y lo esperas?

Mario ¡Sí!
Gilberto Testigo.
dentro de poco seré...

Mario Interrumpiéndolo
¡De la justicia que hago!
Me debe. Rehusa el pago,
yo mismo lo tomaré.
Con tono solemne
Dos víctimas hay aquí,
de ese monstruo miserable.
Señalando á *Carlota* y *Lorenza*.
¡Míralas! Una es culpable,
otra no.

Elisa y *Gilberto* Con espanto.
Mario ¡Lorenza!
¡Sí!

La emoción que se notó
en ella, al decir tú el nombre
de él, me descubre al hombre
que infame la calumnió!...

Mario Figúrate si al saber
que hoy pretende profanar
su inmunda planta mi hogar,
habré de retroceder?...

Gilberto Advierte que denunciado
estás por él, y á prisión
has de ir...

Mario Con explosión ¡Sin compasión
será el reptil aplastado.

D. Luis ¡Mario! ¿qué intentas hacer?

Mario Padre, lo que usted hiciera
si como yo joven fuera.

Lorenza Pero te vas á perder...
Perdónale como yo,
la infamia. Ya no hay remedio
Gilberto Dice bien. Busca otro medio.
Ocúltate, Mario.

Mario Resuelto ¡No!
¿Crees que pueda llegar
su desvergüenza no escasa
hasta el grado...?

Elisa Interrumpiéndolo. Fué á mi casa
como un esbirro vulgar

Gilberto Te busca, te odia.

Mario Lo sé.
Gilberto Quiere vengarse de tí.

Carlota con enérgica resolución á *Mario*.
Huya usted, yo quedo aquí
y defenderlo sabré

ESCENA DECIMA TERCERA

DICHOS MENOS CARLOTA.

Elisa y *Gilberto* Conociendo á *Carlota* en la voz.

Gilberto ¡Carlota!
Carlota Vine á pedir
de mis faltas el perdón.

Elisa ¿Y lo obtuvo?
Mario Compasión
es aliviar el sufrir.

ESCENA DECIMA CUARTA

DICHOS Y NARCISO.

(Este último llega á la puerta del fondo,
dando lugar á lo que sigue.)

Mario Ya está aquí.

Lorenza (A Elisa, con angustia.) Elisa, mis hijos,
presiento la tempestad.

Elisa Voy á verlos. (Vase.)

Narciso A su edad,
males, don Luis, tan prolijos....

ESCENA DÉCIMA QUINTA

DICHOS, MENOS ELISA.

(Gilberto y D. Luis á la derecha, en segun-
do término, cerca de Lorenza; Mario
en primer término á la izquierda.
Vuelto el rostro hacia Narciso.)

Narciso (Avanzando, queda en el centro y se di-
rige á Mario.)

Mi presencia le dirá
que vengo aquí consecuento
á saldar cuenta pendiente
entre usted y yo poco há.
Me citó los tribunales
para denunciar... no sé
qué falta mia... ó qué
asuntos muy personales.
¿Lo recuerda?

Mario (Con altivez.) ¡Cómo no!

Narciso Pues ya que el proyecto aplaza
aceptando su amenaza
vengo á ejecutarla yo.
Yo, que no quise fiar
asunto tan importante
á otras manos....

Mario (Cada vez más altivo.) Adelante.....

Narciso Pronto voy á terminar.
Un momento... (Saca del bolsillo un pliego
cerrado que da á Mario.) Lea usted.

Mario Con ironía á Narciso después de recorrer
el peligro.

Muy bien. Pero se revoca
el mandato.

Narciso Usted provoca
á la autoridad....

Mario No, á fe,

Narciso Entonces, razón no veo
para tamaña altivez

Mario ¿La razón?... Por esta vez
Yo declaro á usted el reo.

Narciso ¿Yo el reo?... (Sarcásticamente.)

Mario (Exaltandose poco á poco) Sí, por mi vida.

Narciso ¡Basta ya! Dese por preso;
tal es la orden.

Mario Rompe el pliego y lo arroja á los piés de
Narciso.

Con eso
dela usted ya por cumplida,

Narciso ¡Audacia tall...!

Mario No se extrañe
por que aquí yo soy el juez, (con enérgica
entonación) ¡Narciso, llegó mi vez!

Narciso No sea que usted se engañe... (avanza un
paso.)

Mario Erigida en tribunal
esta familia infelice,
Que por buena no maldice
á usted, causa de su mal.
Responda á ese noble anciano
á esa mujer moribunda
y al amigo que secunda
la justicia de mi mano.
¿Porqué la honra quitó
á esa mujer y el reposo
con calumnias que su esposo
ardiendo en celos creyó,

abandonándola luego
al infortunio más cruel?

Narciso (Con altivez.) ¿Quién es ella y quién es él?

Mario (Asiéndolo del brazo y arrastrándolo hacia Lorenza.) ¡Ella es!

Narciso (Con terror.) ¡Lorenza!

Mario (Implacable.) Y el fuego

de la deshonra, latente
que ha devorado por tí,
traidor! . . . las huellas allí
mira en su marchita frente:

(pugnando por desasirse.)

Narciso pugna por desasirse de Mario.

Narciso ¡Aterradora visión! . . .

Mario ¡Miserable! te intimida

Lorenza Suplicante.

Mario: déjalo, cumplida
con verme está su expiación.

Narciso sigue pugnando por desasirse de Mario.

Mario ¿Quieres huir? No Cobarde,

como todos los reptiles

Monstruo de pasiones viles

Se abre la puerta con estrépito y penetra D. Julián.

ESCENA DÉCIMA SEXTA

DICHOS Y D. JULIÁN CON UN PAPEL EN LA MANO
SEGUIDO DE LOS DOS AGENTES DE POLICÍA

D. Julián Respirando.

Creí que llegaba tarde! . . .

Dirigiéndose á Narciso.

Deshonrador de mujeres

no pagas ni con la vida

la tranquilidad perdida

y el dolor de muchos séres.

Traidor á la patria un día

ocultaste tu deshonra,

te hiciste ladrón de honra,
pero yo te conocía.

La servil adulación

pudo hasta hoy elevarte;

mas yo vengo á castigarte

con esta autorización.

Le muestra el papel y luego lo da á los agentes.

Los esbirros que trajiste

para Mario, están ahí;

marcha con ellos . . . y así

tu tarea está cumplida.

Le señala la puerta y Narciso se va, mirando á todos con odio.

ESCENA DÉCIMA SÉPTIMA

DICHOS MENOS NARCISO Y AGENTES.

Mario Gracias por ellas, Señor,
pero no puedo vengarlas.

D. Julián La Providencia ha de darlas
una venganza mejor.

Y usted, Carlota, ¿qué hará,
tras la tormenta pasada?

Carlota Lavar mi frente manchada
y Dios me perdonará.

Dirige á Mario una mirada suplicante y se acerca á Lorenza para despedirse.

¡Si nó respira! ¿está yerta!

D. Luis Dios mío! ¿será posible? *acercándose.*

Mario Lorenza! nada insensible,
Desventurada. ¡Está muerta!

D. Julián Diga usted feliz mil veces

porque ya mora en el cielo
y no apura en este suelo
del infortunio las heces.

D. Luis ¿Y sus hijos? ¿y su padre?

C. Julián Dios vela por la criatura.

*Elisa por la izquierda trayendo á Berta
y un niño de la mano.*

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ELISA, BERTA Y UN NIÑO.

Elisa Y yo acepto con ternura
ser la hija y ser la madre.

Mario *Con efusión de gratitud.*

Elisa, este corazón
que aquí late desgarrado
se siente regenerado
ante tal abnegación.

Si pudiera darle amor,
amor inmenso le diera,
pero ahora en mí supera
la inmensidad del dolor.
Sea mi hermana querida
y endulce con su virtud,
la vejez, la juventud
y la infancia desvalida.

CAE LENTAMENTE EL TEELON.

Fin del drama.

POSITIVISMO

DRAMA SOCIAL EN CUATRO ACTOS

Y EN VERSO

POR

ANTONIO DE P. MORENO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO
TIP. JOSE MARIA MELLADO. HOSPICIO DE SAN NICOLÁS NÚM. 10

1900

porque ya mora en el cielo
y no apura en este suelo
del infortunio las heces.

D. Luis ¿Y sus hijos? ¿y su padre?

C. Julián Dios vela por la criatura.

*Elisa por la izquierda trayendo á Berta
y un niño de la mano.*

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, ELISA, BERTA Y UN NIÑO.

Elisa Y yo acepto con ternura
ser la hija y ser la madre.

Mario *Con efusión de gratitud.*

Elisa, este corazón
que aquí late desgarrado
se siente regenerado
ante tal abnegación.

Si pudiera darle amor,
amor inmenso le diera,
pero ahora en mí supera
la inmensidad del dolor.
Sea mi hermana querida
y endulce con su virtud,
la vejez, la juventud
y la infancia desvalida.

CAE LENTAMENTE EL TEELON.

Fin del drama.

POSITIVISMO

DRAMA SOCIAL EN CUATRO ACTOS

Y EN VERSO

POR

ANTONIO DE P. MORENO

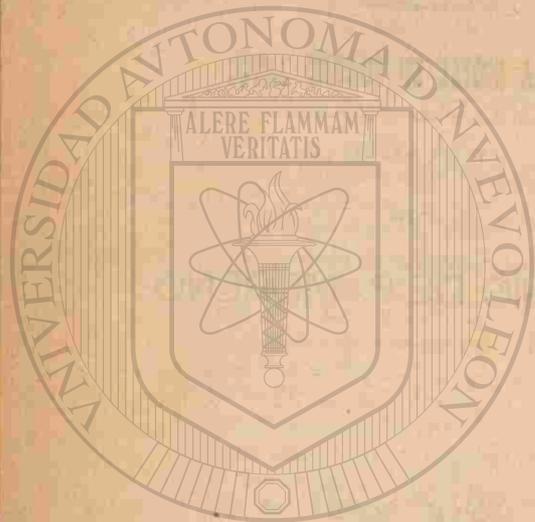


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO
TIP. JOSE MARIA MELLADO. HOSPICIO DE SAN NICOLÁS NÚM. 10

1900



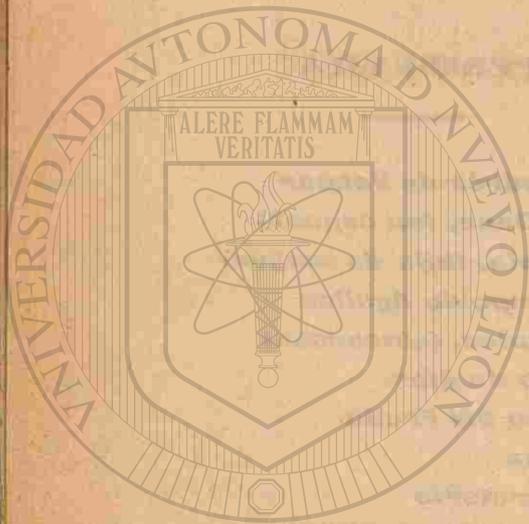
PERSONAJES

Don Andrés de Valmar
Doña Elena, (su esposa)
Herminia, (hija de ambos)
Don Leopoldo Aguilar
Doña Luisa, (su esposa)
Ramiro de Alas
Roberto del Prado
Un Juez
Un Secretario
Dos Agentes de Policía

Griados, lacayos y convidados de ambos
sexos
ACCION CONTEMPORANEA



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACTO PRIMERO

Salón amueblado y decorado con lujo, en la casa de Don Andrés de Valmar. Puerta al fondo, una á la derecha y un balcón con vista al jardín; dos á la izquierda. Mesa de centro. Un confidente, sillones y sillas.

ESCENA I

Al levantarse el telón, aparecerán Elena y Hermínia; se supone que la primera ha sorprendido á la segunda leyendo una carta que ésta trata de ocultar y la conserva estrujada en la mano izquierda.

Elena y Hermínia.

Herm.— ¡Imposible, madre mía!
esta carta es un secreto.

Elena.— *(Con seriedad.)*
Que tú debes revelarme
porque lo mando y lo quiero.

Herm.—(*Augustiada.*)
 Por Dios, mamá, no me obligues.
 Perdóname, te lo ruego;
 mas acaso sufriría
 alguno, si este secreto
 te confiara indiscreta.

Elena.—¿Cómo se entiende....?

Herm.—(*Aparte.*) ¡No puedo!

Elena.—Las hijas que como tú
 educación recibieron
 de moralidad y tienen
 con el debido respeto
 confianza y discreción
 en el cariño materno,
 no rehusan, hija mía,
 como tú lo estás haciendo,
 depositar confidencias
 en el cariñoso pecho
 de una madre que no quiere
 sino el bienestar supremo
 de seres cuya ventura
 es poca para su anhelo

Herm.—(*Con ternura.*)
 Ya sé que mucho me quieres
 y á tu cariño le debo

mil cosas que no podría
 olvidar ingrata..... Pero.....

Elena.—Dime de quién es la carta.

Herm.—(*Suplicante.*) ¡Mamá!.....

Elena.—Lo exijo.

Herm.—(*Aparte.*) No debo!...

Elena.—No me obligues á tratarte
 con rigor.....

Herm.— Pero si temo,
 no tu disgusto conmigo
 sino...

Elena.—Vamos; no hay remedio;
 vas á decirme siquiera
 el nombre que con empeño
 ocultas y debe estar
 al pie de la carta.

Herm.—(*Aparte.*) ¡Tiemblo!.....

Elena.—(*Con intención.*) Acaso yo lo adivine.....

Herm.—¿Tú? ¡no es posible!

Elena.— Presiento

que, á pesar de tu reserva,
 he conocido el misterio.
 el asunto de la carta
 es el amor, lo comprendo;
 y al pie de las mil ternezas
 para Herminia, y juramentos
 habrá este nombre ¡Roberto!

Herm.—(*Sorprendida.*) ¡Ah!

Elena.—¿Lo ves? inútil era
 que ocultaras el secreto.

Herm.—(*Bajando los ojos.*)
 Perdóname, madre mía:

¿Cómo lo sabes?

Elena.— Ha tiempo.

¿Crees que las hijas pueden
 encubrir sus pensamientos
 al corazón de las madres
 dentro del hogar paterno?
 inquietudes y tristezas,
 esperanzas y deseos,
 placer ó melancolias

que son de amor el misterio,
pensamos que están ocultos;
que del disimulo el velo,
de miradas indiscretas
nos ha librado y no es cierto.

(Herminia llora.)

Vamos; ¿y por qué eso lloras?...
Dímelo todo.

Herm.— Yo temo
que te disgustes, que padre
despida de aquí á Roberto y.....

Elena.— Piensas mal, niña mía.

Herm.— *(Animada.)* Entonces....

Elena.— Comenzaremos

porque me digas ingenua
si es tu cariño sincero.

Las primeras ilusiones
que hacen latir el pecho
y descubren á la vista
la luz del amor primero,
son á veces engañosas
sirenas que con su acento
seducen, pero no dejan

de sus cantares recuerdo,
porque son fugaces notas,
tan fugaces como el viento.
Dime lo que tu alma siente,
que ya nos dirá Roberto
con acciones y palabras
lo que yo saber deseo.

Herm.— *(Con resolución candorosa.)*
Si es amor, madre querida,
el encanto, el embeleso

con que se sueña pensando
en el cariñoso dueño
que con ternura nos mira
y á quien con ternura vemos;
si sus ojos nos deslumbran
y lo deslumbran los nuestros,
y al calor de sus miradas
el pecho palpita inquieto;
si del anhelo constante
que se siente al mismo tiempo
en dos corazones, cuando
los impulsa el sentimiento
á los grandes sacrificios
y á todo lo que es excelso,
se desprende que del alma
hay amor, ¡amor yo tengo
distinto de los que tuve
cuando niña en el colegio
y distinto madre mía,
del que por ustedes siento!.....

Elena.— *(Aparte.)* ¡Dulce confesión! *(A ella.)*
Escucha.

Tu lo dices y te creo;
mas es preciso que sepas
que ni admito ni repruebo.

Herm.— ¿Lo ves? Con razón temía
que lo supieras.

Elena.— El tiempo,
normará nuestra conducta.
Tu padre y yo trataremos
con seriedad el asunto,
y de tu bondad espero
la obediencia y el recato

de quien estima el respeto
que á los demás y á sí misma
debe tenerse.

Herm.— Comprendo,
y no tendrás queja, madre,
de tu Herminia.

Elena.— *(Atrayéndola á sí.)* Dame un beso.

Herm.— Mil te diera madre mía,
por ese cariño inmenso.

—
ESCENA II.
—

Dichos y D. Andrés que viene por el fondo.

Andr.— Estamos de enhorabuena.

Herm.— *(Aparte.)* ¡Mi padre!

Andr.— Noticia grata.

Elena.— En tu rostro se retrata.

Andr.— ¡Ya lo creo!

Elena.— ¿Y bien?

Andr.— Elena,
dos asuntos me pusieron
alegre y de buen humor.

Elena.— Tú siempre lo estás.

Andr.— Mejor.
mejor que siempre. Influyeron
cosas que yo no esperaba.

Elena.— Lo celebro.

Andr.— ¿No adivinas?.....

Elena.— Uno es negocio de minas....

Andr.— ¿Vino Leopoldo?

Elena.— Sí.

Andr.— Acaba.

Herm.— Sí, ya que has comenzado.

Andr.— Pues..... que Leopoldo llegó,
y Ramiro recibió
el título de abogado.

Herm.— ¿Ramiro?

Elena.— ¡Cuánto placer
sentiría su buena madre!

Andr.— *(Suspirando.)* ¡Ah! si viviera su padre,
ya le daría qué hacer
el chico que es todo un hombre,
al mirarle convertido
en abogado cumplido,
llevando su honrado nombre!

Elena.— Tienes sobra de razón
para estar contento.

Andr.— Ya.....

Herm.— Yo pienso cómo estará
su familia.

Andr.— El corazón
tiene á veces tal ventura
que á todos quisiera ver
participar del placer
que lo llena de ternura.

Elena.— Y á fe que bien lo merece
la familia de Ramiro.

Herm.— Yo que la quiero, la admiro
sabiendo cuánto padece.

Andr.— Si Ramiro no tuviera
ese carácter tan raro.....

Elena.— ¿Por qué lo dices?.....

Andr.— Es claro.

Un muchacho de carrera,
de gran talento, de honor,

como él, mira adelante
y deja lo extravagante
para otros.

Elena.— Es soñador.
pero vive un siglo atrás.
En fin, su madre piadosa,
recto su padre, era cosa
indispensable; además,
es cuestión de caracteres.

Herm.— ¡Pero es tan bueno!

Elena.— Eso sí.

Andr.— *(Mirando con malicia á su hija.)*
muchos maridos así
necesitan las mujeres.

Elena.— *(A Herminia.)*
Ve y prepárate á salir;
vamos hoy á visitar,
á esa familia.

Herm.— *(Yéndose y aparte.)* A tratar
quizá de mi porvenir.

(Vúese por la derecha del foro.)

ESCENA III

Elena, Don Andrés.

Elena.— Y bien; ¿Aguilar?...

Andr.— ¡Ah! sí:
Es un hecho la bonanza.

Elena.— ¿Es posible?

Andr.— La esperanza
en realidad convertí.

consigo Aguilar me trajo
piedras tan ricas en oro,
que nos daran un tesoro
con poco más de trabajo.

Elena.— Si fuera un hecho

Andr.— Dudar

De lo que se palpa y ve,
no es posible.

Elena.— Pero qué,
aun hay mucho que gastar?
Una mina quiere mina.

Andr.— La verdad, si me engañaran
los indicios me arrastraran
á la más completa ruina.

Elena.— Yo, mucho lo temo

Andr.— Y yo,

mas en Aguilar confío,
Trabaja con mucho brio
y gran éxito. Pasó
á la veta principal
que llama deslumbradora;
y según me dijo ahora
está acopiando metal.

Seremos ricos. Elena,
millonarios, lo aseguro.

Elena.— ¿Así lo crees?

Andr.— ¡Oh lo juro

Toda la mina está llena
de magníficos ramales,

Elena.— ¿Pera tu caja lo está
para seguir.....?

Andr.— Ya entrará
el producto. Los metales

irán luego al beneficio.

¡Cómo quieres que tan prontol

Elena.—¿Y miéntras?

Andr.— Ya ves, yo afronto
la situación,

Elena.— Mucho juicio.
Dirás que asuntos así
no me conciernen,

Andr.— Te engañas:
para las gentes extrañas
será, más no para mí.
Tu cariño y tu talento
siempre los he apreciado,
y más de una vez has dado
formas á mi pensamiento
para encontrar soluciones
á difíciles empresas.

Elena.— ¡Ay! Andrés, humo y pavesas
suelen ser las ilusiones.

Andr.— Me estás torturando el alma
con la duda.

Elena.— No quisiera,
pero la mujer supera
al hombre, á veces, en calma.
Con verdadera ansiedad
sigo tus pasos mirando
el caudal que vas gastando,
con una temeridad
que me infunde miedo, si
pues por más que me alucino
me dice que me fascino
una voz que escucho aquí. (*Señala al cora-
zón*) Me sueño rica, dichosa,

¿por que lo he de negar?

Miro á Herminia disfrutar
de posición ventajosa,
y á tí cual siempre tan bueno
haciendo el bien por doquiera;
pero esta duda ...

Andr.— (*Reflegiouando y aparte.*) Pudiera
tener su razón.

Elena.— Me apeno
porque te infundo temores.

Andr.— Celo del cariño, Elena.
Confía; mi alma está llena
de esperanzas. Los favores
del cielo nunca abandonan.

Elena.— Lo sé; pero es necesario
no pecar de temerario.

Andr.— Las intenciones me abonan.
Dejemos que las decida
el tiempo que raudo avanza,
ya sabes que la esperanza
es el todo de la vida

(*En este momento se dejan ver en el fondo Agui-
lar y Luisa, quienes escuchan las últimas pa-
labras de D. Andrés.*)

ESCENA IV

Dichos, Aguilar y Luisa

Agui.— (*Respondiendo á D. Andrés.*)

Sin ella vivir no pueden
los mortales.

Andr.— (*Sorprendido.*) ¡Aguilar!

Elena.— ¡Luisa!

Luisa.— ¡Elena! (*Se besan.*)

Elena.— (*A Luisa.*) Sabes dar
sorpresas gratas.

Luisa.— Que ceden
para mi en satisfacción.

Elena.— Gracias por ello.

Aguil.— (*A Elena.*) Quería
hacerle á usted compañía.

Luisa.— Con todo mi corazón.

Elena.— Entonces puedo contar
con que estarás á mi lado.....

Luisa.— Unos días ocupado
está él (*señalando á Aguilar*) y regresar
pronto es preciso.

Elena.— Veremos.

Un mes siquiera

Andr.— Sí, sí.

Agui.— ¿Y el trabajo?

Andr.— Desde aquí
de acuerdo lo dispondremos.

(Elena quita á Luisa el sombrero y abrigo y mientras Don Andrés y Aguilar hablan de negocios, ellas discurren por la escena sosteniendo animada conversación en voz baja, pero sin perder de vista á Don Andrés y á Aguilar: todo con la mayor naturalidad.)

Andr.— ¿Conque el asunto camina
viento en popa, no?

Agui.— Las muestras
no dejan qué desear:
El aspecto de la veta
riquísimo me confirma
en que la bonanza llega.

No puede usted figurarse
la ansiedad que me desvela,
el afán con que trabajo,
abundando en la certeza
de que, en unos cuantos días,
nuestra fortuna supera
á cuanto hayamos pensado
hasta hoy.

Andr.— Con tal que sea
corto el tiempo, porque en fin
ya la caja no está llena;
sale mucho, amigo mío,
y muy poco ó nada entra.

Agui.— No debe usted preocuparse
(Saca del bolsillo algunos papeles.)
Aquí tiene de las cuentas
la copia. Unos miles más
y hemos terminado.

Andr.— *(Fijándose en la suma)* ¿Es esta
la cantidad invertida
hasta hoy?

Agui.— *(Aparentando tranquilidad)* Ciento sesenta
mil duros llevo gastados.

Andr.— *(Con aire temeroso)* ¿Y faltan?

Agui.— Mi cálculo era
otros veinte más ó menos.

Andr.— *(Ligeramente inmutado)*
¡Otros veinte! ¡Ciento ochenta!

Agui.— ¿Se sorprende?

Andr.— *(Dominándose)* No; las minas...
son así.

Agui.— Para la hacienda
de beneficio envíe

bastante metal y en esta semana ya pagaremos el importe de dos letras, que á cargo de usted giré, con ese metal. Paciencia.

Andr.—La he tenido y la tengo; me inspira una fe tan ciega esa mina, que gastara doble de lo que presenta esta copia. Tanto así confío, Aguilar, en ella. Pero esto decir no quiere que yo temeroso vea el caudal que se ha gastado y á mis recursos supera.

Agui.—(Aparte) Tiene razón; es preciso hacer algo.

Andr.—¿Y esas letras se vencen próximamente?

Agui.—Esta semana. Si llega el producto de metales, como lo espero, cubiertas serán por usted sin grave compromiso.

Andr.—(Con ansiedad) ¿Y si no llega?.....

Agui.—Entonces

Andr.—(Con angustia y aparte) Será imposible pagarlas.

A Aguilar, mirando que Luisa y Elena vienen)

Ellas se acercan

vámonos al escritorio.

Agui.—(Aparte) Yo debo ayudarle; es fuerza

Elena.—(Acercándose á ellos)
¿Interrumpimos?

Andr.— No.

Elena.—(Aparte) Andrés
está pálido.

Andr.— Tenemos
que ver apuntes; volvemos
en seguida.

Agui.—(A las señoras) Hasta después.

ESCENA V.

Luisa, Elena.

Elena.—Los señores nos excluyen
de los negocios.

Luisa.— Mal hecho,
porque la mujer á veces
suele dar buenos consejos.
Aguilar siempre consulta
mi parecer.

Elena.— Lo celebro.
Tú siempre has tenido clara
penetración y talento.

Luisa.— No es esto precisamente;
sino que calculo y pienso
que nunca se debe obrar
á impulsos del sentimiento.
El romanticismo, Elena,
se queda para los versos.
La vida debe ser práctica.

Elena.—(Aparte.) ¡A oírle me estremezco.

Luisa.—¿No tienes esa opinión?

bastante metal y en esta semana ya pagaremos el importe de dos letras, que á cargo de usted giré, con ese metal. Paciencia.

Andr.—La he tenido y la tengo; me inspira una fe tan ciega esa mina, que gastara doble de lo que presenta esta copia. Tanto así confío, Aguilar, en ella. Pero esto decir no quiere que yo temeroso vea el caudal que se ha gastado y á mis recursos supera.

Agui.—(Aparte) Tiene razón; es preciso hacer algo.

Andr.—¿Y esas letras se vencen próximamente?

Agui.—Esta semana. Si llega el producto de metales, como lo espero, cubiertas serán por usted sin grave compromiso.

Andr.—(Con ansiedad) ¿Y si no llega?.....

Agui.—Entonces

Andr.—(Con angustia y aparte) Será imposible pagarlas.

A Aguilar, mirando que Luisa y Elena vienen)

Ellas se acercan

vámonos al escritorio.

Agui.—(Aparte) Yo debo ayudarle; es fuerza

Elena.—(Acercándose á ellos)
¿Interrumpimos?

Andr.— No.

Elena.—(Aparte) Andrés
está pálido.

Andr.— Tenemos
que ver apuntes; volvemos
en seguida.

Agui.—(A las señoras) Hasta después.

ESCENA V.

Luisa, Elena.

Elena.—Los señores nos excluyen
de los negocios.

Luisa.— Mal hecho,
porque la mujer á veces
suele dar buenos consejos.
Aguilar siempre consulta
mi parecer.

Elena.— Lo celebro.
Tú siempre has tenido clara
penetración y talento.

Luisa.— No es esto precisamente;
sino que calculo y pienso
que nunca se debe obrar
á impulsos del sentimiento.
El romanticismo, Elena,
se queda para los versos.
La vida debe ser práctica.

Elena.—(Aparte.) ¡Aí oírle me estremezco.

Luisa.—¿No tienes esa opinión?

Elena.—Con franqueza, no la tengo.

Luisa.—Lo siento. Quien no calcula
se queda atrás sin remedio.

Elena.—*(Aparte.)* Escuchándola, me asalta
extraño presentimiento.

(A Luisa.) El cálculo, Luisa mía,
no siempre en la vida es bueno.

Luisa.—Te engañas.

Elena.— El corazón
puede mucho.

Luisa.—*(Aparte.)* Dan tedio
gentes así.

Elena.— Yo creía
que nunca el orgullo necio
podiera ser para el alma
un prudente consejero.

Luisa.—*(Aparte.)*
Me reprocha. *(A Elena con ironía)*
Tú lo afirmas.....

Elena.—Será porque así lo siento.

Luisa.—*(Tomando un tono amable.)*

En las almas generosas
como la tuya, convengo
en que la virtud exista.

Vives dichosa; el dinero
impulsa la caridad,

y los corazones buenos
gozan en hacerla. Yo,

he tenido pruebas de ello.

Elena.—*(Aparte.)* ¡Tono extraño!

Luisa.—*(Idem.)* Si supiera
que sus favores desprecio.

Elena.—No es extraño que te quiera

y te demuestre mi afecto:
lo mereces.

Luisa.— No lo digas;
es tu bondad. *(Aparte.)* Que aborrezco.
(A Elena.) Aguilar y yo, sentimos
de tus favores el peso.
Mis hijos aprenderán
á bendecirte.

Elena.—*(Con seriedad.)* Dejemos
inútil conversación.
¿Quieres salir de paseo?
Que pongan el coche.....

Luisa.— Espero
á Leopoldo: pero tú,
por mí, no te prives.....

Elena.— Tengo
que visitar, con Herminia,
á la viuda de Alas; quiero
felicitarla. Ramiro,
¿le conoces?

Luisa.— No recuerdo.

Elena.—Alguna vez en mi casa
te lo presenté há tiempo;
era estudiante de leyes
y hoy abogado.

Luisa.—*(Indiferente)* Creo
que á su padre conocí.

Elena.—¡Ah! era un hombre bueno;
honrado, probo, inflexible,
gran corazón y talento.

Luisa.—Pero con poca fortuna.
El corazón es lo menos
con que se debe contar,

digo, para ciertas cosas.
(*Herminia por la derecha.*)

ESCENA VI.

Dichas y Herminia.

Herm.— Ya estoy, mamá.
(*Sorprendida al ver á Luisa*) ¡Tanto bueno en casa! ¡Qué dicha! (*abrazándola con cariño.*)

Luisa.— Yo soy ahora quien la tengo.
¡Qué bella estás, qué crecida!

Herm.— ¿Y Honoría?

Luisa.— Ya el colegio poco tardará en dejar.
Mucho te extraña.

Herm.— La quiero como á mi mejor amiga; y aunque no tengo deseos de continuar estudiando, por ella, acaso al colegio volvería

Luisa.— Gracias.

Elena.— Vuelvo.
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA VII.

Dichas menos Elena.

Herm.— ¿Y Carlota y Julia?

Luisa.— Bien.
No como tú tan dichosa

porque la fortuna esquivada tiene caprichos de sobra.

Herm.— La fortuna viene y va; y les basta por ahora tener como yo, sus padres, para sentirse dichosas.

Luisa.— Pero los padres sufrimos cuando faltan ciertas cosas.

Herm.— ¿Qué puede faltarles?

Luisa.— Mucho.

Herm.— Mucho de qué?

Luisa.— Trajes, joyas, que la sociedad exige y que el mundo no perdona.

Herm.— Para mí, es lo de menos. Jóvenes bellas, virtuosas. Eso vale mucho más que las apariencias tontas.

Luisa.— Bien se conoce, hija mía, que no eres pobre.

Herm.— Señora; rica en virtudes quisiera tener el alma. Las joyas opacan frecuentemente las cualidades que adornan á seres que por sí mismos valen mucho.

Luisa.— (*Con fina ironía.*) Soñadora.

Herm.— No lo sé, pero á mi madre debo estas ideas.

Luisa.— (*Aparte.*) (Tontas.)
(*Elena por la derecha.*)

ESCENA VIII.

Dichas y Elena.

Elena.—Vamos Herminia.

(A Luisa.) Ya sabes.

La casa es tuya. Una hora nos detendrá la visita.

Adios; descansa. *(La besa.)*Luisa.—*(Con cariño.)* Mimosa.*(Vanse.)**(Luisa las sigue con la mirada lenta y envidiosa, diciendo casi en la puerta del fondo los dos primeros versos del monólogo que sigue.)*

ESCENA IX.

Y ver que la fortuna favorece
á los que así sus dones menosprecian.*(Baja al proscenio.)*Yo vivía feliz, rica, mimada,
envuelta siempre en terciopelo y seda,
brillando en los salones con el brillo
que vence á las rivales en belleza.
Jamás de compasión llanto cobarde
nubló mis ojos por desgracia ajena,
y al ver llorar, sentía menosprecio,
dudando de que lágrimas pudieran
tener á todas horas los que piden,
y de su historia los dolores cuentan.
Su faz horrible presentóme un día
el áspid destructor de la miseria,y tuve que llorar llanto de fuego,
cuya memoria mis entrañas quemal.....
?Yo, pobre, miserable, relegada
á vivir en tugurios, en espera
de la limosna vil de algún amigo
que sufrir nos veía?..... ¡Cuando en esa
terrible transición de nuestra suerte
ahora pienso, de congoja tiembla
estremecida mi alma! ¡Los recuerdos
de aquella situación, mi pecho hielan!*(Pausa.)*Varió la faz de la fortuna; vino
la protección de D. Andrés y Elena
en cambio del trabajo de mi esposo.
¡Y sin embargo, que salvaron piensan
á una pobre familia, abandonada
al horror infernal de la miseria!.....
Torpe virtud, engaño de favores. . .
Las dádivas, cariño y complacencias,
reconocen un fin que hiere mi alma
y á nueva desventura la sujeta.*(Con tono reconcentrado.)*¡Pensar que en breve, el esplendor, el lujo,
el brillo seductor de la riqueza,
harán que el mundo, á quien deslumbra el
oro,®
esté á las plantas de la bella Elena,
mientras que yo, devoro en el secreto
del injusto destino la torpeza. . . .!*(Transición reflexiva.)*¡Ah! de mi mente en la confusa sombra,
surge la luz en forma de una idea,
y crece y se dilata y se realiza

y mi rival en lujo y en belleza
eclipsase ante mí... lo quiero y basta
con que lo quiera yo para que sea...

(Aparece Ramiro, entrando por el foro.)

ESCENA X.

Luisa, Ramiro.

Ram.—A los pies de usted, señora.

Luisa.—(Sorprendida.) ¡Ah! ¿quién llega?
(Dominándose.) Caballero!...

Ram.—(Idem.) Me habrá escuchado?....
Aquí Luisa!
¿Don Andres?

Luisa.—Supongo... creo.....
que estará en su despacho.

Ram.—¿Y la señora?

Luisa.—Sallieron
Herminia y ella, hace poco.
(Aparte.) Este es Ramiro.

Ram.—Le ruego

permita que las espere.
Luisa.—Sírvase tomar asiento,

y entonces, con su permiso....

Ram.—Sentiría ser molesto
y que usted se retirase
Por mi causa....

Luisa.—Voy adentro,
Para que anuncien á usted.

Ram.—Yo su bondad agradezco.

(Vase Luisa.)

ESCENA XI.

Ramiro.

¿Qué hace aquí Doña Luisa,
alma infernal de Leopoldo?.....

Ya recuerdo. D. Andrés
me habló hace días de todo
lo que estaban proyectando
para la mina uno y otro.
No me atreví á contrariarlo;
pero ahora, de su socio
voy á recordarle ciertos
antecedentes notorios,
y mucho que se murmura
y que lo ignora supongo.

ESCENA XII.

Dichos, D. Andrés por la izquierda.

Ram.—Señor D. Andrés....

Andr.—¡Ramiro!
Cuánto gusto de estrecharte
en mis brazos

Ram.—Un amigo
bondadoso como usted....

Andr.—¿Y tu mamá?

Ram.—Bien; no vino
porque esperaba que fuese
por ella.

Andr.—Y....

Ram.—Un requisito

que fué preciso llenar
para recoger el título,
me lo impidió.

Andr.— Pues lo siento.
(*Sesientan*) Ya sabrás que para rico
me falta un peso...

Ram.— No sé....

Andr.— ¿Te vuelves desentendido,
eh?...

Ram.— ¿Habla usted de la mina
de su propiedad?...

Andr.— ¿De qué otro modo quieres
que pudiera hacerme rico?

Ram.— Hay tantos modos de serlo!

Andr.— Yo sólo en este confío.

Ram.— ¿Usted solo?

Andr.— Y la familia.

Ram.— ¿Y alguno más?.....

Andr.— ¿Quién?

Ram.— ¿Me explico?

Andr.— ¿Quieres hablar de Leopoldo?

Ram.— Justo.

Andr.— Mi socio y amigo,
mi apoderado.

Ram.— Es bastante
para que sea á mi juicio
tan opulento y tan....

Andr.— Vamos,
deja los enigmas,

Bam.— Digo,
que pronto también tendrá
una fortuna.

Andr.— Ramiro:

quien á trabajar te ayuda,
con desvelo, con ahinco,
y á sus esfuerzos le debes
un éxito tan cumplido
como el que pronto vendrá
con la bonanza, que rico
sea también como tú,
es racional y preciso.

Ram.— Ni lo dudo, ni lo niego;
solamente desconfío
de circunstancias que deben
tener á vd. sobre aviso.

Andr.— ¿Qué quieres decir?... ¿Sospechas
de su proceder?... ¿no es digno?...

Ram.— ¿Olvida vd. que Aguilar
á honorable casa hizo
que se presentara en quiebra?
vd. lo sabe y no atino
cómo ha podido confiarle
grandes intereses.

Andr.— Vivo
seguro de su lealtad.

Aquella quiebra, Ramiro,
no debe atribuirse á él
solamente. Era mi amigo
el dueño de aquella casa.
Por apatía ó capricho
abandonaba á menudo
los negocios. Sobrevino
la desgracia y responsables
fueron los dos, yo lo afirmo,
y aunque Aguilar era joven
falto de experiencia y tino,

no lo disculpo, al contrario.
Mas después, arrepentido,
presa de grande infortunio,
casado, pobre, con hijos,
se regeneró: A mi lado
lo conduje; y él, solícito,
en poco tiempo logró
convertir nuestros delirios
de una bonanza en la mina,
en hecho tan positivo,
que, te lo confieso, asombra!
Cierto que el gasto es crecido,
un capital verdadero
del que muy pronto confío
en reembolsarme con creces.

Ram.— *(Discretamente.)*
Este es, señor, el motivo
de ciertos rumores. Dicen
que el capital invertido
en trabajos de la mina
es menos de lo que escrito
aparece en los apuntes,
y se habla de vd.

(Se ponen ambos de pie.)

Andr.— ¡Ramiro!
Ram.— Creyendo que es imposible
desembolsar de continuo
tan enormes cantidades
sin exponerse á perjuicios
de gravedad.

Andr.— En efecto....
Mas yo las cuentas he visto
y me parecen exactas.

Las minas, gastos crecidos
tienen para dar producto

Ram.— Lo celebro y nada he dicho.

Andr.— Yo te agradezco en el alma
el interés que te inspiro.
Eres como fué tu padre,
tan honrado como digno.
Pero eres también muy joven.....
Hoy vas á comer conmigo.
Hablarás de sobremesa
con Leopoldo y prevenido
por nuestra conversación
cambiarás.

Ram.— Bien.

Andr.— *(Aparte)* ¡Guapo chico!

ESCENA XIII

Dichos, Elena y Herminia que salen por el fondo.

Elena.— Ramiro! Usted por aquí
y nosotras en su casa:

Ram.— Si yo lo hubiera sabido... ..

Her.— Pero aquí le vemos

Ram.— Gracias.

Andr.— Hoy es nuestro comensal.

Elena.— ¡Magnífico! No esperaba
tan grata satisfacción,
señor abogado. *(Con dulce sinceridad.)*

Andr.— Baja

con él al jardín, Herminia.

Her.— ¿Vamos?

Ram.—(Demostrando en todo amoroso interes.)
Con gusto. ¿Te agradan
tanto como antes las flores?

Her.—Ahora más. ¡Tengo tantas!...
(Lo conduce al balcón de la derecha)
Mira desde aquí.

Ram.— ¡Precioso!
(Siguen hablando bajo)

Elena.—(A Don Andrés)
Voy con ellos.

Andr.—(Mirándolos con ternura) ¡Qué galana
pareja! ¿Te gustaría
verlos unidos?

Elena.—(Suspirando) ¡Qué lástima
Es tarde para eso, Andrés,
Herminia está enamorada.

Andr.—(Con sorpresa y disgusto)
¡Enamorada! ¿Y de quién?
Di.... (Criado por el fondo.)

ESCENA XIV

Dichos y criado

Criad.— Señor, en la antesala
el señorito Roberto
espera.

Herm.—(Con emoción involuntaria.)
¡Eh!....

Ram.—(Aparte sorprendido) ¡Ah! lo ama!
Qué desengaño!

Elena hace á Don Andrés una seña de inteligencia
y éste ve á Herminia.)

Elena.—(A los jóvenes)
Vámos.

Andr.— Sí.... ruborizada....
Vánse los tres por la derecha y entra Roberto
por el fondo

ESCENA XV

Don Andrés y Roberto

Rober.— Señor Don Andrés.

Andr.— Roberto

Qué dicha de verlo en casa.

Robert— Es que la mía traspasa
los límites de lo cierto.

Andr.— No me explico.....

Robert— Tanto así.
visitarle ansiaba hoy.

Andr.— ¿Hoy por qué?

Robert— Porque me voy
quizá muy pronto de aquí.

Andr.— ¿Cómo? ¿á donde?

Robert—(Dando una carta.) En esta carta
mi padre lo dice á Usté.

(D. Andres recorre la carta y
mientras Roberto dice aparte.)

Es el momento y sabré
Si de su lado me aparta.

Andr.—(Indicándole un asiento.)

En efecto, aquí me avisa
que fué mi letra pagada,
y usted parte á la Embajada

de Berlín.
Robert— Es mucha prisa
Yo quisiera retardar
mi viaje.

Andr.— ¿Por qué razón?

Robert— Asuntos del corazón;
¿por qué lo he de negar?

Andr.— Bien hecho. De la experiencia
nace siempre el buen consejo,
por algo se llega á viejo
luchando con la existencia.

Robert— Si vd. aprueba, mejor.

Andr.— Tal vez; pero usted debía
ver que es joven todavía
para entregarse al amor,
en círculo tan pequeño,
cuando va usted á viajar
por Europa y alcanzar,
si lo toma con empeño,
honores y posición.

Robert— Quizá; mas de esta pasión
depende mi dicha entera.

Andr.— Usted lo cree porque ama.
Las primeras ilusiones
son casi siempre nociones
del amor.

Robert— O activa llama
que no se extingue.

Andr.— Será

Robert— ¿Usted lo duda?

Andr.— No y sí;
la juventud es así.
¿Y su padre sabe ya?.....

Robert— Todo se lo he consultado.
Mi elección es de su gusto.

Andr.— Entonces, Roberto, es justo;
delo usted por aprobado,
de mi parte. (*Cambio repentino.*)

La futura
debe ser joven y bella,
¿no es verdad?

Robe.— (*Con exaltación*) Es un^a estrella
del hogar, brillante y pura.

Andr.— (*Con marcada intención*)
Lo celebro. ¿Y de su amor
tiene usted seguridad?

Robe.— Absoluta... La verdad
se revela en su candor,
y sólo falta á mi anhelo,
que sus padres den al mío
dulce respuesta que ansío
para alcanzar ese cielo.

(*Con resolución súbita.*)

La clara penetración
de usted, no le dice ahora
que la niña á quien adora
rendido mi corazón
es.....

Andr.— (*Interrumpiéndolo seriamente.*)
Silencio! (*Aparte.*) Lo pensaba.

Robe.— (*Aparte*) Su seriedad me atormenta.

Andr.— ¿No ha tenido usted en cuenta
que al padre de ella le hablaba?

Robe.— Señor D. Andrés, creía
que mi noble sentimiento
no le ofendiera...

Andr.— No intento decirle que me ofendía; más debe usted comprender que un padre no encuentra llano escuchar así... de plano, que le piden por mujer sin antecedente alguno, á su hija.....

Robe.— (*Con sincera humildad*) Cuánta razón tiene usted: mi situación hizo que fuera importuno; mas como voy á partir para Europa, yo quisiera que usted, señor, consintiera ántes.....

Andr.— Es mucho pedir

Robe.— Si mi franqueza no explica la lealtad con que procedo, de otra manera no puedo expresarme.

Andr.— (*Aparte.*) Y me replica! Jóven; fuera baladí mi negativa en el punto á que llega nuestro asunto, si viera tan sólo en mí la honra que nos dispensa. Pero, al tratar de mi hija, permita usted que le exija deje por hoy lo que piensa.

Robe.— ¿Me desprecia usted?

Andr.— Lo aplazo.

Robe.— Y bien: ¿qué digo á mi padre?

Andr.— Diga usted lo que le cuadre,

que yo le hablaré del plazo,

Robe.— Entonces ¿puedo esperar?

Andr.— Nada por hoy..... ya veremos.....

Pero entre tanto debemos con suma prudencia obrar.

Nada de cartas ni citas

Robert.— Sé cumplir con mi deber.

Andr.— Lo creo; pero á mi ver son mejores las visitas.

Robert.— Mucho agradezco el favor; pero mi viaje.....

Andr.— (*Paniéndose en pié.*) Paciencia!

Robert.— Me tortura usted

Andr.— La ausencia

mata, ó afirma el amor.

Lo que digo no es pretexto.

Si dignos llegan á ser

de unirse, tendré placer

pues que Dios lo habrá dispuesto.

Robert.— (*Tomándole la mano con efusión.*)

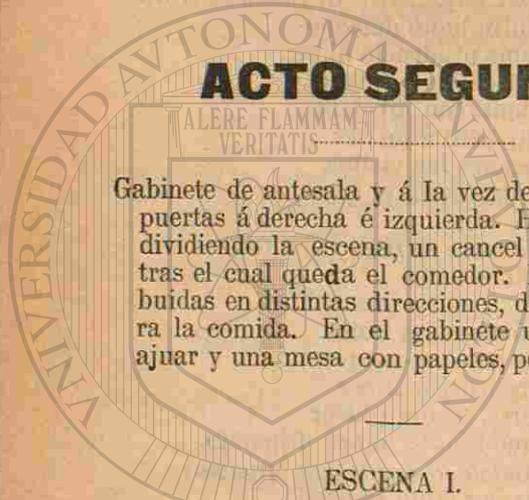
Gracias por tanta bondad.

Andr.— Es que no concedo nada.

Robert.— Si en mí consiste..... ¡labrada está mi felicidad!

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO

Gabinete de antesala y á la vez de estudio. Dos puertas á derecha é izquierda. Hacia el fondo dividiendo la escena, un cancel de cristales, tras el cual queda el comedor. Mesas distribuidas en distintas direcciones, dispuestas para la comida. En el gabinete un escritorio, ajuar y una mesa con papeles, periódicos, etc.

ESCENA I.

*Aguilar aparece seniado cerca del escritorio
hojeando papeles.*

Tiene razón D. Andrés al ver el caudal gastado, para dudar. Ha llegado á punto que algún revés de la voluble fortuna ó arruine, deshonne y hiera y no mire por do quiera sino la sombra importuna del dolor que nos aqueja,

cuando el mundo impunemente juzga al hombre delincuente y delincuente lo deja ..
¡Pobre hombre! palideció al hablarle de mis giros y de angustia los suspiros dominándose ocultó.

Lo salvaré, lo merece. (*En estos momentos, asoma Luisa por la izquierda, al oír hablar á su marido se detiene y escucha.*)

Su corazón generoso me salvó también . . . Hermoso es salvar á quien padece.

Luis. — (*Aparte. en la puerta.*) Torpe!

Agui. — Ambición desmedida fuera que yo le privara de lo justo. Ya bien cara he pagado la partida jugada en ageno daño.

¡No más sombra en mi destino!

Luisa. — (*Aparte.*) Mal comenzaste el camino para arrepentirte.

Agui. — Un año bastó para convertir de D. Andrés la esperanza en esta rica bonanza: que nos abre el porvenir con puertas de oro! Metales tengo á mi disposición. salvaré la situación de D. Andrés, sí, sus males dependen del compromiso

de las letras por vencer.
Yo lo voy á sorprender
pagándolas de improviso.
No es tiempo de vacilar,
voy á verle.

(Luisa baja al proscenio y se interpone á supaso.)

ESCENA II.

Aguilar y Luisa.

Luisa. — ¿Para qué?

Agui. — ¡Luisa!

Luisa. — Sí, ya te escuché

Hay peligro en exteriorar
muy alto las opiniones..... (Con marcada
ironía.)

Agui. — ¿Qué quieres decir?

Luisa. — Escucha.

Vamos á poner en lucha
á nuestros dos corazones.
El tuyo me vencerá
en generosos latidos

que luego serán vencidos,
y el mío dominará

Agui. — No entiendo que lucha es
la que me propones.

Luisa. — Basta
con que diga que en subasta
queda puesto D. Andrés.

(Recorre las puertas.)

Estamos solos; el alma
se externa en la soledad.

Hablemos con seriedad
y sobre todo, con calma,
aunque breve, porque ahora
ha de quedar terminado
el asunto.

Agui. — Habla.

Luisa. — Echado

en suerte avasalladora
nuestro destino y el suyo,
¿la palma quieres ceder
y á la miseria volver
cuando de sus garras huyo?
¿Quieres darle la riqueza
á quien nada le ha costado,
porque tú has trabajado

Agui. — (Vivamente) La mina es suya

Luisa. — ¡Pobreza

de espíritu! Esposo mío,
¿dónde está el valor de antaño...?

Agui. — ¿Quieres que con un engaño...?

Luisa. — Nuestra sea. Yo confío
en que será, no lo dudes.

Agui. — ¡Luisa!

Luisa. — ¡Leopoldo!

Agui. — ¿Qué quieres?

Luisa. — Posición, oro y placeres...

Agui. — Y

Luisa. — Que á tenerlos me ayudes.

Agui. — Por medio de la traición,
el crimen y felonía...?

Luisa. — ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ... yo te creía
un hombre de corazón.

(Tomándole del puño.)

Juzgaba que lo pasado
existía en tu memoria
azotando con su escoria
nuestro rostro demacrado,
por la terrible pobreza,
obligándote á buscar
el medio de arrebatarse
de otras manos la riqueza.
Si tu tienes el valor
por escrúpulos prolijos
de ver vivir á tus hijos
otra vez en el horror
de la miseria, Aguilar,
yo lo tengo para ser
su verdugo, antes que ver
los favores mendigar.
Tu quisieras adquirir
oro para tu ambición,
encumbrada posición
y brillante porvenir.
Pero le temes al mal;
quieres el fruto vedado
y no escalas el cercado
donde se oculta el panal.
Amas el positivismo
como yo; mas no concedes
sus medios y retrocedes
sin valor ante tí mismo.

Agui.—Es crimen la ingratitud.

Luisa.—Ser ingrato es lo primero.

Agui.—Si lo son otros, no quiero serlo.

Luisa.—(Con desprecio.) ¡Estúpida virtud!

Agui.—Siendo rico D. Andrés,
lo vamos á ser nosotros.

Luisa.—¿Por qué esperas á los otros
para serlo tú después?

Agui.—Es razón: antes que todo
El es dueño de la mina.

Luisa.—(En voz baja y con tono insinuante y re-
concentrado.)

No hay bonanza: se arruina
y poco interesa el modo.
¡Ser ó no ser!

Agui.— Intentar

á todo sobreponer
cuanto el hombre quiere ser,
muy caro suele costar.

Luisa.—(Con fuego.) Cuando el austro enfurecido
sopla y la mar embravece
y entre las olas perece
débil bajel combatido;
al crujir hecho pedazos
¡sálvese quien pueda! dicen,
y blasfeman y maldicen
y luchan nervudos brazos,
para salvarse primero
el más ágil ó más fuerte,
disputándole á la muerte
el instante postrimero.
En los mares de la vida
el naufragio es más terrible,
y salvarse no es posible
si jugando la partida,
virtuoso, cobarde ó necio,
se deja en la lid vencer,

para después recoger
por gratitud el desprecio. . . .
(*Con sarcasmo.*) Salva, salva á tu deidad
protectora; su virtud
será el poderoso alúd
que te aplaste sin piedad.

Agui. — (*Casi desesperado.*) Luisa, mujer ó demonio!
¿Qué quieres? ya mi razón
vacila. . . .

Luisa. — Tu corazón
debe dar un testimonio
digno del nombre que llevas
y de mi amor. (*Con mimo seductor.*)
¿No me amas? . . .

Agui. — (*Resuelto.*) Hacia el abismo me llamas,
y contra el bien me sublevas. . . .
¡Adelante!

Luisa. — (*Con infernal sonrisa.*) Ya te admiro.
Nuestra será esa mina,
¿lo entiendes? . . . y hoy la ruina
todos sabrán. . . . Ya respiro
el aura del triunfo ansiado. . . .
(*Transición súbita.*)

Pero escúchame: á propósito,
D Andrés tiene un depósito
por la justicia confiado.
(*Intencional.*) Como has tenido que hacer
mil gastos que no previste. . . .
faltó dinero y tuviste
precisión de disponer
de aquel depósito. . . . Giros
por maquinaria comprada
en Europa y destinada

al desagüe de los tiros,
te obligaron. . . . De repente
la veta se emborrascó,
la bonanza se perdió
y vino la consecuyente
ruina de todos. El juez
hará lo demás.

Agui. — ¡Conciencia!
¡Calla!

Luisa. — ¡Oh, sí! La ciencia
de la vida, en esta vez,
has adquirido, Aguilar.
Si la ves envuelta en lodo,
el metal es sucio todo
antes de beneficiar.
Su brillo después opaca
sociales murmuraciones.
¿Quién puede ver corazones
ocultos tras la casaca?
¿Y quién adivina el crimen
á través de los cambiantes
del oro, perlas, brillantes,
que seno y garganta oprimen?

(*Cambiando de tono.*)

Vete, Aguilar, y prepara
la comedia. En este mundo
el histrión es más profundo
si sabe eucubrir la cara.
Vé; yo quedo en tu lugar,
no desmayes, amor mío.

Agui. — Siento de la muerte el frío! . . .

Luisa. — Cobardía es vacilar.

ESCENA III.

Luisa.

Oro, vanidad, placer,
soberbia que al mal inclinas,
sociedad, nunca adivinas
lo que vale la mujer!

La conciencia es un abismo
más negro que el antro obscuro
de las minas. Lo futuro
¿quién lo sabe? Si uno mismo
se cubre de sombra densa
y calla discretamente,
¿quién á través de la frente
podrá ver lo que se piensa?

(Con diabólico placer.)

Mañana Elena estará
como yo estoy, humillada.
¡La partida está jugada
y el más fuerte vencerá!

ESCENA IV.

Luisa y Elena que viene en traje de calle.

Luisa.—(Aparte.) Ella. (A Elena.)

¿Fué largo el paseo?)

Elena.—No mucho, querida Luisa.
Sentí no fueras conmigo.

Luisa.—Esperaba una visita
que no llegó.

Elena.— Aprovechando
este venturoso día
para tí, hoy cumples años
según me parece, Herminia
escogió para obsequiarte
esta friolera, ofrecida (*saca un estuche*)
á nombre de todos. Usala.

Luisa.—(Abriendo la cajita) ¡Elegante joya!

Elena.—(La coloca en el brazo de Luisr.) Mírala.
Qué bien al torneado brazo
se ajusta. ¿Te agrada Luisa?

Luisa.—Mucho, y viniendo de tí
más aún.

Elena.— Hoy es un día
de placer para nosotros.
Tu santo, la despedida
de Roberto, y de Ramiro
la recepción, nos animan
á celebrar tantas cosas
en banquete de familia.

Luisa.—Gracias por mí; tus bondades
reconocimiento inspiran,
y muy pronto, Elena, sí,
tendrás recompensa.

Elena.— Herminia
con Roberto se unirá;
¿no lo sabes?

Luisa.— No.

Elena.— Quería
que la boda se efectuara
antes de partir; Herminia
con la ausencia, sufrirá;

pero la razón indica
que se necesitan pruebas,
¿no te parece?

Luisa.— Podría
ser en efecto acertada
tu previsión. Esta vida
tiene cambios tan violentos.....

Elena.— Piensas como yo.

Luisa.— La cima
de la ventura es tan alta,
que alcanzarla no podría
el mortal sin los esfuerzos
con que lucha.

Elena.— Se aproxima
la reunión; ¿me lo permites?
voy adentro.

Luisa.— Sí.

Elena.— Tú, Luisa,
hazme la gracia de ser
quien reciba las visitas.

Luisa.— Con mucho gusto, aunque siento
no tener tu cortesía.

Elena.— *(Con mimo.)* Aduladora; lo harás
mejor que yo; no es envidia..

(Váse Elena.)

ESCENA V.

Luisa obedeciendo á súbito pensamiento.

¿Con qué Roberto se casa
con Herminia? Ya veremos.
La fortuna tiene fases

tan variadas. Mucho temo
que tal matrimonio sea
lo que muchas cosas..... sueño.
Yo también tengo mis hijas.....
y quiero tener un yerno.....
Roberto es joven y rico
su padre Ministro..... El tiempo
nos lo dirá. ¡Linda joya! *(Mira su brazo.)*
pero quema cual si fuego
tuvieran estos brillantes
en sus hermosos destellos. *(Siento pasos.)*
Alguien llega. *(Mira de soslayo)*
D. Andrés.
y lo acompaña su yerno.

ESCENA VI.

Dicha, D. Andrés y Roberto.

Luisa.— Buenos días.

Robe.— Mi señora.....

Andr.— ¿Y nuestro buen Aguilar?

Luisa.— Lo llamaron del telégrafo.
hace poco.

Andr.— ¡Ah!

(A Roberto) Con permiso,
lo dejo á vd. un momento,
en muy buena compañía.

Luisa.— *(Aparte.)* El instante aprovechemos.
(Váse D. Andrés.)

ESCENA VII.

Dichos menos D. Andrés.

(Luisa dará desde este momento una entonación amable é insinnante á todas sus palabras.)

Luisa.—Vamos á tener el gusto de verle hoy á nuestro lado.

Robe.—Honor para mí, señora.

Luisa.—Gracias. Dijeronme ahora que parte usted agregado de Berlín á la Embajada.

Robe.—En efecto.

Luisa.—Hermoso viaje. Yo lo hice también y traje su grata impresión grabada de tal manera, que ansío nuevamente recorrer aquella Europa.

Robe.—Sin ver de la patria que se deja el amante sentimiento, se puede vivir contento, cuando el deber nos aleja de familia y afecciones?

Luisa.—*(Aparte)* Sentimental: *(A él.)* En la vida el alma se siente herida por diversas emociones. Tal vez piense, á su regreso, de muy distinta manera.

Robe.—Ojalá.

Luisa.—Yo lo quisiera.

Hoy se hace de exprofeso la fiesta de despedida en esta casa, ¿no?

Robe.—Sí;

D. Andrés lo quiso así.

Luisa.—Distinción muy merecida.

Robe.—Señora...:

Voy á tener el gusto de presentarle á mi hija.

Robe.—Gracias.

Luisa.—Darle

satisfacción y placer á ella. Es la mayor: conoce Europa y acaso, aunque con algún atraso, dé á vd. noticias.

Robe.—Mejor.

ESCENA VIII

Dichos, Herminia que viene por la derecha

Robe.—*(Aparte)* ¡Herminia!

Herm.—*(Idem sorprendida.)* ¡Ah!

Luisa.—*(Aparte)* Ella viene!

(A Herminia) Celebra que hayas llegado.

Herm.—¿Por qué *(Silvland)* Roberto...

Luisa.—Ya

mi talento bien escaso agotándose. El señor

ha sufrido este mal rato

Herm.—No lo diga usted.

Robe.— Señora....
magnífico lo he pasado.

Luisa.—Aprovecho tu presencia,
y me voy.

Herm.—*ERE FLAN* Pero

Luisa.—*VERITATIS* No tardo

Mientras conversen ustedes

(*Aparte y yéndose.*)

Los testigos estorbamos. (*Váse*)

—
ESCENA IX.

Herminia, Roberto.

Herm.—Papá me permite hablarte
por última vez aquí.

Robe.—No me recuerdes así
que me obligan á dejarte;
Herminia: ¿por qué pusieron
el dique de nuestra ausencia
entre una y otra existencia?

¿Por qué me dejan partir
sin tí, que mi vida eres?

Herm.—Roberto, si tú me quieres,
ten valor para sufrir.

¿Piensas que yo de amargura
exenta me quedo?

Robe.— No:

Herm.—Mucho tu Herminia lloró
al saber que al fin partías

dejándome sola y triste⁴
aquí donde tú me diste,
esperanzas y alegrías.
¿qué he de hacer? (*Llorando.*)

Robe.— Ángel de amor!

Enjuga ese tierno llanto
que da realce al encanto
de tu inocente rubor.

Herm.—¿Siempre me querrás lo mismo?

Robe.—Más, mi bien: más cada día.

Herm.—¿Pronto volverás?

Robe.— Confía
en mi palabra.

Herm.— El abismo
de ese terrible Océano
me asusta por tí

Robe.— No creas ..

Herm.—Tengo tan tristes ideas ..
En ese mundo lejano⁵
y entre aquellas sociedades
lujosas, cultas ... no se ..
pienso mucho, ya se ve,
ha de haber tantas beldades.....

Robe.—(*Tomándola de la mano con cariño.*)
Que nunca valer podrán
lo que tú.

Herm.— Pero su trato
puede cambiarte (*Saca del pecho un*
objeto.) Un retrato

y estas flores te dirán,
siempre que olvidar pretendas
á tu Herminia, que su amor
la matará de dolor,

el día que en estas prendas
símbolo de mi ternura,
no puedas ya recordar
el llanto que ves rodar
en este momento. Jura
que nada en la vida, nada,
podrá separarnos.

Robe.— Quien
logra llegar al Edén,
no abandona su morada.
Ya bogue con rumbo incierto
por mar obscuro y traidor,
ya me conduzca el amor
de las venturas al puerto,
piensa que somos los dos
un alma y una existencia
en que del amor la esencia
puso la mano de Dios. *(En este momento
se ve al través de los cristales pasar algunos
de los invitados al comedor: entre ellos
Ramiro y algunas señoras á quienes cumplimenta Elena.)*

Herm.— Ya comienzan á llegar
las visitas: dame el brazo.

Robe.— Dulce y cariñoso lazo
que pronto se ha de apretar. *(Vánse ha-
blando cariñosamente, y antes de desapa-
recer, entra á la escena Aguilar por el
foro izquierdo.)*

ESCENA X.

*Aguilar, que se habrá detenido un poco hasta que
ve desaparecer á Roberto y á Herminia, en su
gesto manifiesta la agitación que lo domina.*

¡Jamás mi pulso ha temblado
para firmar un papel,
ni he sentido agitado
este corazón que ha dado
hasta hoy muestras de cruel

Vengo traidor, á engañar
con arterías al hombre
que no puede sospechar
de quien le debe un hogar,
confianza, cariño y nombre.
(Con voz baja muy reconcentrada.)
¡Está consumado el crimen!
el dinero del depósito
en mi poder. *(Llevando la mano al pecho.)*
¡Ah! ... me oprimen
manos ocultas que imprimen
la mancha de mi propósito.....

*(D. Andrés, que viene del comedor muy alegre,
contento y risueño, conforme habla Aguilar va
bajando al proscenio, al tiempo que éste con-
cluye.)*

¡D. Andrés se acerca! Siento
temblor que mi cuerpo agita,
no leerá mi pensamiento
y el hondo remordimiento
de mi conducta maldita?

(Luisa procura sentarse en mesa cercana al can-

cel. procurando ahogar las palabras de Aguilar y de D. Andrés, proponiendo brindis y excitando la hilaridad de los convidados.)

ESCENA V.

Aguilar y Don Andrés.

Andr.—¿Por qué ha sido ese retardo?

Sólo usted nos hace falta.

Pero, vamos, su semblante me dice que algo le pasa.

Agui.—Mucho, D. Andrés, y grave.

Andr.—¿Y qué es ello?

Agui.—Una desgracia irremediable y funesta.

Andr.—Hable usted.

Agui.—No tengo calma, ni valor; mirela usted, escrita en un telegrama.

(Lo pasa á Don Andrés, y al irlo repasando, se va descomponiendo el semblante de éste; queda al actor interpretar la situación.)

Andr.—Veta principal, perdida...

«imposible ya bonanza...»

«y suspendidos trabajos»

«hasta su regreso.»

(Estruja el papel, y da unos pasos vacilantes.)

Acaba de matarme moralmente

este horrible telegrama...

¡La deshonra!... ¡La miseria!...

(En este momento suenan en el comedor choques de cristales, risas y palmoteos.)

Agui.—(Aporte.) ¡Qué ironía tan amarga!

Andr.—(Tratando de serenarse.)

Y bien, Aguilar, supongo que la imprevista desgracia no haría que usted olvidase la suma depositada en el Banco, que debía hoy á las once sin falta entregar al juez.

Agui.—(Corrido.) Señor...

Andr.—Hable usted...

Agui.—También gastada esa suma está.

Andr.—(Con acento terrible) ¡Leopoldo!

¡Eso no es verdad!... ¡Me engaña!

(Siguen en el comedor los brindis, risas y palmoteos.)

Diga usted que no dispuso de aquella suma sagrada, más sagrada que mi honra y la de usted... (Fija sus ojos terriblemente en Aguilar, que baja los suyos.)

¡Lo delata

su silencio! ¡Ah!... ¡Me ahogo!...

(Luisa descorre la cortina del comedor y brinca á la escena á su tiempo.)

Agui.—D. Andrés... perdón... confiaba en que ya eramos ricos, en que estando la bonanza

en su apogeo, daría
todas las sumas gastadas,
sin sacrificio ninguno.

Andr.—Pero el metal, que acopiaba,
¿á dónde está?

Agui.— En la hacienda.

Andr.— Que se beneficie. ¿Basta
para cubrir el depósito?

Agui.— ¡Imposible!

Andr.— Es una infamia
que haya usted dispuesto así,
sin que yo lo autorizara,
arrojándome á la frente
de ladrón la negra mancha.

Agui.— Don Andrés! . . . (*A parte*) Si continúa,
le confesaré.

Andr.— ¿Constancia
tiene usted de la inversión
á ese depósito dada?

Agui.— Giros de Europa, cubiertos
por valor de maquinaria.

Andr.— ¡Y no me lo dijo usted!

Agui.— Sabía yo que faltaba
á usted el dinero; quise
evitar que lo buscara
con intereses crecidos,
y

Andr.— Sabiéndolo arrojaba
sobre mi cabeza el peso
que la hunde en la desgracia
Esto es horrible, cruel . . .
más infame que quien mata
hundiendo agudo puñal

á traición y por la espalda!
(*Explosión*) ¡Oh, yo prefiero la muerte!
¡La muerte! . . . voy á buscarla.

Agui.— (*A parte, mirándolo ir.*)

No puedo más. Don Andrés,
acaso alguna esperanza
nos ha de quedar? Escúcheme.

(*Luisa sale por la derecha con precipita-
ción, y á poco Elena, Herminia, Ramiro y
Roberto.*)

— — —
ESCENA XII

Dichos Luisa y luego los demás.

Luisa.— El juez aguarda en la sala.

Agui.— ¡Fatalidad!

Andr.— No hay remedio.

Abre, tierra, tus entrañas.

Elena.— (*Saliendo*) ¿Qué pasa, Luisa?

Andr.— Que yo

estoy por él (*señalando á Aguirre*) deshonrado.

Herm.— ¡Ah!

Elena.— ¿Cómo?

Andr.— Porque ha gastado
el dinero que confió
á Don Andrés de Valmar
la justicia. ®

Elena.— ¡Oh! (*Cae desplomada. Herminia la atien-
de.*)

Andr.— Y presente
ante ella, está el delincuente
á quien viene á castigar.

Luisa.—(A *Aguilar*). Salvarle es preciso. El juez
ya no tarda. Huid los dos.

(*Se van Aguilar y Don Andrés.*)

Herm.—¡Ramiro! Mi padre, ¡oh Dios!

Rami.—Todo es en vano esta vez.

El lo quiso; (*aparte*). Las señales
crimen denuncian á voces;
cayó en las garras feroces
de las panteras sociales!

(*Siguen los risos y palmoteos en el comedor.*)

Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

ESCENA I

Elena, Don Andrés y Herminia.

(*Está recostada en un sillón sumamente pálida y desfigurada. Elena de rodillas cerca de ella, y Don Andrés sentado cerca de la mesa, hundida en las manos la frente.*)

Andr.—¡Espantosa soledad
hay en nuestro rededor.
(*Mirando al grupo.*)
¡Cuán profundo su dolor!
¡Cuán triste la realidad!
Elena á lo menos llora,
y reza, y pide consuelo. . . .
A mí me ha negado el cielo
hasta lágrimas ahora.

Elena.—¿Duermes?

Herm.—(*Con voz muy débil*) No. Bien lo quisiera.

Elena.—¿Qué te lo impide?

Herm.— Este frío
que hiela mi alma.

Andr.—(*Aparte.*) ¡Dios mío!
¿será posible que muera?

(*Llaman á la puerta y entra Don Andrés.*)

Luisa.—(A *Aguilar*). Salvarle es preciso. El juez ya no tarda. Huid los dos.

(*Se van Aguilar y Don Andrés.*)

Herm.—¡Ramiro! Mi padre, ¡oh Dios!

Rami.—Todo es en vano esta vez.

El lo quiso; (*aparte*). Las señales crimen denuncian á voces; cayó en las garras feroces de las panteras sociales!

(*Siguen los risos y palmoteos en el comedor.*)

Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

ESCENA I

Elena, Don Andrés y Herminia.

(*Está recostada en un sillón sumamente pálida y desfigurada. Elena de rodillas cerca de ella, y Don Andrés sentado cerca de la mesa, hundida en las manos la frente.*)

Andr.—¡Espantosa soledad hay en nuestro rededor.
(*Mirando al grupo.*)
¡Cuán profundo su dolor!
¡Cuán triste la realidad!
Elena á lo menos llora,
y reza, y pide consuelo. . .
A mí me ha negado el cielo
hasta lágrimas ahora.

Elena.—¿Duermes?

Herm.—(*Con voz muy débil*) No. Bien lo quisiera.

Elena.—¿Qué te lo impide?

Herm.— Este frío
que hiela mi alma.

Andr.—(*Aparte.*) ¡Dios mío!
¿será posible que muera? . . .

(*Llaman á la puerta y entra Don Andrés.*)

ESCENA II

Dichos y Ramiro.

Andr.— ¡Ah Ramiro!.....

Ram.— *(Estrechándolo)* Sí, señor.Herm.— *(Incorporándose un poco, mientras Elena se acerca también á saludar á Ramiro.)*
Llegas á tiempo.Ram.— *(A Elena y Don Andrés)* ¿Qué pasa?Andr.— *(En voz baja perceptible.)*
Ya lo vez, en esta casa
sólo hay angustia y dolor.
Ella se muere.....

Ram.— ¡Imposible!

Andr.— También así lo creí,
pero ya me convencí
de lo contrario.Ram.— *(A parte)* ¡Terrible
verdad!

Andr.— El médico ayer

dijo que se despedía,
pues la ciencia no tenía
para estos males poder.....Elena.— *(A Ramiro, procurando dominar su emoción.)*Tu viaje nos ha privado
de tu amistoso consuelo,
en estas horas de duelo.Ram.— Pero ya estoy á su lado.
*(Se acerca solícito á Herminia y le habla**en voz baja, pero perceptible, mientras Don Andrés y Elena hablan también bajo.)*Herminia, ten esperanza,
vive... vive para mí.Herm.— *(Emocionada y sorprendida.)*

¡Ah, Ramiro! Es tarde. Sí.

Ram.— El amor todo lo alcanza,
y yo te adoro....Herm.— *(Con voz apagada y trémula)* Lo sé...
Cuando ya no hay corazón
en mí....

Rami.— ¡Oh! ten compasión,

Herm.— Me siento muy fatigada.

Que me lleven á mi lecho.

Rami.— *(A parte)* ¿Haría yo mal?Herm.— *(Desfallecida)* ¡El pecho...!*¡ah! (Quedando inmóvil unos momentos y todos se acercan á ella solícitos.)*Rami.— *(Examinándola)* Sola está desmayada.
(Herminia vuelve en sí y la conducen Elena y Ramiro á su alcoba, puerta derecha.)

ELCENA III

*D. Andrés y Ramiro.*Andr.— Largo ha sido su martirio
En este mundo de horrores,Rami.— ¿Qué dolor ó qué dolores
agostaron este lirio?

Andre.— No pudo ya resistir

el peso de la traición
de Roberto. El corazón
no siempre puede sufrir.
Vió él mi ruina y venal
cambió de objeto: ya ves:
no me sorprende, el revés;
lo hallo muy natural,
más, cuando Luisa encontró
expedito que se uniera
su hija con él y fuera
la mía burlada. Halló
esa mujer nuevo dardo
de dos filos para herir,
haciendo á Herminia morir
y á mí que ya poco tarde....
Ella enfermó; no hubo medio
para volverle la calma;
hay males de cuerpo y alma
que ya no tienen remedio.
La miseria, los dolores,
el desengaño, la muerte....
aquí tienes de mi suerte
los abundantes favores.
Hoy Ramiro....

Rami.— Hable usted

Andre.— Una limosna he pedido....

Rami.— D. Andrés....

Andr.— Pero no ha habido.

ninguno que me la dé....

Figúrate si podrán

así seguir existiendo

séres que viven sufriendo

y que pronto morirán....

Porque en este mundo artero
compuesto de pobre lodo,
para todo, para todo
necesitamos dinero....

Ram.— D. Andrés, yo no soy rico,
le ofrezco esta cortedad,
y en nombre de mi amistad
que la acepte le suplico.

(Le da una cartera pequeña.)

Andr.— Gracias por el noble don
que Dios trajo en el momento
en que el horrible tormento
ofuscaba mi razón.
Y no debería estar
sin recursos: esperaba
dinero que me anunciaba
últimamente Aguilar.

Ram.— ¡Aguilar!

Andr.— Sí.

Ram.— ¿Todavía
puede usted confiar así
en ese hombre?

And.— Hoy aquí
me dijo que estar debía.

Ram.— Lo dudo.

Andr.— Mas yo lo espero.

El está interesado
en dejar todo arreglado.

Ram.— Contrariar á usted no quiero;
pero á juzgar por lo visto,
es difícil esperar

que pueda, ó quiera pagar.

Andr.— Sólo en un caso imprevisto

dejará de hacerlo: tiene recursos y voluntad.

Ram.—Pero no sinceridad.

Andr.—Es que cumplir le conviene para salvarse á sí mismo.

Ram.—Dude usted de sus promesas.

Andr.—Es que sin mí sus empresas lo rodarían al abismo. La mina me pertenece.

Ram.—¿Usted le ha retirado el poder?

Andr.— No.

Ram.— Pues confiado en eso, él encarece sus servicios.

Andr.— Me escribió proponiéndome aceptase su concurso y lo librase de la pena en que incurrió, disponiendo del depósito judicial que yo tenía. Siendo así, él salvaría mis intereses.

Ram.— Propósito que no ha de cumplir.

Andr.—Tiene valimiento, influencia...

Ram.—Pero le falta conciencia.

Andr.—Es, que yo puedo exigir cumplimiento á lo pactado. Tengo derechos.

Ram.— Sin duda.

And.—El me prestará su ayuda y queda todo salvado.

(*Llaman á la puerta y abre D. Andrés.*)

ESCENA IV.

Luisa, D. Andrés y Ramiro.

Andr.—¡Ah, Luisa! cuánto celebro ver á usted en esta casa.

¿Y Leopoldo?

Luisa.— Fué imposible que viniera. ¿Cómo se halla la familia

Andr.—Así... pasando; ya sabe usted que no faltan en esta vida de penas...

Ram.—(*Rápidamente, á D. Andrés y aparte.*) Discreción...

Andr.— Ciertas desgracias.

Luisa.—Lo siento infinito. Vine, por Aguilar encargada, para tratar con usted un asunto. (*Lanza una mirada intencional á Ramiro.*)

Ram.—(*Aparte.*) Estorbo.

Andr.— Vaya; me tiene usted á sus órdenes.

Ram.—(*Aparte.*) No me gusta la emisaria.

Luisa.—(*Bajo á D. Andrés.*) ¿No podemos estar solos?

Andr.—(*Con aplomo.*) Es Ramiro de confianza; puede usted hablar. ®

Ram.— Si acaso mi presencia desagrada, dejaré á ustedes.

Andr.— No, sigue.

(*Se sienta Luisa en el centro, Don An-*

drés á la derecha y Ramiro á la izquierda.

Luisa.— (*Aparte.*) Me revestiré de calma.
(*A D. Andrés.*) Como usted sabe, Aguilar con gran empeño trabaja para que la situación de usted se mejore. Avanza en sus arreglos y solo un requisito nos falta para terminar.

Andr.— Veamos

Luisa.— El Ministro nos aguarda hasta hoy para que demos la solución esperada. Mas estando usted oculto é inhábil por esta causa para tratar del asunto, Leopoldo abriga esperanza de que usted no se opondrá á un arreglo.

Ram.— (*Aparte.*) Mucho habla.

Andr.— Si conviene.....

Luisa.— De otro modo la dificultad no acaba. Para terminar, propone á usted mi esposo que haga renuncia de sus derechos sobre la mina, que nada produce ahora; y en cambio, si de esta manera transa, ofrece á usted tres mil duros.

Andr.— (*Indignado.*) ¡Tres mil duros!.....

Ram.— (*Aparte.*) ¡Oh, qué infamia!

Andr.— Si no viera que está usted

en mi hogar, y es una dama, sin escuchar más razones le cerraría mi casa.

La mina, señora, es mía.

Luisa.— Nadie lo duda

Andr.— Me engañan

Aguilar ó usted? El dice que está produciendo. Acaba de prometerme por medio de una lisonjera carta, enviarme de sus productos dinero que me salvara de la miseria en que estoy; y usted me dice que nada produce, y comprarme quiere mis derechos, y los tasa en una pobre limosna de tres mil duros

Luisa.— Pensaba fuera usted más racional.....

Ram.— (*Aparte.*) Y que robar se dejara.

Luisa.— (*Con cinismo.*) Cree usted cándidamente que mi esposo trabajaba en descubrir un filón para que otro lo gozara.....

Andr.— ¡Señora! ¿qué nombre debo dar á quien así se arranca del hipócrita semblante para de una vez la máscara?....

Luisa.— Llámeme usted conveniencia, lo que guste; las palabras son palabras solamente.

Andr.— Las cantidades gastadas

en el laboreo importan una fortuna. Pagadas que sean, á mí, su dueño, lo mismo que la sagrada cantidad de aquel depósito de que nunca sospechaba que su esposo dispusiera, podrá tener esperanza de que ceda los derechos que quiere ponga en subasta.

Luisa.— Ese dinero invertido es de usted, nadie reclama su propiedad, ni lo duda; pero si piensa con calma y examina mis razones, comprenderá que empeñada estoy en dar solución al asunto, porque llana la proposición parece. ¿No la acepta? Acaba el buen deseo que anima á mi marido y mañana denunciaremos al juez....

Andr.— (*Interrumpiéndola.*)
¿Mi retiro en esta casa?

Luisa.— Todo el asunto.

Ram.— (*Aparte.*) ¡Qué infamial!

Luisa.— Usted piensa que labrada con trabajo de mi esposo una fortuna, en las aras de la estúpida apariencia debemos sacrificarla?

Andr.— (*Aparte.*) Bien me decía Ramiro

que Leopoldo me engañaba.
Luisa.— Atentar contra sí mismo, D. Andrés, fuera empeñada caridad, que en este tiempo ya no existe.

Ram.— (*Aparte.*) ¡Por desgracia!

Andr.— (*Aparte.*) La escucho y dudo si es demonio, arpía, ó dama!

Luisa.— ¿Mi lenguaje le sorprende?
no hay razón.

Ram.— (*Aparte.*) ¡Qué descarada!

Luisa.— (*Con cícnico aplomo.*)

Es colocarse en el medio y que la horrible avalancha social, no arrastre al caer al imprudente. La barca esquivo la tempestad como el hombre la desgracia, como el cervato á la fiera y el marino á los piratas. El bajel cede al impulso de la horrisona borrasca el ciervo cae de la fiera en la destructora garra, y muere el marino á manos del avezado pirata..... Cuestión de bien y de mal; herencia del todo humana, lucha tenaz por la vida de que el mundo no se extraña, porque ese mundo ha formado á la sociedad.

Andr.— Ya basta.

Luisa.—Yo le propongo la paz;
si usted acepta, mañana
tendrá en su poder la suma
ofrecida, y la esperanza
de futura protección
por nuestra parte.

Andr.— Con calma
no puedo escuchar á usted.
(A Ramiro.) Te recomiendo á esta.... dama;
termina por mí el asunto;
me retiro.

Luisa.—(Rápidamente.) Mañana
no será ya tiempo.

Andr.— Siempre
hay tiempo para la infamia.

(Váse.)

ESCENA V.

Luisa, Ramiro.

Luisa.—Después de lo que pasó
nada tengo que agregar.
Dejarme así.....

Ram.— Para dar
término al asunto, yo,
á suplicarle me atrevo
se sirva decirme cuál
es la base principal
para el asunto.

Luisa.— Yo llevo

á mi esposo la respuesta
negativa que me han dado.

Ram.—¿Y después?

Luisa.— Con el juzgado
podrán entenderse.

Ram.— ¿Y esta
es la solución?

Luisa.— Ninguna
otra podemos tener.
(Con fina ironía) Puede el abogado ver
si comienza con fortuna
su carrera, defendiendo
tan buenas causas.

Ram.— Señora,
la que me encargan ahora,
es magnífica.

Luisa.— Lo entiendo.
El espera y es razón
que justicia se le haga;
usted su deseo halaga
previa la compensación
que en ello pueda tener.

Ram.—¿Habrà quien adule al pobre?

Luisa.— Esperando que recobre
la fortuna..... puede ser.....
Veo en usted adversario
que será digno de mí.
Si continuamos así,
juzgo sea necesario
que me coloque á su altura.

Ram.— Tendrá usted que descender.
Por otra parte, a mi ver,
el asunto no asegura

el éxito que desea,
quien propone avenimiento.

Luisa.—¿Qué lo impide?

Ram.— El mismo intento.

Luisa.—Permita que yo no sea
de igual opinión.

Ram.— El hombre]
no es materia solamente,
tiene en sí algo latente
que dignifica su nombre.
El mal, tan solo por serlo,
mancha, denigra, embrutece,
mientras el bien enaltece
solamente con hacerlo.

Luisa.—Es muy bella la teoría,
pero en la práctica incierta.

Ram.—Cerrar al pobre la puerta,
es indigno.

Luisa.— Ya sabía
que era usted sentimental.

Ram.—Nada más grande, señora,
que la virtud que atesora
el carino maternal.

Si el alma no se conmueve
ante los males prolijos
que padecen nuestros hijos,
es una masa de nieve.

(Animándose y conmovido.)

Usted es madre y sabrá
lo que sufren D. Andrés
y Elena, cuando al través
de la miseria que está
matándolos cada día,

contemplan la luz lejana
que les ofrece el mañana
en esperanza tardía.

Luisa.—Sin querer hemos llegado
al punto de la cuestión,
salvación por salvación;
un caso desesperado.
Entre dos fuerzas iguales,
alguna debe ceder;
siempre tiene más poder
uno de los dos rivales.
Mujer y madre, no entiendo
otro amor que el adquirido
sólo por haber nacido
para continuar viviendo.
Yo amo como el condor,
como al cachorro la leona,
que en el rugido pregona
los instintos del amor.
Si no piensa el vulgo así,
¿lo puedo yo remediar?
si cual yo no sabe amar,
¿qué debe importarme á mí?

Ram.—*(Aparte.)* Basta ya; es necesario
aplastar á este reptil;
á la fiera en el cubil
se le ataca y al corsario
con el hacha de abordaje
se le destroza. *(A Luisa.)* Jugar
con el fuego, es intentar
que nos incendie.

Luisa.— Yo traje
las mejores intenciones.....

se me desprecia y arrojó
el guante.

Ram.— Que yo recojo
sin admitir condiciones.
Puestas en tela de juicio
las causas que defendemos,
quien tenga razón, veremos
que nada es el artificio
ante rectos tribunales.

Luisa.— (*Aparte.*) Hace vacilar su tono.....
probaremos. (*Con seducción.*) Yo no abono
mi causa. De las sociales
contendidas, huir es bueno.

Parece que usted y yo
nos entenderemos, ¿no?.....

Ram.— (*Aparte.*) Vacila y pierde terreno.

Luisa.— (*Muy insinuante.*)
Hombres como usted, así,
de corazón de conciencia,
son raros. Tengo influencia
con los ministros; si aquí
llegamos, como lo espero,
á terminar la cuestión,
le ofrezco una posición
al abogado.....

Ram.— Prefiero
la obscuridad de mi nombre.

Luisa.— Es el foro extenso campo
para brillar.....

Ram.— O es un lampo
que suele cegar al hombre.
Señora, mucho agradezco
tan señalado favor,

mas yo no admito el honor
si sé que no lo merezco.

Luisa.— No insisto, pues que rechaza
proposición tan sincera.

Ram.— (*Aparte.*) ¡Qué cinismo!

Luisa.— Yo quisiera
persuadirlo; su amenaza
si no me infunde temor,
sí me trastorna quizás
en mis planes.

Ram.— Siento más
que usted el profundo error
en que apoya pretensiones
inadmisibles.

Luisa.— Espero
probar á usted, caballero,
que se ha forjado ilusiones.
¿Elena se encuentra en casa?

Ram.— Sí, señora.

Luisa.— Voy á verla.

Ram.— (*Aparte*) Ha de querer sorprenderla.
Pero voy á ver si pasa
por esa alcoba.

Luisa.— Si usted
me indica dónde...

Ram.— Sin duda

(*Señalándole la alcoba.*)

Por ahí..... (*Luisa se dirige á ella.*)

Préstame ayuda,
hermosa y cristiana fe.

(*Luisa descorre la cortina y penetra en
la alcoba.*)

ESCENA VI

Ramiro.

El sér humano pretende
 Vivir en completa calma,
 no contando con el alma
 que al cielo sus alas tiende,
 mientras profana en la tierra
 su dignidad y su nombre,
 para cambiarse de nombre
 en mónstruo donde se encierra
 fuerza bruta que arrastrando
 va su cuerpo de serpiente,
 hundida en cieno la frente,
 sin mirar que está brillando
 para su eterno castigo,
 en esa sublime altura,
 luz indeficiente y pura
 de sus miserias testigo.

(Después de breve pausa.)

Es preciso dominar
 á ese venenoso sér,
 y yo le sabré vencer
 por más que quiera luchar.
Voces de angustia dentro, lágrimas y sollozos. Luisa precipitadamente por la derecha sin dominar del todo su terror.

—

ESCENA VII

Ramiro y Luisa.

Ram.—¿Qué pasa señora?

Luisa.— El suelo
 siento hundirse.

Ram.— Diga usted.....

Luisa.—Lo que yo no sospeché.

Ram.—(Precipitándose á la puerta y D. Andrés saliendo.)

¡Herminia!.....

Andr.—(Sollozante.) ¡Ya está en el cielo!
 (Señalando á Luisa.)

¡Ella, ella la mató!

(Cae abatido en una silla.)

ESCENA VIII.

D. Andrés, Ramiro y Luisa.

Ram.—(Encarándose con Luisa.)

Dos veces; y á mí también,

robándome el solo bien

que mi vida ambicionó.....

Porque yo la amaba, sí,

y ocultando mis dolores,

sacrifiqué mis amores

cuando dichosa la ví

á Roberto prometida.

Usted le robó al esposo,

y el desengaño espantoso
fué consumiendo su vidal
Y hoy, hoy que pensaba
con mi ternura y pasión
revivir su corazón

que la pena destrozaba,
de usted la sola presencia
bastó para que la muerte
convirtiera en masa inerte
esa preciosa existencia.....

Luisa.—Yo vine á ofrecer un bien
y se me culpa de un mal.
El sér humano es mortal.....
tocóle á ella... ..

Ram.— También
á usted tocará, señora,
y entonces.....

Luisa.— Ya lo veremos.

Ram.— Recuerde usted que tenemos
del remordimiento la hora.
Esos despojos sin vida
justicia en la tierra claman.

Luisa.— Eso dicen los que aman
cuando les duele la herida.....
(Acercándose á Ramiro con aire
protector.)

D. Andrés no debe estar
abundante de dinero.

(Se ca una carterita.)

Tenga usted á bien caballero
á nombre mio entregar
esta pequeñez á Elena
para los gastos.

Ram.—(Con dignidad.) Señora,
ha llegado fuera de hora
esa dádiva tan buena.

Luisa.—(Indignada.)
Nada se quiere de mí.
Todo se me niega. Adios.

Ram.— Señora, sólo de Dios
necesitamos aquí.

(Le señala la puerta y ella se va por el
fondo volviendo la mirada á Ramiro.)

ESCENA IX

Don Andrés y Ramiro.

Ram.—(Con profunda emoción)
Sollozo aquí comprimido
brota por fin de mi pecho.
(Llora en los brazos de D. Andrés y luego
se domina, se acerca á la puerta, donde
está Herminia.)

D. Andrés ante ese lecho
en que parece dormido
el ángel que á su morada
vuelve hoy, le juro á usted
que yo su hijo seré
para seguir la jornada.

Andr.— Qué diré á quien así
ejerce la caridad?

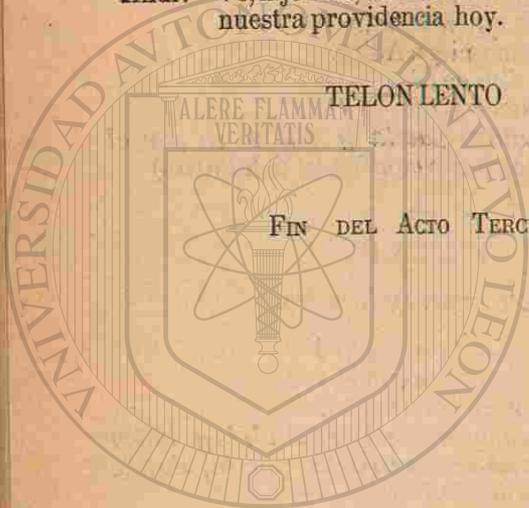
Ram.— Que de Dios es la bondad
que usted me atribuye á mí.
(Haciendo un esfuero y cambiando tono.)

Herminia, espera; me voy
á llenar otros deberes.

Andr.—Ve, hijo mío; tú eres
nuestra providencia hoy.

TELON LENTO

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO

Gabinete de estudio en la casa de D. Leopoldo Aguilar, lujosamente amueblado. Mesa de escribanía y en ella libros de cuentas y papeles. Puerta al fondo. Dos á la derecha, que dan á las habitaciones de Doña Luisa, y dos á la izquierda, una de las habitaciones de Aguilar y otra de las de Roberto, casado con la hija de ellos. La escena comienza poco antes de la aurora.

ESCENA I.

(Luisa envuelta en peinador blanco, con el cabello en elegante abandono, sentada en un confidente y una bugía encendida sobre la mesa.)

He tenido que dejar
mi lecho, donde la sombra
de esa niña me persigue
y yo despierto medrosa.....
no sé por qué y abandono
á pesar mío la alcoba.
¿Pero á mí, la mujer fuerte,
amedrentar esas sombras?

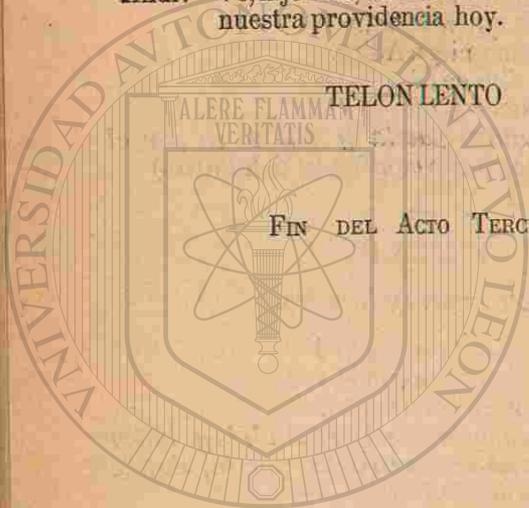
(Se levanta y va recorriendo las puertas de la izquierda, deteniéndose á escuchar en cada una de ellas.)

Herminia, espera; me voy
á llenar otros deberes.

Andr.—Ve, hijo mío; tú eres
nuestra providencia hoy.

TELON LENTO

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO

Gabinete de estudio en la casa de D. Leopoldo Aguilar, lujosamente amueblado. Mesa de escribanía y en ella libros de cuentas y papeles. Puerta al fondo. Dos á la derecha, que dan á las habitaciones de Doña Luisa, y dos á la izquierda, una de las habitaciones de Aguilar y otra de las de Roberto, casado con la hija de ellos. La escena comienza poco antes de la aurora.

ESCENA I.

(Luisa envuelta en peinador blanco, con el cabello en elegante abandono, sentada en un confidente y una bugía encendida sobre la mesa.)

He tenido que dejar
mi lecho, donde la sombra
de esa niña me persigue
y yo despierto medrosa.....
no sé por qué y abandono
á pesar mío la alcoba.
¿Pero á mí, la mujer fuerte,
amedrentar esas sombras?

(Se levanta y va recorriendo las puertas de la izquierda, deteniéndose á escuchar en cada una de ellas.)

Roberto llegó muy tarde,
y como está enferma Honoria,
han de dormir todavía.
Aguilar también reposa.
¡Qué pavor infunde á veces
la calma de ciertas horas

*(Abre un armario, suena monedas de oro,
abre y cierra cajas de joyas con aire de
satisfacción.)*

¡Cuánta riqueza! Raudales
de plata, oro y preciosas
piedras que al mundo deslumbran
y á sus ojos me transforman
en un sér extraordinario,
que la fortuna coloca
sobre vulgares criaturas
que se mueren de congoja.
(Con punzante ironía)

(Pausa.)

¡Cuánto afán para adquirir
estas riquezas! Ahora
ya son mías y que vengan
por ellas todas las sombras.

(Transición.)

Si fuera verdad que existe
nuestra conciencia; es tan honda
é impenetrable la mía,
que jamás sube á mi boca
un reproche de su fondo;
y si es que sube, lo ahoga
no sé qué fiero latido,
no sé qué voz misteriosa!

*(Se sienta en un sillón, pasándose la ma-
no por la frente.)*

¡Qué palidez tan horrible
la de Herminia! ¡Cómo llora
cuando la miro en el sueño,
ó con su mano marmórea,
toca mi frente! Já.... já....
qué puerilidad la mía;
visiones, sueños y sombras.

(Transición reflexiva.)

¿Y por qué también mis hijas
sueñan lo mismo, y medrosas
se despiertan; y me buscan,
y me cuentan muchas cosas
de las que yo sueño?... Vamos... ..
se diría que estoy loca.
No me explico este misterio,
pero me causa zozobra.

*(Pausa y luego con tono un poco emocio-
nado)*

Yo de la frente de Herminia
la bella nupcial corona
arranqué para ponerla
en la de mi hija Honoria.
En los brazos de Roberto
la eché mirando en su boda
la ventura para todos....
¡Esta sí es una sombra
que obscurece mi destino....
Roberto no la comprende,
vano y celoso de sobra,
interesable, ligero
y de conducta dudosa,

ha labrado su desgracia,
una desgracia muy honda
para los dos; y quién sabe
adónde llegan las cosas....
Altercados, disensiones,
amenazas y.... Ahora
terminaré con Ramiro
y D. Andrés, que yo sola
bastaré para Roberto
que ya mi paciencia agota.

*(La escena se ilumina poco á poco,
suponiéndose que am. nece.)*

Por fin acabó la noche.

El alba en Oriente asoma.

No hay espíritus ni trasgos

á la luz del sol. Ahora,

preparémonos. La lucha

sigue hoy. Si se logra

que me reciba el ministro,

he de volver triunfadora.

*(Apaga la luz y se prepara á re-
tirarse, cuando sale Aguilar por
la izquierda, primer. puerta.)*

ESCENA II

Dicha y Aguilar.

Agui. — ¿Para esto queremos ser
ricos en oro y en vida?

¿Para esta dicha mentida
queremos brillo y poder?

Luisa — No comprendo lo que dices.

Agui. — Es algo que siento aquí.

Luisa. — ¿Remordimientos?

Agui. — ¡Oh, sí!

Luisa. — ¿Y bien?....

Agui. — Que dos infelices
somos á pesar de todo,
porque en aparente calma,
aunque no quieras, el alma,
se subleva contra el lodo
en que hundidos estamos.

Luisa. — Sigue.....

Agui. — Nuestra vida pasa
siempre cubierta de sombras
que delante de los ojos
del cuerpo y del alma arrojan
envuelta en fúnebre manto
de nuestras faltas la historia,
para que la contemplemos,
negra, fatal, asombrosa
á través de la conciencia
que los crímenes reprocha.
Ya de la justicia humana
pesa sobre mí la hora.

¿Y cómo no pesará,
de la divina, la honda
maldición que al hombre impío
el corazón le destroza?
¿Hacia dónde caminamos?

Luisa. — *(Sarcástica.)*
Muy bella filosofía.

Muy bella, pero tardía.

Agui. — Luisa, los dos apuramos
el tenaz remordimiento.

Luisa.—(Con mirada indiferencia.)
Ironías de la suerte.

Agui.—¿Qué le reserva la muerte
al hombre sin sentimiento?

Luisa.—Piensa, Leopoldo, que hoy
ha de vencer mi destino.

Agui.—Tiemblo al pensarlo y no atino
hacia qué pendiente voy.

Luisa.—(Se acerca á Aguil r con zalame-
ría y se recuesta en su hombro
coquetamente.)

Voy á arreglar mi tocado
para salir, y confía
en que te amo, vida mía,
y por tu amor he llegado
á todo, á todo. Quedó
el ministro en recibirme
esta mañana á las nueve,
y pasa el tiempo muy breve.

(Le da un beso.)

Agui.—(Doblegado.)
¡Ojalá y siga firme
en su promesa.

Luisa.— Lo está:
no lo dudes.

Agui.— Tu poder
me hace dudar y creer.

Luisa.— Nada temas, vencerá.
(Vase dejando caer sobre Agui-
lar un mirad i seductora.)

ESCENA III

Aguiar, mirándoli desaparecer por la derecha.

Si como es hermosa fuera
de corazón generoso,
qué tranquilo y venturoso
á su lado me sintiera
Con qué placer besaría
á mis hijas inocentes,
sin advertir en sus frentes
del crimen la mancha impía!
¡Remordimiento fatal,
del alma eterna congoja,
más hondo hieres que hoja
de mortífero puñal.
Preso todo mi albedrío
de Luisa en la red infame
¡de qué sirve que te aclame
algunas veces, Dios mío!

(Trancisión de horror.)

¡Secuestro!..... ¡prisión!..... ¡miseria!...
Mas yo lancé á Don Andrés
en ese abismo ¡Interés!
tú serás la gran arteria
del mundo que aquí llevamos,
aquí, dentro de nosotros!
¿Por qué damos á los otros
lo mismo que rechazamos?

ESCENA IV.

Dicho y Luisa, que s le en traje de paseo.

Luisa.—Ya estoy lista.

Agui.—Bien, aquí
vendrá Ramiro al secuestro
que obtuvo ya.

Luisa.—Pero nuestro
es el asunto. Si á tí
te preocupa demasiado
ese triunfo pasajero
de Ramiro, yo te quiero
demostrar que lo intentado
por él y por Don Andrés,
tiene límites.

Agui.—¡Quiéu sabe!

Luisa.—Con el oro todo cabe
en lo posible. Los tres
la humanidad conocemos.
Mas para mí, la cuestión
es buscar en la ocasión
la manera de vencer.

Nada se resiste al oro,
¿quién menosprecia un tesoro
cuando le puedè obtener?
La humanidad como tal,
se deslumbra.....

Agui.—Hay honradez.....
ténlo presente.....

Luisa.—Tal vez
pero yo busco el venal;
búscalo siempre y desliza

en su mano algún objeto
valioso, con el respeto
á su abnegación postiza,
y así favor obtendrás
y obtendrás también aprecio;
los hombres tienen su precio
como todo lo demás.

Agui.—Si en esta vez nos engaña
la intriga ó la seducción.....

Luisa.—No creas, la salvación
viene hoy de mano extraña.

Agui.—¿Qué piensas hacer?

Luisa.—Luchar
para obtener el remedio.
No me preguntes el medio
y déjame sola obrar.
Con que, adiós; á la comida
nos reuniremos.

Agui.—Prudencia.

Luisa.—Nada temas: esta ciencia
la tengo bien conocida.

(Váse por el foro derecha.)

ESCENA V

*Aguiar, después de seguir á Luisa con la vista,
va al escritorio, toma un libro de cuentas, se
sienta y lo hojea.*

¡Oro, placer, vanidad!
sois el toño de la vida,

por más que dicha mentida
seáis ante la verdad.....
Diez millones nos ha dado
la mina de Don Andrés;
yo, que mendigué á sus piés,
soy ahora el potentado,
mientras él oculto apura
todo el rigor de la suerte!
Dilema cruel: ó la muerte
moral que mi sér tortura,
ó tener abnegación
para restituir el robo
haciéndole á ese hombre probo
justicia y reparación.
(Agitado se pone de pie.)
¡Horrible lucha! Si fuera
posible retroceder.....

Elena.—*(Dentro.)* Digo á usted que lo he de ver.

Agui.—*¡Esa voz.....!*

Elena.—*(Dentro.)* Aunque no quiera.
*(Abre un criado la puerta y Aguilr se
sorprende al ver á Elena, y hace seña al
criado que se retire.)*

ESCENA VI

Aguilr y Elena.

Aguil.— Elena! ¿Usted en mi casa?

Elena.—Sí, Leopoldo, aunque se extrañe.

Agui.—En efecto; mas le digo
que se lo agradezco.

Elena.— Baste
mi presencia en este sitio.....

Agui.—*(Interrumpiéndola.)*
Y el demacrado semblante
que tiene usted.

Elena.— Para.....

Agui.— Entiendo.

Elena.—La miseria nos abate.
La muerte nos ha robado
á nuestra Herminia; al ángel
que prodigaba consuelos
á sus afligidos padres,
que solos quedan viviendo
en este rudo combate.
Andrés, enfermo de penas,
y no hay medio de que sane
por la falta de recursos.
Hoy, no ha podido dejar
el lecho; se siente grave
y yo temo por su vida.....

Agui.—*(Aparte.)* Me estremezco al escucharle.

Elena.—No, no queremos riquezas;
solamente que se salve
Andrés de tal situación,
para que libre trabaje.

Agui.—Pero si estoy demandado
por Ramiro; usted lo sabe,
y acaso dentro de poco
la justicia se traslade
á esta casa y me secuestre
lo que poseo, y marche,

como cualquier criminal,
á una celda de la cárcel.

Elena.—(*Angustiada.*) No, Aguilar; yo no lo quiero;
es preciso que se trance
este asunto, mutuamente
es necesario salvarse.

Agui.—Si yo también lo deseo,
mas por ustedes.

Elena.— No es tarde;
hagámoslo; se lo ruego.

Agui.—No me lo suplica en balde;
si usted convence á Ramiro,
yo le ofrezco por mi parte,
que no llama usted en vano
en el corazón de un padre.

Elena.—Gracias, y corriendo voy
á ver á Ramiro.

Agui.— ¿Sabe
Don Andrés esta visita?

Elena.—¡Oh, sí!

Agui.— Pues tiempo no pierda,
porque después será tarde.

(*Al irse Elena penetran por el foro Ra-
miro, el Juez, el Secretario y dos agentes
de policía.*)

ESCENA VII.

Dichos, Ramiro, Juez, Secretario y agentes.

Elena.—(*Al verlos.*)

¡Ah, Ramiro!

Agui.—(*Aparte.*) (No hay remedio.)

Ram.—Elena, usted!

Elena.— He venido
á suplicar que se trance
este asunto. Te lo ruego.

Ram.—¡Imposible!

Elena.— Que se salve
Aguilar, y ya me ofrece
que no le suplico en balde;
nos dará su protección

y.....

Ram.—¡Elena! ¡Infelice madre!.....
¿olvida usted que por ellos
perdió hace poco un ángel?

Elena.—Ellos también tienen hijas.....
(*Volviéndose al juez suplicante.*)

Señor Juez, que se levante
acta de que yo, la esposa
de Valmar, á todo trance
desear el avenimiento
por su parte y por mi parte.

Juez.— Señora, yo nada puedo.

El abogado.....

Ram.—(*Con energía*) Adelante,
señor juez, su ministerio
 ejerza usted.

Elena.— ¡Ah!

Ram.— Ya es tarde.

Juez.—(*A Aguilar.*) La justicia ha decretado
auto formal de secuestro
de los bienes que designa
como suyos al efecto

de D. Andrés de Valmar
el apoderado; y vengo
á la práctica del auto.

Agui.—El motivo no comprendo.

Juez.—Como el señor de Valmar
le es deudor al gobierno
de un depósito, señala
para solventar su crédito,
de usted los bienes, porque
del depósito ha dispuesto.

De lo asentado se desprende
que á ellos tiene derecho.
Traigo además, la orden
para que usted sea preso.
*(Aguilar retrocede algunos pasos oterro-
rizado.)*

Agentes: incomuniquen
al señor, mientras procedo
á formar la diligencia
para el aseguramiento.

*(Los policías indican á Aguilar que pase
á la derecha, mientras el Juez y el Secre-
tario penetran por la puerta izquierda, que-
dando R. miro y Elena.)*

ESCENA VIII.

R. miro y Elena.

Elena.—Desdeñaste mi súplica, Ramiro.

Ram.—La justicia es virtud que en este mundo
induce á dar con equidad al hombre
lo que es suyo en razón; lo que en derecho
con arreglo á la ley le corresponde.
Atributo de Dios, quien lo delega
á la criatura, para que ella obre
sin dolo, ceguedad ni tiranía. ...
¿Y cómo cumple este deber el hombre?
Desoyendo la voz de la conciencia;
rompiendo el dique del honor que pone
un freno á la injusticia y aceptando
riquezas, posición, lisonja, honores,
en cambio de las lágrimas, miseria,
deshonra y abandono de los pobres.....
Venalidad, positivismo y lujo
forman hoy, por desgracia, el ancho borde
de la copa dorada del banquete
que los desheredados no conocen,
y en la cual, con los vinos aromados
el llanto de las victimas absorben.
Ordena el poderoso, y todos callan;
suplica el desgraciado, y se desoyen
razones y justicia; *(Con aire satisfecho)* por
(fortuna)

he logrado encontrar quien antepone
á todos, los deberes de conciencia,
obrando sin pasión y sin temores...
El probo magistrado ha comprendido
que en esta casa el criminal se esconde,
y vengo á su palacio como viene
el instrumento de una causa noble.
Triunfé de la serpiente. Estoy tranquilo;
no me intimida ya como ellos obren.

(*Con tristeza.*)

Elena.—Nada tengo que hacer; Andrés espera; me voy. ¿Vendrás?

Ram.— En cuanto logre ver al reo salir de esta morada, é ir á donde van los que su nombre empañan con el crimen. Partiremos juntos. Espere usted.

Elena.—(*Aparte.*) ¡Alma de roble;

ESCENA IX

Dichos Juez y Secretario.

Juez.—Está ya la diligencia. La firma del abogado y revisión del escrito perfeccionarán el auto. Si usted me hiciera favor de pasar.

Ram.— Elena, vamos.
(*Vánse Ramiro, Secretario y Elena.*)

ESCENA X.

Juez.

¡Rico palacio en verdad!
Se conoce que la mina

ha dado pingües productos á la opulenta familia de D. Leopoldo. Mas yo en su caso no estaría. Secuestrada su fortuna en manos de la justicia..... Vamos; pero esto no es nada; las cosas son relativas. ¿qué sabemos si después el actor será la víctima? Todo tiene grandes cambios. Hoy el hombre necesita interpretar el lenguaje de los poderosos. Mira el rumbo que va marcando la brújula que le indica á dónde debe inclinarse, pues que también la justicia fluctúa y su balanza suele no ser muy estricta. Sobre todo si razones que todo lo justifican, dan en que ciertos delitos no lo son, y entonces dicta su voluntad, quien más puede. Casos de menor cuantía se ofrecen muy á menudo. De un magnate la querida debe la renta de casa, no paga en la joyería, da un escándalo cualquiera; en fin, pequeñeces. Lista pide al poderoso amante

una tarjeta y termina
su causa cual otras muchas
que en casos así.... se olvidan.
¡Ardua, difícil tarea
es administrar justicia
en este tiempo, no hay duda!
Pero, en fin, esta es la vida.
Lo demás es exponerse
á ser de los otros víctima.

ESCENA XI.

Dicho, Romiro, el Secretario y Elena.

Ram.—(A el juez.) Todo terminado queda
y sólo de usted espero
la firma que legalice
debidamente el secuestro.

Juez.—(Se sienta y firma.)
Todo está.

Ram.—(Aparte.) Gracias á Dios

Juez.—Incomunicado el reo
queda en tanto que dispone
lo conveniente el Gobierno.

(Todos se disponen á salir, y en'ra Luisa
por el fondo precipitadamente)

ESCENA XII.

Dichos y Luisa.

Luisa.—¡Toda esta gente en mi casa!
(Dirige á Romiro una mirada activa que
éste sostiene.)

¿Qué motiva la presencia
de ustedes aquí?

Juez.—(Con aire activo.) Señora,
vengo en representación
del Gobierno, quien ordena
en nombre suyo y de Don
Andrés de Valmar, que lleva
la parte actora, el secuestro
de bienes que representa
D. Leopoldo Aguilar,
que está en aquella pieza
incomunicado.

Luisa.—(Con ironía.) Bien...
Ignoraba yo que fueran
nuestras propiedades de otros.
Tal vez los hombres de letras,
como ustedes, sepan más.
No sé qué derecho tengan
para allanar mi morada...

Juez.—Señora: quien representa
á la autoridad, exhorta
á usted ahora, á que tenga
todo el respeto debido.

Luisa.—(Más irónica.) Si prolonga su presencia
en esta casa más tiempo,
exigiré cual convenga

la responsabilidad
al juez.

Juez.—(Con energía.) Que aquí representa
poderes incontrastables.
Además; en mi conciencia
las amenazas son pocas
para que obligarme puedan
á faltar á mis deberes.
Y la autoridad ordena
una multa á la señora,
en el acto pagadera,
por las faltas de respeto.

Luisa.—(Con más ironía.) Obedeceré sin réplica
al magistrado, y sumisa
acataré lo que ordena,
pero, le ruego se imponga
del documento y tarjeta
que doy á la autoridad,
á quien usted representa.
(Le da unos papeles, mirando á Ramiro
con aire de triunfo.)

Juez.—(Cambiando y tomando el pliego.)
¡Ah! la tarjeta primero;
sí, primero la tarjeta;
tal vez en ella me dicen...
(Leyéndota) En efecto, se me ordena
que se sus penda en el acto
la judicial diligencia,
y á las órdenes me ponga
de la señora..... (Le hace á Luisa algu-
nas caravanas y habla aparte con ella.)

Ram.—(Aparte) Miseria
humana, cuándo tendrás

respeto, honor y concienzal

Juez.—(Humildemente) Señora, me tiene usted
dispuesto á servirla. Vuelvan
los bienes á su poder
y el señor su esposo tenga
de nuevo su libertad. (Habla bajo con el
Secretario, que se resira por la derecha.)

Ram.—(Aparte) ¡Oh poder de las tarjetas!
(Al Juez) Y cuatro letras escritas
en elegante vitela,
pueden cambiar un asunto
despachado en toda regla.

Juez.— Señor abogado; cumplo
con lo que el deber me ordena.
(A Luisa) Crea usted señora mía,
que me gozo en complacerla;
sobre todo, nunca falto
á la ley de mi conciencia.

Luisa.—(A Ramiro) Ha terminado el brillante
papel que usted representa
en este negocio

Ram.— Si
porque la maldad entrega
al usurpador infame
lo que al honrado cercena.

Juez.— Señor abogado!

Ram.— Basta;
la desgracia es que se venda
la dignidad de los hombres,
á los infames! ®

(Salen en este momento Aguilar y el Se-
creta io por la derecha. igualmente qns sa-
le por el fondo un criado conduciendo á

D Andrés caído desmayado. Elena y Ramiro corren hacia él.)

Elena.— ¡Andrés!

Ram.— ¡El cielo nos vulga!

Luisa.— *(Aparte.)* ¡El!

(El Juez y los suyos se retiran.)

ESCENA XIII.

Aguilar, Luisa, Ramiro, Don Andrés y Elena.

Ram.— ¿A qué ha venido usted á esta morada maldita?

Aguilar.— *(Aparte.)* Su presencia me anonada.

Luisa.— *(Volviendo airada los ojos á su marido.)*

¿Tiemblas, Leopoldo?

Andr.— *(Tratando de serenarse, se sienta y se lleva las manos al pecho.)* ¡Fatiga!

Cesa..... cesa unos instantes!

Luisa.— *(A Elena.)* Es esto farsa ridícula para amedrentarnos? Habla.

Andr.— *(Po iéndose trabajosamente de pie. Ayudado en Ramiro baja al centro de la escena. Se dirige á Luisa.)*

Dios me conservó la vida para pedir á usted cuenta de mi deshonra y mi ruina; de mi dignidad hollada,

de la muerte de mi Herminia, del abaudono y miseria de mi esposa, y de mi vida que acaso á exhalar aquí vengo, para que les sirva de cruel remordimiento esta postrer entrevista, y ustedes, arrepentidos de su crimen, se rediman.

(Silencio general.)

¿Ve usted mi pálido rostro y las huellas amarillas que le imprimieron las lágrimas en la miseria vertidas?

(La toma una mano que Luisa pugna por retirar.)

¿Siente usted mi mano helada porque ya la muerte enfría mi sangre?

Luisa.— Déjeme usted.

¿Por qué de mi casa pisa los umbrales solamente para lamentar desdichas de que culpable no soy

Andr.— *(Mirándola fijamente y ella aparta de él los ojos.)*

Levante su frente altiva hoy ante mí No, no puede.

Luisa.— Basta ya
Andr.— No

bastaría que una palabra dijera para que yo de rodillas antes de morir supiese

D Andrés caído desmayado. Elena y Ramiro corren hacia él.)

Elena.— ¡Andrés!

Ram.— ¡El cielo nos vulga!

Luisa.— *(Aparte.)* ¡El!

(El Juez y los suyos se retiran.)

ESCENA XIII.

Aguilar, Luisa, Ramiro, Don Andrés y Elena.

Ram.— ¿A qué ha venido usted á esta morada maldita?

Aguilar.— *(Aparte.)* Su presencia me anonada.

Luisa.— *(Volviendo airada los ojos á su marido.)*

¿Tiemblas, Leopoldo?

Andr.— *(Tratando de serenarse, se sienta y se lleva las manos al pecho.)* ¡Fatiga!

Cesa..... cesa unos instantes!

Luisa.— *(A Elena.)* Es esto farsa ridícula para amedrentarnos? Habla.

Andr.— *(Po iéndose trabajosamente de pie. Ayudado en Ramiro baja al centro de la escena. Se dirige á Luisa.)*

Dios me conservó la vida para pedir á usted cuenta de mi deshonra y mi ruina; de mi dignidad hollada,

de la muerte de mi Herminia, del abaudono y miseria de mi esposa, y de mi vida que acaso á exhalar aquí vengo, para que les sirva de cruel remordimiento esta postrer entrevista, y ustedes, arrepentidos de su crimen, se rediman.

(Silencio general.)

¿Ve usted mi pálido rostro y las huellas amarillas que le imprimieron las lágrimas en la miseria vertidas?

(La toma una mano que Luisa pugna por retirar.)

¿Siente usted mi mano helada porque ya la muerte enfría mi sangre?

Luisa.— Déjeme usted.

¿Por qué de mi casa pisa los umbrales solamente para lamentar desdichas de que culpable no soy

Andr.— *(Mirándola fijamente y ella aparta de él los ojos.)*

Levante su frente altiva hoy ante mí No, no puede.

Luisa.— Basta ya
Andr.— No

bastaría que una palabra dijera para que yo de rodillas antes de morir supiese

que Dios le perdonaría
como yo he perdonado
sus infamantes intrigas
para atesorar riquezas
á costa de mi desdicha.....

¿Qué responde usted?

Luisa.— ¿Yo?..... Nada.

Andr.— ¡Hay un Dios!

Luisa.— No lo conozco.

Andr.— Ese Dios, premia ó castiga
á los padres en los hijos,
sin apelación.

Agui.— *(Dando un paso hacia Don Andrés.)*

¡Mis hijas!

Andr.— Por ellas deben ustedes
hoy arrepentirse.

Agui.— *(Con un grito del alma.)* ¡Luisa!

Luisa.— Vamos: ¿qué quieren ustedes?

Andr.— Una limosna pedida
por mí..... por mí para Elena,
á quien faltará mi vida
dentro de poco.

Ram.— *(Indignado) (a parte)* ¡Limosna!.....

¡Oh! qué terrible ironía!

Andr.— Para mí, morir tranquilo
sabiendo que usted, su amiga
de otro tiempo la socorre... ..

(Cada vez más angustiado.)

Y para usted quiero, Luisa,
que se eommeva, que lllore,
que á Dios clemente le pida
no castigue sus crueldades
en sus inocentes hijas

Luisa.— *(Vacila unos instantes luchando; luego saca del bolsillo una redecilla con monedas de oro y la arroja á los pies del grupo.)*
Ahí tiene usted el oro
que desea.

Andr.— ¡Oh!

Elena.— ¡Ah!

Ram.— ¡Maldita!

Andr.— *(Haciendo un esfuerzo.)*

No es usted mujer ni madre,
sino un sér positivista.....
¡Me muero!..... ¡Dios mío!.....

Agui.— *(A Luisa.)* La obra
está consumada. Mirala.....

Andr.— *(Casi moribundo.)*
Por última vez del crimen
la senda resbaladiza
evite usted: no provoque
de Dios la eterna justicia.

Luisa.— *(Con sarcasmo.)*
Aprovecharé el consejo
para cuando llegue el día.
vaya usted tranquilo.

Andr.— Elena.....

Vamos..... no puedo.... Mi vista
(Cae de rodillas.)
se nubla..... ¡Perdón, Dios mío!
(Cae muerto.)

Agui.— *(Aterrado.)*
¡Muerto...!!

Ram.— *(Señalando á Luisa)*
Y en pie la homicida
para vergüenza y escarnio

del mundo positivista.
(A este tiempo se ésiucha una detonación en la alcoba de Honorio, y Roberto entra á la escena con el cabello y traje en desorden y en la mano derecha una pistola. Luisa al verlo se lanza sobre él.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos y Roberto.

Luisa.— ¡Ah, hija mía! Honorio
 ¿Dónde está?

Rob.— No sé; herida
 ó muerta.....

Luisa.— *(Cogiéndolo del puño.)* ¡Infame! ¿Por qué?

Rob.— Manchaba mi honra.

Luisa.— ¡Mentira!

Rob.— Ví la prueba..... Me insultó.

Nube de sangre mi vista
 cegando, no me contuve,
 y.....

Luisa.— ¡Pagarás con la vida!

(Roberto arroja la pistola y cae anodado en un sillón. Aquilón se adelanta terrible hacia Luis, le toma del puño y la trae cerca del cadaver de Don Andrés.)

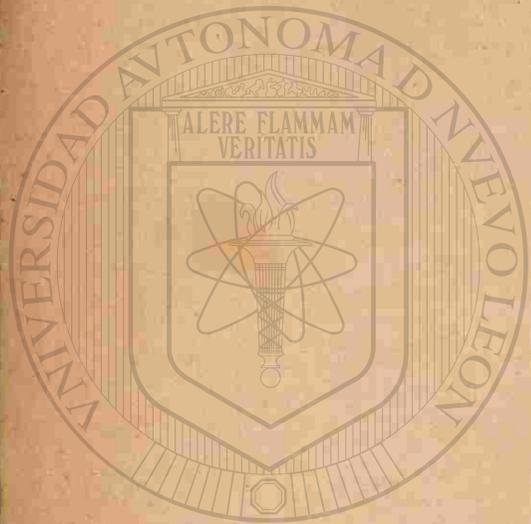
Agui.— Nosotros asesinamos
 á Don Andrés y á su hija.
 ¡El cielo es justo!

Luisa.— *(Con vez débil, como si no quisiera abatir su orgullo, pero obligada por el dolor que le causó la pérdida de la mano de Aguilón, dice:)* ¡Perdón!

Agui.— *(Obligándole á rodarse.)*
 ¡Pídelo á Dios de rodillas!

TELON LENTO.

FIN DEL DRAMA.



DIOS,
PATRIA Y AMOR

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

ANTONIO DE P. MORENO

Representado con éxito extraordinario
en el Gran Teatro Nacional de México la noche del Domingo
16 de Julio de 1899.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

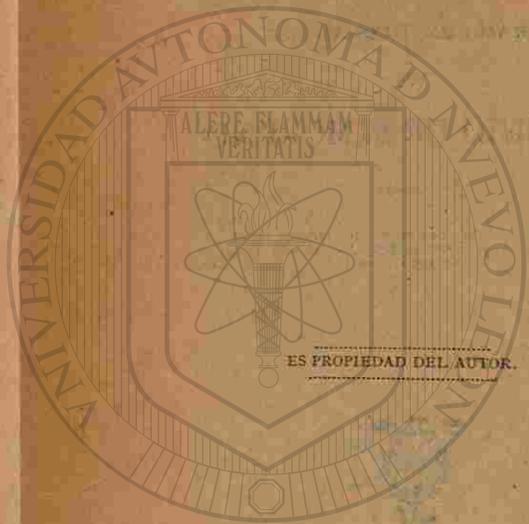
MÉJICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tipografía de "EL TIEMPO"

Cerca de Santo Domingo, 4

1899



Méjico, Abril de 1899.

Sr. D. Iñigo Noriega.

Presente.

Muy querido amigo:

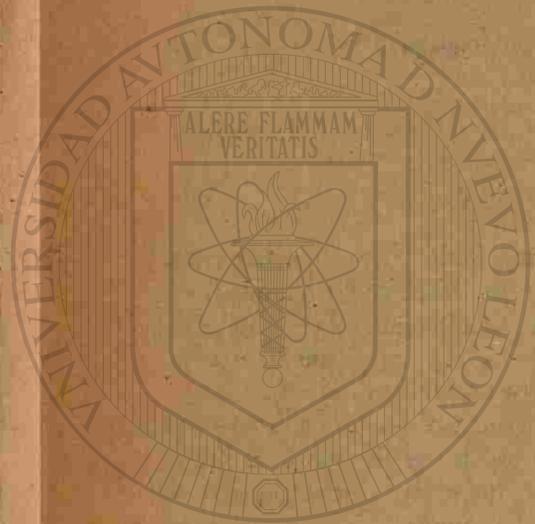
Un bellissimo cuadro que adorna la sala de tu Hacienda de Zoquiapan, me inspiró la presente obra, humilde en estructura, pero grande en pensamiento, aplicándolo á episodios de la guerra hispano-americana.

La he dedicado á tí, porque en ella están estereotipadas tus ideas y las mías. Acéptala como testimonio del afecto que siempre te ha profesado tu viejo amigo

ANTONIO DE P. MORENO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES

ACTORES

<i>D. Iñigo de Mendoza.</i>	Sr. D. Honorato Teissier.
<i>D. Antonio Rivero....</i>	Sr. D. Antonio de la Mata.
<i>El General D. Joaquín Vara del Rey.....</i>	Sr. D. S. Solís.
<i>Etelvina.....</i>	Sra. D ^{ca} Carlota Castillo de Leal.
<i>María.....</i>	Srita. D ^{ca} Natalia Villar.
<i>Una hermana de la Cruz Roja.....</i>	Sra. D ^{ca} Marina Mellado de Servín.
<i>Carlos.....</i>	Sr. D. Teófilo Leal.
<i>Leonel.....</i>	Sr. D. Angel E. Arenas
<i>Pepito.....</i>	Sr. D. Pedro Servín.
<i>Un criado.....</i>	Sr. D. N. N.
<i>Un asistente.....</i>	Sr. D. Francisco Neira
<i>Un sargento.....</i>	Sr. Saldumbide.
<i>Soldado 1^o.....</i>	Sr. D. Adolfo Russo.
<i>Soldado 2^o.....</i>	Sr. D. Vicente Osio.

Soldados españoles y norteamericanos.
La Acción pasa en 1898.

El primer acto en Méjico; el segundo y
tercero en la Isla de Cuba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Acto Primero.

Sala elegante en la casa de D. Antonio. Puerta al fondo, dos á la derecha, y una y balcón á la izquierda. Mesa de centro, confidentes, sillones, sillas y piano.

ESCENA PRIMERA.

D. Iñigo y D. Antonio sentados en un confidente comentando las noticias de un periódico.

D. IÑIGO. Lea vd. amigo mío, y diga si es tolerable que se deje impunemente al saujón arrebatarle á España sus posesiones en América, las cuales, son el último recuerdo de su gloria, en los países descubiertos á la sombra de Isabel, en las edades de fe, de amor y entusiasmo que ya no existen.

D. ANTONIO. Es tarde para impedirselos.

D. IÑIGO.

¡Tanto!

D. ANTONIO. Si no hay salvación... En balde se han agotado tesoros de monedas y de sangre, y se han hecho sacrificios de todo género.

D. IÑIGO. *(con aire reflexivo.)* ¡Es tarde! Dice vd. muy bien.

D. ANTONIO. Quisiera que vd. no se preocupase hasta ese grado, que puede en todo caso dañarle. Tenga vd. alguna calma.

D. IÑIGO. ¡Calma! mi española sangre se rebela á la injusticia, al pretexto deleznable de humanitarismo hipócrita conque quieren ocultarle esos pérfidos sajones al mundo, el fin loable, *(con marcada ironía,)* de practicar un despojo tan ruín y tan cobarde,

D. ANTONIO. De situación tan extraña Cuba sola es la culpable.

D. IÑIGO. Ella misma; sí.

D. ANTONIO. Muy justo era que noble buscase la independencia que ansía todo pueblo.

D. IÑIGO. Pero echarse en brazos del extranjero, y extranjero como el yanqui... Abandonar la tutela

de progenitora madre, y al yugo de advenedizos. conscientemente entregarse!.. *(se levanta agitado y pasea unos momentos pensativo.)*

Sin embargo: hay esperanzas. Quedan tropas abundantes en Habana. Quedan héroes que saben sacrificarse. Cervera llegó á Santiago. Telegramas de ayer tarde lo confirman. Vea vd. *(le da un periódico que D. Antonio recorre.)*

D. ANTONIO. En efecto.

D. IÑIGO. Y ese hombre; D. Antonio, es Almirante. Cumplirá como los buenos; se batirá y quien sabe....

D. ANTONIO. Piense vd., amigo mío, que la Escuadra formidable de Sampson, en cada buque lleva un castillo pujante, abrumador.

D. IÑIGO. De injusticias y pretextos miserables.

D. ANTONIO. España está débil.

D. IÑIGO. Arde todavía en su existencia aquel fuego que los árabes probaron en ocho siglos de glorias y de combates.

D. ANTONIO. Hoy la guerra es con dinero. no existen los ideales

de aquella edad heroica
de Cides y Abencerrajes.
Queda el negocio. La lucha
por la vida... los afanes
de riqueza y egoísmo;
y el *yo*, el *yo* disculpable
para vivir con holgura
aun por medios criminales,
con tal de que el fin seguido
nuestros deseos alcance.
¡Qué hace por España Europa?
¡Qué los hijos de esa madre
en la América Latina?
(con tono enfático.)
¡Ah! barro cruel y cobarde!..
Tiene vd. razón.

D. IÑIGO.

D. ANTONIO.

Nosotros
hemos hecho lo que hacen
quienes conservan aún
algo de esos ideales:
si no dar en las batallas
nuestra vida, nuestra sangre,
porque viejos y achacosos
de nada servimos; padres
de hijos que aman á España
aunque mejicanos nacen,
dos á la guerra de Cuba
enviamos... y ¡quién sabe
(emocionado)
si no volvamos á verles!
(pausa breve y triste.)
Pero hicimos lo bastante:
enviar hijos y oro.
Es decir, trabajo y sangre.

Usted, español debía
cumplir con esto... adelante.
Yo, mejicano, lo hice
porque veo á una madre
en la España desdichada
que siempre heroica, combate
contra coloso enemigo
que ha de vencerla.

D. IÑIGO.

¡Oh! ¡Infames!.

D. ANTONIO.

Amigo mío, vosotros
perderéis á Cuba tarde
ó temprano; Dios lo quiere
y es preciso conformarse.
Pero cesarán del todo
las inquietudes y afanes
que costaban las Colonias
á España. Pero los yanquis
con ese triunfo que ahora,
ó después, al fin alcanzen,
irán más lejos, más lejos.

(con tono reconcentrado)

Méjico será el diamante
que ambicionen tras la perla
de las Antillas, la clave
de nuestro golfo, y entonces
dueños de tierra y de mares
intentarán cual de Cuba,
de Méjico apoderarse.

D. IÑIGO.

¡Vive Dios! ¡se atreverían!

D. ANTONIO.

Se atreven á todo. Hace
cincuenta años más ó menos
que nos despojaron. Sabe
Vd. tan amarga historia....

- D. IÑIGO. La conozco y prepararse para todo es necesario.
- D. ANTONIO. Quizá por fuerza no cabe oponerse hoy al coloso que doquiera nos invade con sus pacíficos medios, con sus rápidos avances. Ferrocarriles, negocios de todo género y clase, excursiones á menudo y discursos fraternales, son las armas con que ahora hipócritas nos combaten. Pero con tanta osadía y exigencias singulares, que ya lo ve usted, pretenden que su lengua todos hablen, y á quien hablarla no quiere, ó no puede, ó no la sabe, le miran con menosprecio y con sarcasmo insultante cual si fuese obligatorio en este y otros países á donde hay una colonia extranjera, que se hablase solo el idioma impuesto por la misma, á quien le abre las puertas de sus tesoros para que pueda explotarles. Es que la sajona raza quiere imponerse. Tenaces avanzan en sus empresas las conciben y adelante.

- D. IÑIGO. En cambio, amigo, nosotros soñando con ideales y utópicos sentimientos les permitimos que avancen. Despertar es necesario de la indolencia cobarde en que estamos. Oponerles raza á raza y demostrarles que los latinos, tenemos elementos aplicables de talento y de trabajo á lo mismo que ellos hacen para buscarse los medios de ser ricos y ser grandes.
- Etelvina y María por el fondo, á tiempo de escuchar las últimas palabras de D. Iñigo.*

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS, ETELVINA Y MARIA.

La primera con elegante vestido de calle y la segunda con traje negro y mantón del mismo color.

ETELV. ¡Para qué quieren ustedes ser grandes y ricos! Vaya, si ya lo son.

D. IÑIGO. *(saludándotas)* Buenos días.

D. ANTONIO. Te engañas, mi niña.

MARIA. De alma quiso decir Etelvina.

ETELV. No solo, también de plata.
Las haciendas y las minas,
y los negocios y tantas
cosas de que hablan ustedes
tan á menudo.

D. ANTONIO. Bobadas.
Todo eso hija mía, muere,
se convierte en humo y nada
si no sabemos cuidarle,
y hacer el bien, con el alma
llena de las tres virtudes,
Caridad, Fe y Esperanza.

ETELV. *(acercándose para besarle en la
frente.)*

Que bueno eres padre mío.

(á D. Iñigo.)

Y usted también.

D. IÑIGO. *(con aire modesto)* ¡Yo...!

ETELV. *(á su padre con mimo).* Cartas
¿no han llegado de Cuba?

D. IÑIGO. *(mirándola con cariño.)*
Las esperamos con ansia.
(bajo y con aire picarezo.)

Y tú, más, ¿no?

ETELV. Sí....

D. IÑIGO. Calma.

Ya vendrán.

D. ANTONIO. *(guiñando el ojo á D. Iñigo.)*

Su hermano....

MARIA. *(en tono de broma.)*

Y Carlos....

D. IÑIGO. Mi hijo... Vaya;
bien quisiera yo que alguna
persona se interesara....

por mi como te interesas
tú por él.....

ETELV. Si no le falta....
yo misma....

D. IÑIGO. Lo sé y te quiero
Como á mi hija....

ETELV. Gracias.

D. ANTONIO. Y usted María, ¿insiste
en marchar á Cuba?

MARIA. Nada
hay ya que lo impida.

D. IÑIGO. ¿Cómo?
¿Usted á Cuba?

MARIA. Sí. Hermana
de la Caridad, deberes
de mi religión me llaman,
deberes de simpatía
de raza y de amor á España.
(con voz ligeramente trémula.)

D. IÑIGO. ¡Ah! noble criatura. Venga
Usted á mis brazos. *(la estrecha)*

MARIA. Huérfana,
y sintiendo arder en mi alma
algo que impulsa mi vida
á ser útil en la humana
contienda á mis semejantes,
¿qué quiere usted que yo haga?

D. ANTONIO. Amar, casarse, dichosa
ser como muchas.

MARIA. Hay almas
para quienes la ventura
no está en el mundo.

D. IÑIGO. Esperanza.

MARIA. *(señalando al cielo.)*
Allá está la única cierta....
Dejémos eso. Mañana
parto con una familia
que hacia Veracruz se marcha.
He venido á despedirme;
á pasar el día en calma
con mi querida Etelvina,
mi condiscípula.

D. ANTONIO. Gracias
por el honor que nos hace.
D. IÑIGO. Pues me invito. Voy á casa
y vuelvo en seguida.

D. ANTONIO. Vamos,
Se quedan acompañadas
(Se van por el fondo.)

ESCENA TERCERA.

ETELVINA Y MARIA.

*Sentadas en el confidente con
cariñosa familiaridad.*

ETELV. Tú no eres feliz. ¿Verdad?
y aunque ocultármele quieras,
lo comprendo.

MARIA. Son quimeras
que te forja la amistad
¿Por qué no he de serlo?

ETELV. Yo
recuerdo que en otros días,
en medio á las alegrías
del colegio, se escapó

de tus labios confidencia
que yo acogí con ternura,
porque fué de tu amargura
la mal contenida esencia.
Yo te veía sufrir;
alejarte del bullicio
de nuestros juegos, indicio
de ese profundo sentir
que interrumpe nuestra calma
amontonando en la frente,
nubes de dolor latente
que roban la paz del alma.
Amabas; me lo dijiste
temblando de pena un día.
¿Has olvidado, María,
la confesión que me hiciste?
*(tratando de disimular sus ver-
daderos sentimientos.)*
Aquello fué devaneo
que pasó cual todo pasa.
(mirándola fijamente.)
aun María te abraza
aquel amor.

MARIA.

ETELV.

MARIA.

ETELV.

MARIA.

ETELV.

MARIA.

No....

Lo veo;

tu enfermiza palidez.
Austeridad religiosa.
Enfermedad amorosa
que te consume.

Tal vez
pudieras tener razón
creyendo que amo: es verdad;
pero no la vanidad
del humano corazón.

Amo lo grande, lo bello.
Lo que no existe en la tierra,
lo misterioso que encierra
de otros mundos al destello.
Tuve la debilidad
de sentirme impresionada
por un hombre, en la alborada
de mi juvenil edad.

Y era digno de mi amor,
porque bello y generoso,
es el modelo grandioso
del ser noble y superior
que ya va siendo muy raro
en este mundo realista
donde todo se conquista
á precio vulgar y caro.

E TELV. Y si digno era de tí, *(con malicia)*

no me explico la razón
que pudo impedir la unión
de ustedes.

MARIA. Si yo sentí
amor por el ser querido
que forjó mi fantasía,
y que llegué á ver un día
en realidad convertido;
yo no le pude inspirar
(con profunda tristeza.)
lo mismo que me inspiró.

E TELV. ¿Supo que le amabas?

MARIA. No.

E TELV. ¿Y lo pudiste ocultar?

MARIA. Grande fué mi sacrificio,
más Dios me prestó valor,

para oponerle á mi amor,
reflexión, deber y juicio.

E TELV. ¿Y no le volviste á ver?

MARIA. Algunas veces.

E TELV. *(dudosa)* ¿En dónde?

MARIA. En la calle. Quién responde
de un encuentro.

E TELV. *(con intención)* Puede ser
que si hubiera comprendido
tu amoroso sentimiento...

MARIA. Solamente de tormento
mi amor le hubiera servido.
(suplicante y cariñosa.)

No hablemos de lo pasado,
te lo suplico, y á Dios
pídele tú por los dos.

E TELV. Dime su nombre.

MARIA. Ignorado
ha sido siempre por mí.

E TELV. *(con aire de contrariedad.)*
Pues que guardas tal secreto,
no insistiré. Lo respeto.

MARIA. Hablemos mejor de tí.

Sabes que parto mañana:
si es feliz la travesía,
poco ha de tardar el día
en que toquemos la Habana.
(su voz ligeramente trémula en lo que sigue.)

Para tu hermano Leonel,
y para Carlos... deseas
de mí... algo?

E TELV. Que los veas
es difícil.

MARIA. Un papel
llega de cualquier manera
á su destino.

E TELV. ¡Ay! María,
cuánta fuera mi alegría
si acompañarte pudiera.
Sufro tanto con pensar
que Carlos puede morir
y Leonel también.

MARIA. Sufrir
debemos para alcanzar.
Pero no temas, el cielo
ha de cuidar su existencia
y ha de terminar la ausencia
que lloras en tu desvelo.
No sé si verlos podré;
pero si es que lo consigo
le diré que fuí testigo
de tu constancia y tu fé.
Que ví el llanto nublar
tu faz dolorida y triste,
y... (*muy emocionada.*)

E TELV. (*interrumpiéndola.*)
Díle también que oíste
mi amor eterno jurar.
Que no me olvide y me quiera
tanto como le amo yo...
(*se quita del cuello un relicario
y del tocado una flor, dándolos
á María.*)

MARIA. Y le darás esto ¡no!
Con toda el alma.

E TELV. Quisiera...
Tengo tanto que decir....

Pero es bastante; ¡verdad!
Lloro, sufro, mi ansiedad
no tiene límites... Ir,
volar amante á su lado,
fuera mi dicha, mi gloria,
como lo es en mi memoria
el recuerdo idolatrado
de los días en que aquí,
antes de su cruel partida,
verle yo, era mi vida,
y la suya verme á mí.
Díle que si el ceño airado
de la desgracia le hiere,
si antes de pena no muere
mi corazón destrozado;
que me llame y sin mirar
sino su pena sentida
iré á darle mi vida
si así le puedo salvar.

MARIA. (*aparte profundamente afecta-
da.*)

(¡Cuánto le quiere Dios mío!..)
(*poco á poco se va sintiendo pre-
sa de un vértigo.*)

Sí; todo se lo diré....

E TELV. Y yo te bendeciré
sin cesar....

MARIA. (*puediendo apenas contenerse,
aparte.*)

(¡Amor impío!...
No puedo más.) ¡Ah!
(*su cabeza cae lánguidamente so-
bre el respaldo del asiento.*)

E TELV. (*atendiéndola.*) ¡María!

MARIA. ¿Qué tienes?
(después de breves instantes se va reponiendo.) No sé. Pasó. . .
Estoy débil. . . . Sigue.

E TELV. No.
Perdóname.

MARIA. (acariciándola.) Tontería. . .
(A este tiempo un criado por el fondo.)

ESCENA CUARTA.

DICHAS Y CRIADO.

CRIADO. Pregunta el niño Pepito
si está usted visible.

E TELV. Vaya
con el importuno. . . . Dile. . . .
(reflexionando.)
qué sí. (vase el criado.)

MARIA. ¿Te dejo?

E TELV. (signo negativo.) Haces falta.
Me tiene aburrida ese hombre
con sus cortejos y. . . nada,
que es un tipo fastidioso
montado á la americana.

Pepito por el fondo. Su acti-
tud en todo fátua y petulante.

ESCENA QUINTA.

DICHAS Y PEPITO.

PEPITO. (Entra, dice á Etelvina las pri-
meras palabras y hace una lige-
ra inclinación de cabeza á Ma-
ría.)

E TELV. Creí que estaba usted sola.
Pues estoy acompañada.
(presentándole á María.)
María de la Barquera.
D. José de Fuenteclara.

PEPITO. (acercando un sillón al grupo.)
Eso de Don, es muy viejo
Etelvina.

E TELV. (con ironía.) ¿Sí? . . .
PEPITO. En España
cuna misma de los Dones
se van aboliendo. Francia
dice Señor solamente,
y en Méjico esa antigualla
está en desuso.

E TELV. Lo siento;
pero yo estoy educada
así. . . . á la antigua.

PEPITO. De veras
y lo lamento. ¿Qué lástima! . . .
Como ha de sonar lo mismo,
D.^a Etelvina, D.^a Aurea,

MARIA. ¿Qué tienes?
(después de breves instantes se va reponiendo.) No sé. Pasó. . .
Estoy débil. . . . Sigue.

ETELV. No.
Perdóname.

MARIA. (acariciándola.) Tontería. . .
(A este tiempo un criado por el fondo.)

ESCENA CUARTA.

DICHAS Y CRIADO.

CRIADO. Pregunta el niño Pepito
si está usted visible.

ETELV. Vaya
con el importuno. . . . Dile. . . .
(reflexionando.)
qué sí. (vase el criado.)

MARIA. ¿Te dejo?

ETELV. (signo negativo.) Haces falta.
Me tiene aburrida ese hombre
con sus cortejos y. . . nada,
que es un tipo fastidioso
montado á la americana.

Pepito por el fondo. Su acti-
tud en todo fátua y petulante.

ESCENA QUINTA.

DICHAS Y PEPITO.

PEPITO. (Entra, dice á Etelvina las pri-
meras palabras y hace una lige-
ra inclinación de cabeza á Ma-
ría.)

ETELV. Creí que estaba usted sola.
Pues estoy acompañada.
(presentándole á María.)
María de la Barquera.
D. José de Fuenteclara.

PEPITO. (acercando un sillón al grupo.)
Eso de Don, es muy viejo
Etelvina.

ETELV. (con ironía.) ¿Sí? . . .
PEPITO. En España
cuna misma de los Dones
se van aboliendo. Francia
dice Señor solamente,
y en Méjico esa antigualla
está en desuso.

ETELV. Lo siento;
pero yo estoy educada
así. . . . á la antigua.

PEPITO. De veras
y lo lamento. ¿Qué lástima! . .
Como ha de sonar lo mismo,
D.^a Etelvina, D.^a Aurea,

D. Francisco y D. Fernando
que Señorita Adelaida,
Clotilde, Rosario... y...
Sr. José Fuenteclara.

ETELV.

(con risa burlona.)
Eso sí que está gracioso.
Sr. José... así le llaman
al aguador y al portero,
á la Sra. Tomasa
ama de cría... y á otras
entidades que no pasan
del mercado y la cocina
y que son civilizadas....

(recalcando la última frase con
ironía.)

Pero no á quien pretende
venir de noble prosápia
y en vez de llamarse á secas

Sr. Antonio Quintana
por ejemplo, titularse
D. José de Fuenteclara.

PEPITO.

Repito que eso es ya cursi.
Deje usted la aristocrática
partícula *dé* y entonces....

PEPITO.

(interrumpiéndola vivamente.)

Yo la lengua castellana
sería la que dejase
por inútil y prosaica,
como todo lo latino.

ETELV.

Pues mire usted, no hace falta
que el Señor José la hable.
Con decir, *Mister, Madama,*
good morning all right, welcome;
vestir á la americana

como usted, mascar tabaco
y otras muchas zarandajas
de este jaez, cambiaría
si usted quiere hasta de raza.

PEPITO.

(con énfasis.)
¡Ah! sí, que dichoso fuera
si no le debiese á España
sangre, idioma, costumbres,
religión y cosas tantas
absurdas y deficientes
que en nuestro siglo no pasan.
Conque además de ser crítico
es usted ingrato.... Vaya....
pues, á Méjico, abandone
y váyase á *Yankilandia*.

ETELV.

Allí cabe todo el mundo;
allí la historia y la patria
se concretan al dinero
á los *bisnes* (1) y á las máquinas.
Todo lo cual es muy práctico
mientras teórica es España.

PEPITO.

Y á propósito, noticias
han tenido de la Habana
ustedes? ¡Leonel y Carlos
están firmes en la causa
de la barbarie española?

ETELV.

Menos que la humanitaria
(con sarcasmo.)

PEPITO.

de los Estados Unidos.
¡Ah! la Unión Americana!
Eso sí es grande, Etelvina.
Oro, soldados, escuadras,
industria, grandeza, gloria
contra la caduca España,

que se hunde, que se eclipsa
que se muere de nostalgia.
(dirigiéndose á María.)
¿Qué opina usted, señorita
de mis ideas?

MARIA. Que son malas,
simplemente caballero.

PEPITO. Pero señor, si dos damas
de la posición de ustedes,
bellas, nobles, ilustradas,
no deben asimilarse
con la vulgar ignorancia
de mirar en los sajones
otros tantos enemigos
de lo que llamamos patria.
Y suponiendo que fueran,
nos darían en revancha
mucho bueno, y ganaríamos..

E TELV. Conque nos esclavizarán..

PEPITO. Conque grandes nos hicieran
como han de hacer á la Habana
y á los pueblos que conquisten
á donde quiera que vayan.

E TELV. Con razón por todas partes
los yanquis nos amenazan,
tienen tantos defensores
como el Sr. Fuenteclara....

PEPITO. Ahora está usted de broma.
(levantándose.)

Iremos al piano.

E TELV. Gracias,
á mi amiguita María
la música no le agrada.

PEPITO. Es raro, cuando parece
espiritual y romántica.

E TELV. Padece de *neurastenia*
como se dice.... ¿no?

PEPITO. Vaya,
Pues entonces me retiro.
(bajo á Etlvina.)

Está usted hoy muy ingrata.
A este tiempo D. Inigo y D.
Antonio por el fondo.

ESCENA SEXTA.

DICHOS, D. INIGO Y D. ANTONIO.

D. ANTONIO. (dirigiéndose á Pepito.)

Vamos, usted por aquí!

PEPITO. A salir me disponía.

D. INIGO. ¿Porque llegamos?

PEPITO. Tenía
una cita. Con que así,
hasta la vista, señores.

D. ANTONIO. Adiós, y cordial saludo
á su padre.

E TELV. (á María.) Va sañudo.

MARIA. Lo abrumaste de favores.
(Vase Pepito.)

ESCENA SEPTIMA.

DICHOS, MENOS PEPITO.

D. ANTONIO. Siguiéndole con la vista hasta que
desaparece y dirigiéndose á D.
Inigo.

Mendoza, allí tiene usted
uno de los muchos hijos

de español, que con prolijos argumentos, dicen que, de buena gana extrajeran de sus venas, harto ruines, la sangre de gachupines si donde corre supieran.

D. IÑIGO. Tan indigno proceder suelen pagarle bien caro.

D. ANTONIO. Que lo hicieran no es raro, si que lo dejen de hacer.

D. Antonio y D. Iñigo pasean en segundo término hablando en voz baja.

E TELV. *(á María.)*
Llenos de preocupación han vuelto. Ya lo adivino; han de venir del Casino adonde algún noticia de Cuba los puso así.

D. ANTONIO. *(dirigiéndose á María.)*
Tal vez no pueda zarpar el vapor que ha de llevar las provisiones de aquí, con dirección á la Habana. Han estrechado el bloqueo los yanquis, y solo veo una esperanza lejana aguardando algunos días al "Villaverde," que acaso si no ha tenido fracaso, repuestas sus averías á Veracruz tocará; y con peligro menor el viaje hará usted.

MARIA. Señor.

uno ú otro encontrará en llegar á su destino dificultad, y se pierde mucho tiempo.

D. ANTONIO. El "Villaverde" tiene avezado marino

por capitán y resiste cualquier ataque. Esperemos.

MARIA. Allá en Veracruz lo haremos.

D. ANTONIO. Entonces usted insiste....

MARIA. La familia con quien voy no puede esperarse ya.

D. ANTONIO. Acaso no faltará quien acompañe á usted.

MARIA. Soy, perdone usted mi franqueza, resulta en mis decisiones.

D. ANTONIO. Muy bien. Las vacilaciones suelen acusar torpeza. Entonces almorzaremos y tiempo habrá de pensar.

Etelvina toma del brazo á María y se dirigen á la derecha siguiéndolas D. Antonio y D. Iñigo.

E TELV. *(á María.)*
¡Ay! debías esperar.

D. IÑIGO. Quizá la convenceremos.

Antes de llegar á la puerta entra un criado por el fondo con dos cartas en una bandeja.

ESCENA OCTAVA.

DICHOS Y CRIADO.

CRIADO. Estas cartas del correo.
 ETELV. *(corre hacia él toma las cartas y da una á D. Antonio.)*
 ¡Gracias á Dios! Toma.

D. IÑIGO. A ver.
 qué dicen.

ETELV. *(emocionándose á medida que lee.)*

¡No puede ser!....

D. ANTONIO. *(Aparte después de leer.)*

¡Dios mío!
 ETELV. *(como si hablara consigo.)*

Si no lo creo....

D. IÑIGO. Pero dínos lo que pasa.

ETELV. *(dejándose caer abatida.)*

Que está herido Carlos.

D. IÑIGO. ¡El!

ETELV. Y solo escribe Leonel.

¡Ah! mi cabeza se abrasa!
María se apoya vacilante en el asiento de Etelevina, pudiendo apenas contener su emoción.

D. IÑIGO. *(á D. Antonio.)*

¡Es verdad!

D. ANTONIO. Sí.

D. IÑIGO. ¡Dios de Dios!

que no se muera....

MARIA. *(aparte oprimiéndose el pecho.)*

(¡Ay de mí!)

(pausa, solemne á la discreción de los actores.)

ETELV. *(con profundo abatimiento.)*
 ¡Y ser tan lejos de aquí!....
(repuesta, se levanta, se enjuga los ojos y dice con energía.)
 Pues moriremos los dos.
(á D. Antonio tomando los diversos tonos que requiere la situación.)

¡Padre mío! en el dolor hay una embriaguez suprema...

No me abrume tu anatema

si te dejo por mi amor.

Voy á partir con María;

bendíceme tú y perdona

pues que á tus ojos me abona

de mi Carlos la agonía

Quizá ya no alcance á verle..

¡Oh! sí...sí...me esperará

porque mi espíritu vá

ántes á fortalecerle.

No me niegues la esperanza

que te pido

(después de vacilación y lucha.)

D. ANTONIO. *(con entereza.)* Partiremos.

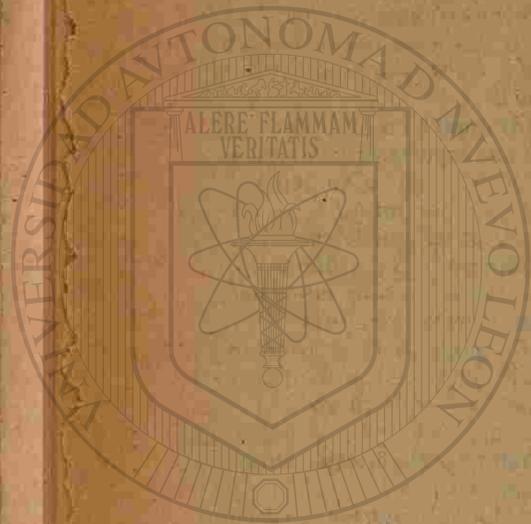
D. IÑIGO. Yo con ustedes.

D. ANTONIO. Veremos

si la vida nos alcanza.

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto Segundo.

Pequeña sala en el hospital español de Caney. Puerta al fondo y dos laterales. Dos camas á los extremos de la sala. Mesa tosca y sillas. Un Crucifijo y un reloj colgados en la pared. Sobre una de las camas, Carlos vestido, duerme. En el extremo opuesto, una hermana de la Cruz Roja prepara una bebida, y sentado cerca, estará un soldado con la frente vendada, el cual es asistente de Carlos. Comienza á declinar la tarde.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS, HERMANA Y ASISTENTE.
HERM. *(Acercándose á la cama y examinando á Carlos.)*
Duerme aún y es necesario dejar que repose. *(ap.)*
¡Es bello!
y está interesante. *¡Vino*
(dirigiéndose al soldado)
de la capital de Méjico?

ASIST. Su patria, cuando la guerra
los yanquis al fin hicieron
declarar á España, y tiene
dos cruces y dos ascensos,
lo mismo que el otro joven
su paisano y compañero.
Hijos los dos de familias
acomodadas de Méjico,
al Sr. Vara del Rey,
general de nuestro ejército,
vinieron recomendados
por sus padres; uno de ellos
español.

HERM.
ASIST.

¡Ah!

Y mejicano

el otro.

HERM.

Apenas lo creo.

Enviarlos y venir
á la campaña contentos,
dejando comodidades
amores quizá....

ASIST.

Los buenos,
los leales á su patria
tradiciones ó abolengo,
dejan todo por la gloria,
por el honor.

HERM.
ASIST.

Lo comprendo.

Solo estos pérfidos yanquis
reducen todo á dinero,
y por dinero pelean
hermana. ¡Oh! sí.

HERM.

Es cierto.

Y en qué punto de combate
fué donde á ustedes hirieron?

ASIST.

En la arqueta de Sevilla,
en ese glorioso encuentro
al desembarcar las tropas
americanas. ¡Qué reto
del débil contra los fuertes!
¡qué horroroso tiroteo
y de valor qué prodigios!
¡Si hubiera vd. visto aquello!
Disputamos palmo á palmo
á los yanquis el terreno
durante cuarenta y ocho
horas, sin más alimento
que el humo de la batalla
condensado en torno nuestro.
¡Horrible carnicería!

Hubo un instante supremo
en el que un guardia civil,
joven héroe, con los restos
de una sección de infelices
convalescientes y enfermos
que en el hospital estaban
de Pozo Blanco, el refuerzo
de una columna enemiga
detuvo con tal denuedo,
que perdió uno por uno
á todos sus compañeros.
Raymundo Braña y Alonso
es el nombre del mancebo
que de ser á punto estuvo
de los yanquis prisionero
y á quien D. Carlos Mendoza
mi capitán, (señalando á Carlos)
con resuelto
valor indómito salva

de segura muerte, hundiendo una y dos y muchas veces, tinto ya en sangre su acero, en el grupo de invasores que á Raymundo como perros asediaban.

HERM. ¡Qué nobleza!

ASIST. Pero ya ve usted, su intento debió costarle la vida.

HERM. Dios premia siempre á los buenos. (nos.)

ASIST. Obscurecía, y las nubes de lluvia entoldando el cielo á detener el combate piadosas al fin vinieron. La retirada emprendimos, y por mi fe bien á tiempo, porque de fatiga exhaustos, llevando heridos y muertos, no parecíamos hombres sino una ronda de espectros. Dios ha querido salvarnos, pero quizás para nuevos combates que se preparan dentro de poco.

HERM. Yo creo que D. Carlos sufrió mucho; pero se halla más enfermo del alma que de la herida.

ASIST. Mire usted, también lo creo. (más bajo y con aire de misterio.) Parece que mi teniente D. Leonel su compañero, tiene una hermana....

HERM. ¡Bella!

ASIST. Muy hermosa y....

CARLOS. (dormido.) ¡Ay!

HERM. Silencio.

CARLOS. (Soñando, en voz alta.)

¡Ea...cobardes... España! á ellos... ¡El hurra grosero pagarán muy caro! ¡Muere! (la última frase la dice haciendo ademán de hundir la espada. Llevándose al pecho las manos. Pero también yo estoy muerto... Etefvina... padre mío...!)

Después de violenta sacudida despierta y se incorpora mirando á todos lados.

HERM. (acercándose solicita.)

¡Sufre usted?

CARLOS. ¡Horrible sueño!

HERM. Ya pasó. Vamos. Ahora el calmante. (le dá una pócima.)

CARLOS. Gracias. Quiero, si está Leonel que le llamen.

ASIST. A buscarle voy.

HERM. Violento.

(vase el asistente.)

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS MENOS EL ASISTENTE.

CARLOS. No han traído alguna carta?

HERM. No la he recibido yo.

CARLOS. ¡Qué amarga es la duda! ¿no?
HERM.

Mucho; pero usted se aparta de lo que nos ha ordenado el doctor. Mucho reposo.

CARLOS. Este sueño fatigoso es el que me ha preocupado.
(Dejando el lecho.)

Pero ya me siento bien. Voy á ser dócil.

HERM. Veremos.

CARLOS. Es preciso. Pronto iremos de nuevo á la lucha.

¿Quién?

HERM. ¿Usted?

CARLOS. Yo. ¿De qué se extraña?

HERM. Mientras que no cicatrice la herida.

CARLOS. Eso se dice, pero el médico se engaña algunas veces.

HERM. Ahora está en lo justo: lo sé.

CARLOS. Pues yo le obedeceré mientras no llegue la hora.

HERM. Algún mal desconocido á usted desespera y no debe ser.

CARLOS. ¿Usted amó?

HERM. Nunca.

CARLOS. Pero ha comprendido que yo sí amo, ¿verdad?

HERM. Tal me parece y yo sé que es usted amado.

CARLOS. A fé

que tanta seguridad no me explico.

HERM. Ni podía

sin que yo se lo explicase.

CARLOS. ¿Usted me conoce?

HERM. Hace

algunos años.

CARLOS. Sería....

HERM. En Méjico.

CARLOS. Pero usted

es española.

HERM. Mi acento,

pero no mi nacimiento.

CARLOS. Entonces....

HERM. Me explicaré.

Un sacerdote virtuoso dirige en la capital de Méjico, el hospital español. Hombre celoso del culto y de la instrucción, para la mujer, fundado tiene un colegio que ha dado frutos á la Religión.

Como todo ser amante del bien lleno de bondad, ejercer la caridad es su deseo constante, y ha formado en su plantel jóvenes que se dedican al hospital y practican los oficios que yo en él. Algunas también envía á España, país natal de aquel apóstol modelo

que así gana para el cielo
 en la lucha mundanal,
 lacerados corazones,
 almas que hiere la duda,
 séres que arroja sañuda
 la vida de las pasiones.
 En ese asilo de calma
 la educación recibí
 y en él también conocí
 á una amiga del alma.
 Huérfana y frizando apenas
 en la juventud florida,
 el cariño nuestra vida
 unió en goces y penas.
 Secreto nunca tuvimos
 una para otra y las dos,
 nuestra fé cifrando en Dios
 tranquilamente vivimos.
 En los días de visita
 iban á verla, un anciano,
 (*marcada atención de Carlos.*)
 y un joven, padre y hermano
 de una bella señorita
 que fué nuestra compañera
 de colegio algunos meses.
 (*mirándole con insistencia.*)
 También usted varias veces
 les acompañaba y era
 para mi amiga un tormento
 verle á usted, y muchos días
 nublaba sus alegrías
 de niña, cruel pensamiento.
 ¿Cuál?

CARLOS.

HERM.

Amar sin esperanza
 porque usted indiferente
 no veía en esa frente
 nube que sus rayos lanza
 para formar la tormenta
 que no estalla en lo exterior,
 porque declarar su amor
 es en la mujer afrenta.

CARLOS.

(*evocando recuerdos.*)
 Esa joven creo que fué....
 que estuvo allí pensionada....

HERM.

Por esa familia honrada
 de quien he hablado á usted.

CARLOS.

Sí, la familia Rivera
 á quien ella mucho amaba.
 Y la joven se llamaba....

HERM.

María de la Barquera.

CARLOS.

¡Ah! sí; la recuerdo ahora;
 ¿sabe usted adonde está?

HERM.

No he vuelto á verla. Quizá
 en Méjico. Superiora
 de un hospital fuí nombrada
 y el colegio abandoné.
 Después á España marché.

Estalló la malhadada
 insurrección y hace un año
 que estoy aquí. Yo creía....
 que acaso usted y María....
 al fin hubieran....

CARLOS.

(*aparte.*) (Qué daño
 ha hecho en mi corazón
 esa historia de dolores.)
 (*á la hermana.*)
 Yo tenía otros amores

HERM. y era amado con pasión.
(con tono dulce pero intencional.)

Era María violeta
desprovista de arrogancia;
no llevó á usted la fragancia
que roba el aura coqueta
para perfumar salones.
(un tanto pisado.)

CARLOS. Hermmana. No me deslumbra
el esplendor. La penumbra
es más bella que los dones
del astro rey que al mirarle
ciega su luz nuestra vista.

HERM. ¿Por qué entonces idealista
usted quiso despertarle
á María sentimientos
que no supo comprender?

CARLOS. (con sinceridad.)
¿Yo.... dice? No puede ser....

HERM. Causa fué de sus tormentos.

En una hora de ilusión,
de no sé qué fatalismo
para María, usted mismo
brillante composición
en sonoro verso escrita
regaló con unas flores
á esa alma virgen de amores,
á esa alma dulce y bendita.
(con delicado reproche.)

Ya vé usted como es culpable,
y Dios quiera que el olvido
con el tiempo haya podido
curar su amor.

CARLOS. (afectado se deja caer en una
silla.) ¡Miserable!

corazón, siempre menguado!
HERM. Perdone la confidencia,
y ruege por la existencia
de aquel ser desventurado.

CARLOS. (levantándose.)
Si pudiera reparar
el daño que la causé.
¿Adónde está?

HERM. No lo sé.

ya lo dije. El hondo mar
del imposible se aferra
en separar en el suelo
á los séres. Hasta el cielo
búsquela usted no en la tierra.
¿Entonces ha muerto?

CARLOS. Sí,
HERM. para el mundo.

CARLOS. No comprendo..

HERM. Hoy ha de estar ejerciendo
lo mismo que ejerzo aquí....

CARLOS. ¿De la Caridad Hermana!..

HERM. Supe en España que lo era.

CARLOS. Niña angelical; siquiera
tras de la contienda humana
premios tendrá su virtud,
mientras que yo. ¡ah! quién
(sabe....!)

si en estas luchas acabe
mi amor y mi juventud.
(Leonel por el fondo.)

ESCENA TERCERA.

DICHOS Y LEONEL.

LEON. Ya sabes que el enemigo pronto nos atacará.

CARLOS. Puede venir, que mas dá; tal vez lleve su castigo.

(Leonel habla en voz baja á la hermana, ésta se sorprende, pero disimula, hace una señal de asentimiento, enciende una pequeña lámpara porque ha oscurecido, y se vá, dando tiempo á los cuatro siguientes versos.)

LEON. Trincheras en cuatro tardes han puesto frente á Caney.

CARLOS. Allí está Vara del Rey para escarmentar cobardes.
(vase la hermana)

ESCENA CUARTA.

LEONEL Y CARLOS.

CARLOS. Me extraño de no tener de Méjico alguna carta, puesto que han llegado buques burlando la vigilancia del bloqueo.

LEON. "El Villaverde"...
"El Cristina" ó "Esperanza"
según me indicaron trae

algunas noticias gratas para nosotros.

CARLOS. ¡Sí? ¡Cuáles?
LEON.

parece que algunas cartas nos traen unos pasajeros que llegaron á la Habana... ó á Guantánamo, hace días; cartas muy recomendadas por nuestros padres y quieren en propia mano entregarlas.

CARLOS. Ha sido mucho arriesgarse y dudo que tales cartas lleguen á nosotros,

LEON. *(aparentando indiferencia.)*

Puede....

No perdamos la esperanza. Creo que están en camino.

CARLOS. ¡Pero es posible? Los matan sin remedio.

LEON. Que optimista eres.

CARLOS. Dudo....

LEON. El Sr. Vara del Rey supo que llegaron y ha ordenado su marcha proteger.

CARLOS. Bien lo merecen porque la empresa fué árdua.
¡Y llegarán?

LEON. Esta noche alguno quizá, y mañana ó después los otros.

CARLOS. ¡Cuántos son?

LEON.

Cuatro.

CARLOS.

¡Ah! se me salta
de angustias y de alegría
el corazón.

LEON.

Mucha calma.

Las emociones muy fuertes
para la herida te dañan.

CARLOS.

No lo creas. Estoy bueno;
nada me duele.

LEON.

(con afectuosa intención.)

Sí, el alma.

CARLOS.

Bien, pero cuando es dichosa.

LEON.

También la dicha nos mata.

Te dejo; estoy impaciente
yo también con la esperanza
de verlos llegar.

CARLOS.

Si duermo
á cualquier hora me llamas.
(vase Leonel, fondo.)

ESCENA QUINTA.

CARLOS.

*(Después de breve pausa, duran-
te la cual se sienta reflexivo.)*

¡Triste condición la mía;
amarme tanto dos seres,
y darle al uno placeres,
y darle al otro agonía!
Acaso me haya olvidado
esa niña desdichada
en hora infansta engañada...
¡No; no la he engañado!
Alguna vez me indicó

que los versos y las flores
le agradaban, y no amores
mi trova le declaró,
ni las flores que le dí
pudieron significar
que yo la debiese amar
ó impresionarla de mí.
Fueron mis versos un canto
que me inspiró su inocencia;
hablaba en ellos de ausencia...
alegrías, penas, llanto.
Es la historia de la vida,
y si es que cada mujer
se dedicase á querer
á quien escribe; perdida
fuera siempre su esperanza
de ver en cada poeta
un amante. Si, me inquieta
pensar que la suerte lanza
á seres impresionables,
en la lucha y los dolores
para vender sus amores
que compran los miserables.

(se pone de pie.)

¡Ah! pero ella está segura
de Dios en la Santa Casa,
y místico amor la abraza
endulzando su amargura.
No volviéndonos á ver,
ha de ser cosa copeluida.
(Llevándose las manos al pecho.)
Me duele ahora la herida.
Procuraré obedecer
la prescripción del doctor.

(Se acerca á la cama, toma unos tragos de la bebida, se sienta sobre el mismo lecho y diciendo los últimos versos se recuesta y á poco queda dormido.)

Ya mi mente se imagina lo que me dirá Etelviva.

Señaremos con su amor

(Después de breves instantes penetran por el fondo, la Hermana y María en traje de Hermana de la Caridad.)

ESCENA SEXTA.

CARLOS, MARIA Y HERMANA.

MARIA. (con vivo interés.)

¿Dónde está Carlos?

HERM. (señalando la cama.) Allí.

MARIA. (acercándose muy quedo)

Duerme. ¿Qué pálido está!

[volviendo al lado de la Hermana]

¿Y la herida?

HERM. Sanará.

MARIA. ¿Desde cuando estás aquí?

HERM. En Cuba un año cumplido tengo, y en Caney dos meses. (mirándola con ternura.)

¿Qué bella estás!

MARIA. (con cariñosa ironía)

Los reveses

me han de haber embellecido.

HERM. Te veo y dudo....

MARIA.

Pues yo,

¿qué diré si hemos luchado ya con el mar agitado,

ya con un bareo que dió al nuestro caza, perdiendo nuestra pista en alta mar!

Pero pudimos llegar tantos peligros venciendo.

Y este viaje. ¿cómo ha sido?

HERM.

MARIA. Como todos los que hacemos,

pues voluntad no tenemos.

Me mandaron y he venido.

HERM.

¿Qué feliz casualidad!

MARIA.

O qué sabia Providencia.

HERM.

(con sincero interés.)

¿Y durante nuestra ausencia

en medio á la soledad

has olvidado tu amor?

He luchado y he vencido.

MARIA.

HERM.

MARIA.

¿De veras? Mucho he sufrido,

pero sabes que el dolor

cuanto más grande se siente

más nos purifica el alma.

Tras la tormenta la calma;

Dios es un padre elemente.

HERM.

Solo explicarme así puedo

que vengas acompañada

de la mujer adorada

por Carlos.

MARIA.

(ingenuamente.) Y tengo miedo.

HERM.

¿Miedo de qué?

MARIA.

Las mujeres

perspicacia femenina

tienen. Pudiera Etelvina sospechar....

HERM. Si tú lo quieres.

Si no la mujer también sabe ocultar á los ojos, palideces y sonrojos que los demás nunca ven. Además, puedes partir á otro cercano hospital sin verle, ni hablarle.

¿A cuál?

A Pozo Blanco.

Cumplir

debo, encargo que me dió ella para él, mientras llega.

Lo haré por tí.

No me niega

el valor con que venció mi alma por Dios inspirada en mi amoroso combate.

(Te toma á su amiga una mano y la lleva al corazón.)

Mira que tranquilo late mi corazón.

(aparte.) ¡Desdichada!

HERM.

MARIA.

Ahora déjame aquí esperando que despierte; nada temas, seré fuerte.

(señalando la puerta derecha.)

Te acompaño desde allí.

(vase.)

HERM.

ESCENA SEPTIMA.

MARIA Y CARLOS.

(el segundo dormido.)

MARIA.

(Después de contemplarle un momento, se arrodilla ante el Crucifijo, ora un instante en silencio y luego en voz alta y emocionada.)

Dios de bondad infinita, fuente de dulce consuelo, si permites que del cielo venga á la tierra, proscrita, el alma que aquí se agita luchando con las pasiones; tú, que ves los corazones, fortalece con tu amor, éste, que llena el dolor de mundanas emociones.

No abandones en el mar de la duda mi barquilla; condúcela hasta la orilla sin dejarla zozobrar:

si formulé ante tu altar votos de sincera fe;

si allí todo lo olvidé

para consagrarme á tí,

compadécete de mí porque en tu bondad confié.

(se enjuga los ojos y ya serena se pone de pie, á tiempo que Carlos se despierta poco á poco para oír ya el siguiente verso de María, incorporándose.)

Me siento tranquilizada.

tienen. Pudiera Etelvina sospechar....

HERM. Si tú lo quieres.

Si no la mujer también sabe ocultar á los ojos, palideces y sonrojos que los demás nunca ven. Además, puedes partir á otro cercano hospital sin verle, ni hablarle.

¿A cuál?

A Pozo Blanco.

Cumplir

debo, encargo que me dió ella para él, mientras llega.

Lo haré por tí.

No me niega

el valor con que venció mi alma por Dios inspirada en mi amoroso combate.

(Te toma á su amiga una mano y la lleva al corazón.)

Mira que tranquilo late mi corazón.

(aparte.) ¡Desdichada!

HERM.

MARIA.

Ahora déjame aquí esperando que despierte; nada temas, seré fuerte.

(señalando la puerta derecha.)

Te acompaño desde allí.

(vase.)

ESCENA SEPTIMA.

MARIA Y CARLOS.

(el segundo dormido.)

MARIA.

(Después de contemplarle un momento, se arrodilla ante el Crucifijo, ora un instante en silencio y luego en voz alta y emocionada.)

Dios de bondad infinita, fuente de dulce consuelo, si permites que del cielo venga á la tierra, proscrita, el alma que aquí se agita luchando con las pasiones; tú, que ves los corazones, fortalece con tu amor, éste, que llena el dolor de mundanas emociones.

No abandones en el mar de la duda mi barquilla; condúcela hasta la orilla sin dejarla zozobrar:

si formulé ante tu altar votos de sincera fe;

si allí todo lo olvidé

para consagrarme á tí,

compadécete de mí porque en tu bondad confié.

(se enjuga los ojos y ya serena se pone de pie, á tiempo que Carlos se despierta poco á poco para oír ya el siguiente verso de María, incorporándose.)

Me siento tranquilizada.

CARLOS. ¡Esa voz!... ¡Adónde estoy?..
¡Y la hermana?

MARIA. Si yo soy..
CARLOS. *(Se levanta, se acerca á ella, la mira fijamente, tratando de coordinar sus ideas.)*

Ese rostro... Esa mirada...
Usted... Usted es... ¡María!
ó yo deliro creyendo
realidad lo que estoy viendo
solo con la fantasía.

MARIA. Soy Carlos, quien dice usted.

CARLOS. ¡Y de Méjico ha venido?

MARIA. Mis deberes me han traído.

CARLOS. ¡Cuánto lo siento.!

MARIA. ¡Por qué?

CARLOS. Porque hoy en estos lugares
la muerte bate sus alas.

MARIA. O nos prepara sus galas
tras de aquellos luminares.

(señalando al cielo.)

CARLOS. Entónces, usted es....

MARIA. Yo....
soy el primer pasajero
de los cuatro....

CARLOS. Ah! el primero.

¡Y los otros?

MARIA. Retardó
un obstáculo su viaje
y no quise ya esperar.

CARLOS. ¡Y cómo pudo pasar?

MARIA. El pasaporte es mi traje;
además, creyendo que
llegar aquí no pudieran

fácilmente, y no cumplieran
un encargo para usted,
yo, Carlos, vengo á entregar
quizá lo que usted ansiaba.
Aquí está. *(Le entrega una pequeña caja que contiene el retrato de Etelvina en un relicario, y una flor, mientras Carlos abre la caja, María dice aparte.)*

(Solo faltaba esto para consumar el sacrificio.)

CARLOS. *(olvida que no está solo: con entusiasmo.)* ¡Ella es!

Mi Etelvina... y una flor..
(después de besar estos objetos advierte la presencia de María y vacilante y cortado le pregunta.)
Y... Usted las trajo?....

MARIA. Un favor
nunca se niega. Después
las cartas recibirán,
si llegar pueden aquí
los otros viajeros.

CARLOS. Y....

¿usted cree?....

MARIA. Dios lo querrá.
Ya mi promesa he cumplido,
nada más tengo que hacer;
voy á partir; el deber
me llama urgente.

CARLOS. *(tristemente.)* ¡Ha venido
para abandonarme luego?

- MARIA. Voy al hospital cercano
de Pozo Blanco.
- CARLOS. Inhumano
exponerse así, sería,
é inútil temeridad.
- MARIA. ¿En donde la caridad
en nosotras estaría
si la vida consagrada
á ejercerla por doquiera,
cobarde retrocediera
ante el peligro?
- CARLOS. Abnegada
sin duda es la misión
de vdes., bien lo comprendo.
- MARIA. Entonces, estoy perdiendo
horas preciosas, que son
para los pobres pacientes
largas como el sufrimiento.
- CARLOS. Aquí también hay tormento
que calmar; olas rugientes
que amontona lo pasado
nublando lo porvenir:
hay que aliviar el sufrir
de un corazón lacerado.
- MARIA. *(con sorpresa.)*
Ese lenguaje me espanta
y no me explico por qué
habla usted así!...
- CARLOS. Yo sé
que usted sufre, y se levanta
terrible en este momento
dentro de mi corazón,
la terrible acusación
del hondo remordimiento.

- (animándose.)*
Era usted feliz un día
del colegio al santo abrigo,
y de su dicha testigo
entonces yo fuí, María.
A empañar esos fulgores
de celestial venturanza
á sembrar una esperanza
para recojer dolores,
fuí yo inconscientemente,
se lo juro por mi honor,
mas yo desperté el amor
en ese pecho inocente...
*(aparentando seriedad con di-
simulada intención.)*
¿Usted... Usted? Imposible.
Sueña, delira... no es cierto.
Yo no amé nunca.
(con triste seriedad.) Despierto
estoy ahora, y sensible
á su abnegación profunda.
Comprendo que oculte uste
lo que pasó, lo que fué,
lo que de pesar inunda
desde que lo supe, mi alma
y por lo que ahora pido
el perdón que no he podido
antes pedirle.
- MARIA. La calma
recobre usted, Carlos, yo,
no tengo que perdonar,
y siempre habré de pensar
que usted, usted se engañó.

CARLOS. Fuera mejor por mi vida,
pero no estoy engañado.
MARIA. ¡Y quién pudo haber osado
calumniarme!

CARLOS. La sentida
confesión de su dolor
calumnia no puede ser.
Hay un cariñoso ser
que confiado en mi honor,
de usted el amor secreto
me dijo en supremo instante.

MARIA. *(aterrorizada.)*
¿Quién es? . . .

CARLOS. No importa. Delante
(señalando el Crucifijo.)
del Hijo de Dios, respeto
es lo único, María
que para usted hubo en mí.
Sea testigo El, que aquí
le pido el perdón que ansía,
quien con tanta ligereza
no con instintos perversos
dióle á usted flores y versos
que le causaron tristeza
porque amarla no podía
quien ser discreto debió
y en su error no comprendió
que amor, mujer, poesía,
son tres notas que jamás
han de resonar aisladas,
pues mientras más separadas
el alma las une más:
tres cuerdas de arpa que vibra
y responde al sentimiento

con el unísono acento
que conmueve hasta la fibra
más débil del corazón.
¡Ay! de quien no lo comprende
y en ellas el fuego enciende
de mortífera pasión.

MARIA. *(aparte muy abatida.)*
¡Dios mío! perdón. . . yo muero.
¿Para qué le viene á ver? . . .
(tratando de sobreponerse á la emoción.)

Carlos, adiós. . . Puede ser
que para siempre.

CARLOS. *(suplicante.)* No quiero
que usted me abandone así
sin otorgarme siquiera
su perdón.

MARIA. ¿Y qué pudiera
decirle, pobre de mí,
cuando culpable no es
de aquél delirio insensato?
Esa flor y ese retrato
le acompañarán después
en esta su soledad

(casi llorando.)
Dios ha querido probarle,
y también querrá salvarle
de cruel adversidad.

No se oponga á mi partida
se lo ruego, y generoso
lo hará por mí, ¿no?

CARLOS. Azaroso
ha sido en la triste vida
para usted el paso incierto:

pero el mártir siempre alcanza
á distinguir la esperanza
que brilla en lejano puerto.
La virtud en el dolor
se acrisola y engrandece.
¡Feliz quien así padece!
(aparte, alzando al cielo los ojos.)

MARIA.

¡Ten piedad de mí, Señor!
Por última vez, María,
no me deje usted, presiento
algo que mi pensamiento
traduce por agonía.

CARLOS.

Vamos á ser atacados
dentro de poco, pudiera
ser muy bien que sucumbiera
y fuésemos destrozados.
Sin usted, ¿quién llevará
á mi padre cariñoso,
el suspiro congojoso
que de mí se escapará
si la muerte...

MARIA.

(interrumpiéndolo.) No lo diga.
(aparte.)

*(Porque me falta valor
para dejarle.)* á él. ¡Qué horror!
usted, morir... no... no siga
diciéndomelo por qué...

*(dominándose y el primer verso,
aparte.)*

¡Basta de debilidad!

Carlos... en la eternidad
nos veremos. Sea usted
digno de mí... de los dos...

(pausa solemne.)

CARLOS.

*(tendiéndole la mano para des-
pedirse y retirándola arrepentido.)*

María... ¡oh! no... no puedo...
No sé por qué tengo miedo
de darle á usted este adiós.

*(María llora tratando de que no
lo advierta Carlos; pero éste la
ve enjugarse los ojos, se arrodilla
y le toma una mano que ella se
resiste á abandonarle.)*

Si no es posible dejar
que parta usted... Si de hinojos
se lo ruego, y en sus ojos
estoy mirando temblar
del noble llanto á través
la compasiva mirada
que espera el alma angustiada
humildemente á sus pies.

*Ha amanecido y la luz inunda
la estancia. Mientras Carlos di-
ce los ocho versos últimos apare-
cerán por el fondo D. Iñigo, D.
Antonio y Eitelvina, que ansiosos
quieren llegar adonde está Car-
los, pero que se detienen sorpren-
didos ante la actitud que guar-
dan él y María.*

ESCENA OCTAVA.

DICHOS, D. ANTONIO, D. IÑIGO Y ETELVINA.

MARIA. *(Logra desprenderse de Carlos y se dirige con precipitación á la puerta del fondo, encontrándose con el grupo. Los vé aterrorizada, vacila y cae desplomada exclamando.)*

¡Ah!

(Al escuchar Carlos la exclamación se levanta y al dirigirse á María se encuentra con el grupo también. Momentos de estupor.)

ETELV. ¡María! *(atendiéndola así como D. Antonio.)*

D. ANTONIO. ¡Ella!

CARLOS. *(queriendo arrojarle en brazos de D. Iñigo y conteniéndolo éste.)*

¡Padre!...

D. IÑIGO. ¡Así cumples tus deberes, seduciendo á las mujeres?...

CARLOS. *(con solemnidad.)*
Por mi noble y buena madre
que desde el cielo me vé,
juro de ambos la inocencia.
(acercándose á Etelvina.)

ETELV. ¡Me crees?
(llorosa y con tono de disculpa.)

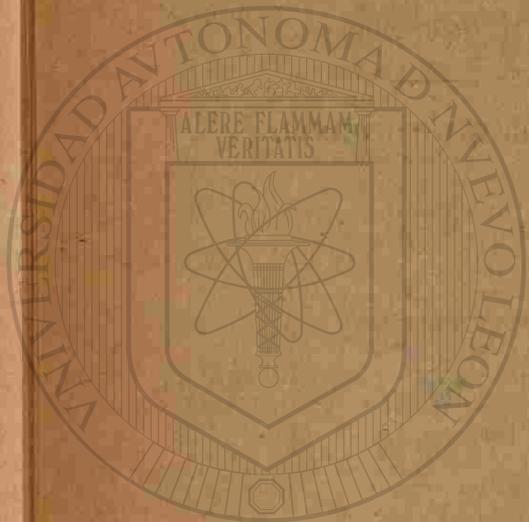
CARLOS. Carlos; mi conciencia
me dice que sí.

CARLOS. *(á D. Antonio.)* ¡Y usted
Don Antonio?

D. ANTONIO. Yo á tu honor
fié la dicha de Etelvina;
de Dios la bondad divina
disipará nuestro error.

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto Tercero.

CUADRO PRIMERO.

La misma decoración del acto anterior, suprimiendo las camas y dejando solamente á la derecha la mesa y dos sillas, y á la izquierda dos sillas que se quitarán á su tiempo; estos muebles estarán cercanos á las puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO, D. IÑIGO Y CARLOS.

(Los primeros sentados y el segundo de pie.)

CARLOS.

Todo lo saben ustedes.
De su fallo mi esperanza
depende y pronto el destino
descorrerá en la batalla

D. IÑIGO. el arcano misterioso
que lo porvenir nos guarda,
(con tono de autoridad.)
Si mueres, del sacrificio
habrás librado á dos almas.
Y si vives, Etlvina
sabrás si dignificada
tu conducta, has merecido
su esposo sér.

D. ANTONIO. La desgracia
es amigos míos fuente
que extingue la activa llama
de las pasiones; la prueba
en estas lides humanas
Esperemos, pero mientras
si es verdad que la batalla
tan próxima está, pongamos
á esa niña desdichada
á salvo de desventuras
que con la que tiene basta.

D. IÑIGO. ¿Qué hacer para conseguirlo?

D. ANTONIO. Ponernos ahora en marcha
para Santiago.

CARLOS. Imposible.

D. ANTONIO. Lo intentaremos.

CARLOS. Cortada
está por el enemigo
toda comunicación.

D. ANTONIO. La casa
piensas que estará segura
de cualquier asalto?

CARLOS. Se halla
distante de las trincheras.
Es hospital y esto basta.

La respetarán sin duda,
si fuésemos por desgracia
derrotados.

D. ANTONIO. *(á D. Iñigo.)* ¿Quiere usted
que consultemos á Vara
del Rey?

D. IÑIGO. Encuentro sensata
esa idea.

D. ANTONIO. Pues entónces
pongámosla luego en práctica.
*(se van por la derecha, hablando
en voz baja.)*

ESCENA SEGUNDA.

CARLOS.

*(paseando pensativo unos mo-
mentos.)*

Estoy resuelto. Las dos
felices no pueden ser.

Serlo yo, fuera ofender
con un sacrilegio á Dios.

Próxima la lucha está
y ha de ser encarnizada:

¡ si allí estuviese, marcada
mi última hora... Será

porque Dios lo quiere así,
y á su voluntad sujeto,

yo sus designios respeto:
El que disponga de mí.

(Asistente por el fondo.)

ESCENA TERCERA.

CARLOS Y ASISTENTE.

ASIST. Mi capitán, este pliego
del teniente coronel.

CARLOS. *(lo abre y lee.)*
¡Orden de marcha! ¡Y Leonel!
búscale, que venga luego.
(vase el asistente.)

ESCENA CUARTA.

CARLOS, ETELVINA Y MARIA

*que por la izquierda entran á tiempo, de salir
el asistente.*

ETELV. Vi pasar al asistente
con un pliego: ¿es para tí?

CARLOS. Mirale.

ETELV. *(leyendo bajo.)* Lo presentí. *(ap.)*

MARIA. Es la hora. *(aparte.)*

ETELV. *(dirigiéndose á ambos en todo lo
que sigue.)* Si en mi mente
la duda pudo haber
por un instante; serena
de ustedes dos en la pena
con claridad puede ver,
de María la virtud,
el horrendo sacrificio,
de tí, tal vez poco juicio
pero mucha gratitud.
Vas á batirte á la guerra.
Solemnes son los momentos,
y justos dos sentimientos

qué tu corazón encierra:
el amor que para mí,
lo sé, vive noble y santo;
para María el llanto
(señalando el corazón de Carlos.)
que está rebosando allí.
Quédense, pues, los recelos
de vulgaridad para otros:
(con tierna emoción.)

¿no es cierto que entre nosotros
no caben dudas ni celos?

(con arranque de pasión.)

Etelvina, vida mía.

(muy emocionada.)

Eres grande y generosa.

Y tú?....

(con modestia.) Yo....

Alma virtuosa

que aquí vivir no debía.

Después de la explicación

que á todos ha satisfecho,

solo ella tiene derecho

para nuestra compasión.

Ella es la víctima, sí,

de un amor desventurado.

que con tacto delicado

me confié y comprendí,

la víspera de emprender

este viaje.

(admirada.) ¡Yo, Etelvina!...

Una mujer adivina

lo que oculta otra mujer.

Yo adiviné tu secreto;

compadecí tu dolor,

consagrándole á tu amor
 mi cariñoso respeto,
 y un depósito confié
 á tu discreta amistad ;
 has cumplido con lealtad
 y lo que ha pasado fué
 lo que suceder debía :
 noble tú, él generoso,
 vino el impulso grandioso
 de invencible simpatía.
 Que yo viniese, ignoraba.
 Le prohibí te lo dijera,
 y él buscaba quien le diera
 el consuelo que faltaba
 en este supremo instante
 de colocarle la suerte,
 entre la vida y la muerte
 que ahora tiene delante.
 De vdes. dos la bondad
 reconozco sin rubor.
 Eres digno de mi amor.
 María de mi amistad.
 Mas ya el fragor de la guerra
 hiere crúel mis oídos,
 y á sus golpes repetidos,
 mi pecho late y se aterra.
 No quiero pensar que allí
 termine todo... no quiero...
(profundamente afectada.)
 Etelvina ! *[estrechando su mano.]*
(pasándose la mano por la frente
para serenarse y advirtiendo
que María llora.)

CARLOS.

ETELV.

¡ Basta !... Entero.

es necesario que aquí
 sobreponga el corazón
 imprescindible deberes,
 al llanto de dos mujeres
 cobardes en la aflixión.
 Vé, Carlos; héroe te adoro ;
 mártir formarás mi gloria
 y guardaré tu memoria
 de mi amor con el tesoro.

(Leonel por el fondo.)

ESCENA QUINTA.

DICHOS Y LEONEL.

LEONEL.

El Teniente Coronel
 órden de partir nos dá,
 vengo por tí.

ETELV.

Ya se vá.

Y tu querido Leonel,
 hermano mío, escucha.
 En esa tremenda lucha
 no se separen tú y él.

LEONEL.

Juntos á Cuba venimos,
 y por doquiera, estaremos
 unidos si perecemos,
 juntos si sobrevivimos.

CARLOS

[Toma á Etelvina una mano y la
estrecha contra su corazón.]

Que Dios vele por tu vida.

ETELV.

El acompañe á los dos....

CARLOS.

(tendiendo á María la mano.)

María....

MARIA.

Carlos....

CARLOS. ¡Adiós!
(á Etelvina.)
 Mi padre... el tuyo...

ETELV. Descuida
 Me despediré por ti.

LEONEL. *(abrazá á Etelvina, la besa en la frente y luego se dirige á María.)*

MARIA. Ruegue al cielo por nosotros.
 Yo necesito más de otros
 para que rueguen por mí.

(Vanse por el fondo Carlos y Leonel, acompañándolos Etelvina y María hasta la puerta. Vuelven las dos al centro del proscenio y pasados algunos momentos de silencio en que las dos lloran, se enjugan los ojos.)

ESCENA SEXTA.

EETELVINA Y MARIA.

ETELV. Iremos al campamento,
 no es verdad?
 MARIA. Es mi deber.

ETELV. Pero tú...
 Le quiero ver
 hasta el último momento,
 porque es horrible la duda.

MARIA. ¿Tendrás valor?
 ETELV. Lo tendré,

porque pienso que la fé
 del peligro nos escuda.
(Vanse por la izquierda á tiempo de entrar por la derecha D. Inigo, D. Antonio y el General Vara del Rey.)

ESCENA SEPTIMA.

D. INIGO, D. ANTONIO Y D. JOAQUIN.

D. ANTONIO. ¿Lo cree usted, general?
 D. JOAQ. He visto la órden. Cervera
 presentó de tal manera
 el combate desigual
 á que se habrá de exponer
 abandonando la rada,
 que solo gente obcecada
 ha podido disponer
 que se lance á la ventura.
 D. INIGO. Cervera es un gran marino.
 D. JOAQ. Luchar hoy contra el destino
 es hallar muerte segura;
 el destino para España
 está en manos vacilantes,
 y todos los Almirantes,
 no bastan contra la saña
 de partidos y opiniones,
 de pactos y conveniencias,
 de impenetrables conciencias,
 de pérdidas transacciones.
 ¿De qué nos sirve el ardor
 de nuestro pueblo patriota,

si á los pies del trono rota
está la ley del honor
por esas manos que ocultan
la verdad de sus intentos
y conceden parlamentos
á quienes hoy nos insultan?
¡Pero cómo?

D. IÑIGO.

D. ANTONIO.

D. JOAQ.

Diga usted.
Ayer recibió Toral
pliegos de Shafter; si tal,
en los que propone que
cesen las hostilidades....
y se habla de rendición....

D. IÑIGO.

D. ANTONIO.

D. JOAQ.

¡Es posible?
¡Qué baldón
para pasadas edades!
¡Y se suspendieron?

Sí....

para que los enemigos
continúen construyendo
trincheras y disponiendo
mejor su ataque. Testigos
van á ser ustedes dos
de algo que el alma horripila,
algo en que la fé vacila
y pide el juicio de Dios.
Pero cuando hable la historia
del patriotismo español,
ha de morir tanto sol
que usurpa hoy nuestra gloria,
y ha de quedar solo en pie
ese modesto heroísmo
que levanta por sí mismo
todo lo que grande fué.

Cada lucha, cada paso
contra la guerra invasora,
para España es una aurora,
para el sajón un ocaso;
pues nunca podrá decir
la generación presente
que tiene lauros la frente
de quien nos vino á invadir.
¡Ah! sí, seremos vencidos
porque la suerte lo quiera,
pero en torno á la bandera
sucumbiremos unidos.

(Se escuchan lejanas detonaciones de cañón.)

¡Han oído ustedes?

Sí....

D. IÑIGO.

D. JOAQ.

(Con indignación.)

¡Y pidieron parlamento!...
¡Vive Dios! yo no consiento
que así se burlen de mí.

(A D. Iñigo y D. Antonio.)

Seguros en cuanto cabe
estáis en este hospital.

D. ANTONIO. Gracias. (Despidiéndose.)

D. IÑIGO. Adiós, General.

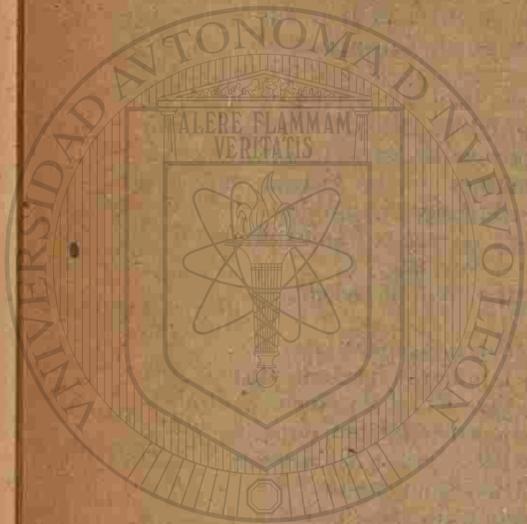
D. ANTONIO. Hasta la vista.

D. JOAQ. ¡Quién sabe!

Pero juro por mi honor,
no sobrevivir al duelo
de ver hollando este suelo
la planta del invasor.

(Vanse por el fondo.)

FIN DEL PRIMER CUADRO.



MUTACION.

Compamento en el Portillo del Caney. Todo el fondo lo compone una trinchera: á derecha é izquierda dos troneras á igual distancia y en cada una, una pequeña pieza de artillería, con tres artilleros. Hacia el centro del proscenio junto á la trinchera tres ó cuatro pabellones de fusiles y dos bohíos ó chozas al extremo de los laterales. Varios soldados limpiando sus armas y haciendo alguna otra faena del servicio. Dos centinelas custodiando la trinchera.

ESCENA PRIMERA.

ASISTENTE DE CARLOS, SARGENTO Y SOLDADOS. ®

ASIST.

(Asomándose al bohío de la izquierda.)

Duermen aún.

SARG. La velada
no estuvo muy agradable:
batirse toda la noche....

SOLD. 1.º ¿No dijeron que los yankees
pedían el parlamento?

ASIST. Sí; pero sin esperarle
se han divertido tirando.

SOLD. 2.º Deben tener mucho parque.

ASIST. Poca vergüenza.

SARG. Las leyes
de la guerra nada valen?

SOLD. 1.º Para ellos, no, por lo visto.

SOLD. 2.º Pues entonces, adelante,
que ya con la luz del día
más fácil es el combate.

SARG. Para morir es lo mismo.

SOLD. 2.º ¿Y nada por fin se sabe
del General?

ASIST. Que está herido,
y así dirigió el ataque,
hasta que le retiramos
quitándole del alcance
de la horrible granizada
que los parapetos yankees
nos arrojaron sin tregua
durante toda la tarde.
Por la noche pretendieron
á D. Carlos saltarle
dos veces con insistencia;
pero él que no es un cobarde,
y además que se le nota
algo así... que sobresale
de lo natural, batióse
con temerario coraje.

SOLD. 1.º ¿No advertiste cuando había
declinado ya la tarde,
que uno de los invasores,
parece oficial, el Maüsser
tenazmente dirigía
hacia D. Carlos?

ASIST. Matarle
ha de haber sido su empeño
puesto que era del combate
el alma.

SOLD. 1.º ¿Qué mejicanos
tan valientes!....

ASIST. Ya se sabe.

SARG. Es que la raza no miente.
Ya ves la muestra.

SOLD. 2.º Envidiable.
(Oídos y Leonel saliendo del bo-
hío de la izquierda.)

ESCENA SEGUNDA.

CARLOS, LEONEL Y SOLDADOS.

LEONEL. Te aseguro que le ví.

CARLOS. Si me parece imposible.

LEONEL. Todo puede ser posible
para los entes así.

CARLOS. Capaz de la felonía
lo creo; pero el valor
niego á quien le falta honor
sobrándole cobardía;
y Fuenteclara es cobarde.
Ya lo sé....

LEONEL.

CARLOS. (Con convicción.)
Te has engañado.

LEONEL. No, Carlos, si lo he mirado con el anteojo ayer tarde.
 CARLOS. *(Con sarcasmo.)*
 Vendría en pos de Etelvina; más ya se persuadirá, de que fué venir acá ocurrencia peregrina, y sobre todo sirviendo causa tan justa, Leonel. ¡Y cuál será su papel en el ejército?

LEONEL. Entiendo por el arreo juzgando, que debe ser oficial de voluntarios.

CARLOS. Cabal; estuvieron ocupando varias veces la trinchera para batirnos ayer. Curioso sería ver que Fuenteclara tuviera valor que nunca le ví.

LEONEL. Ese será un acertijo.

CARLOS. De soldado á lagartijo de Plateros, (1) hay aquí diferencia colosal.

LEONEL. Todo lo vence el amor....

CARLOS. Dices bien, pero la flor que ostentaba en el ojal de su americana eterna no es una cota de malla.

(1) Nombre con que se designa en Méjico á cierta clase de individuos desocupados que pasan la mayor parte del día en las calles de Plateros y otras.

LEONEL. Me parecía oír.... Calla.
(Se escuchan otra vez detonaciones algo lejanas.)

CARLOS. Detonaciones. ¡Qué tierna nuestra entrevista será si Pepito y yo nos vemos.
(A los soldados.)
 ¡Muchachos! si no volvemos, á ustedes les tocará este punto defender. Vuestro valor no me engaña. Cumpliréis, y....

SOLDADOS. *(Interrumpiéndole)*
 ¡Viva España!

CARLOS. ¡O sucumbir ó vencer!....
(Vanse Carlos, Leonel y asistente.)

ESCENA TERCERA.

SOLDADOS.

(Continúan escuchándose detonaciones. Los soldados toman sus armas formándose al pie de la trinchera.)

SARG. No sé por qué me parece que acaba mal el jaleo.

SOLD. 1.º Eso se vé.

SOLD. 2.º Ya lo creo.

SARG. Y tanto....

SOLD. 1.º Nada.... me escuece que no vengán todavía esos gringos.

SARG. Ya vendrán,
y acaso nos lincharán.
SOLD. 2.º Pero por Santa María
que antes de sufrir tal cosa,
han de acordarse de mí.
SARG. Y de todos; eso sí;
y de Caney y Canosa.
(*Por la derecha Etelvina, Ma-
ría y la Hermana de la "Cruz
Roja."*)

ESCENA CUARTA.

DICHOS, MARIA, ETELVINA Y HERMANA.

ETELV. No están aquí.
(*A los soldados.*) ¿El capitán?
SARG. Ha partido hace un momento
para el Portillo
EETELV. (*A las dos.*) Presiento
que pronto se batirán.
MARIA. Aquí te dejamos.
EETEL. No.
Le seguiremos.
(*Al sorgento.*) ¿Vendrá?
SARG. Señorita, eso será
si Dios lo permite.
EETELV. Yo.....
quiero con ustedes ir;
luchar, defenderlo.
HERM. Espera
EETELV. Pero si mientras muriera....
MARIA. Dios no lo ha de permitir.
HERM. Tal vez cercauo el momento
en que una bala perdida

nos privase de la vida,
no quiero el remordimiento
llevar de la indiscreción
que cometí revelando
el secreto que está dando
tan amarga solución
á las horas de alegría
que aquí esperabas tener.
No puedo con calma ver
que sufran tú, él, María....

EETELV. Dios que ve nuestra conciencia,
sabr  por qué padecemos.
Ahora solo pensemos
en cuidar de la existencia
de Carlos. ¡Arrecia el fuego!
(*Se aviva el fuego, y se escuchan
las detonaciones más cercanas.*)
Madre Virgen de Dolores,
No me niegues tus favores.
Vela por él, te lo ruego.
(*Se escucha de lejos el clarín, to-
cando enemigo al frente.*)
¿Qué es eso?

SARG. Que cerca est 
la hora de combatir.
(*A la Hermana.*)
MARIA. Pronto; vamos   cumplir
nuestros deberes all .
(*Al salir las tres por la derecha
entra el asistente de Carlos y otros
soldados para reforzar la trin-
chera.*)

ESCENA QUINTA.

DICHOS, ASISTENTE Y SOLDADOS.

ASIST. *(A Etelevina.)*
¡Señorita!...

Etelev. ¡Qué sucede?

ASIST. Todo está perdido.

Etelev. *(Con ansiedad.)* ¡Y Carlos?

ASIST. A este punto se encamina con unos cuantos soldados. Nuestro general ha muerto. ¡Vara del Rey! ¡y mi hermano?

Etelev. Herido le traen.

MARIA. ¡Dios mío!

ASIST. El enemigo ensañado persigue al pequeño grupo, que se bate sin descanso. Ya están ahí.

SARG. ¡Oh! qué dicha; morir podré á su lado!

Etelev. *(Carlos y un grupo de soldados por la izquierda. El primero empuñará en una mano la bandera española y en la otra la espada.)*

ESCENA SEXTA.

DICHOS, CARLOS Y SOLDADOS.

CARLOS. *(Al ver á Etelevina sorprendido.)*
¡Etelevina, vida mía!...
(Después de estrecharla.)

Aléjate. *(Luego á los soldados, saltando á la trinchera.)*

¡Fuego! ¡Fuego!
(Los artilleros disparan y lo mismo la fusilería. El enemigo dispara también y caen de la trinchera algunos heridos á quienes atienden solícitamente María y la hermana, mientras Etelevina sigue con ansiedad los movimientos de Carlos.)

Etelev. ¡Señor! escucha mi ruego...
¡Qué ansiedad y qué agonía!
(Acercándose á Carlos suplicante.)

No acrecientes mi tormento.
Cúbrete con la trinchera.

CARLOS. *(Con bélico ardor.)*
Mi escudo es esta bandera de un heroico regimiento.

(Una granada del enemigo derrriba al suelo uno de los dos cañones. Un casco del proyectil hiere en la cabeza á la Hermana, que vacila un momento y cae.)

Etelev. *(Lo advierte y corre hacia ella.)*
¡Jesús me valga!

CARLOS. ¡Qué cosa!

Etelev. Que se muere, Virgen Santa.

CARLOS. *(Acercándose al grupo.)*

¡Huye por favor! me espanta idea crúel y horrorosa!

Etelev. De tí no me apartará ningún poder de la tierra,

y pues que vine á la guerra
de mí el cielo dispondrá.
(*Sigue disparando á intervalos
el cañón que queda.*)

(*Etelvina angustiada, á María.*)
María, ven, por favor.

MARIA.
(*Acude y ambas se arrodillan.*)
¡Si está muerta, Dios del alma!
dale del mártir la palma
en tu morada, Señor....

(*Se levanta, se enjuga los ojos
y vuelve al lado de los heridos.*)
(*Las detonaciones cesan y ad-
virtiéndolo Carlos vuelve á la trin-
che a.*)

CARLOS.
SARG. ¡Qué sucede?
Que agotadas
las municiones están.

CARLOS.
SARG. ¡Por Cristo!...
(*Con resolución heroica.*)

 Mi capitán;
hay bayonetas y espadas.
(*Resuena hacia el fondo un "hu-
rra" de triunfo, asomando por la
trinchera varios soldados ameri-
canos. El primero que pone el
pie sobre ella es Pepito, armado
de pistola y espada.*)

Al ruido, María se pone de
pie y Etelvina en el lado opuesto
se coloca al lado de Carlos. Los
soldados americanos detenidos
por los españoles, disparan al-
gunos tiros; uno de ellos hiere á

María y cae muerta, otro á Car-
los, pero queda en pie. Los sol-
dados españoles defienden á la
bayoneta el punto, mientras pasa
la escena siguiente.)

ESCENA SEPTIMA.

DICHOS, PEPITO Y SOLDADOS AMERICANOS
ATAcando.

PEPITO. (A Carlos.)
¡Ah! por fin ya te encontré,
y vas á morir. (*Le dispara.*)
CARLOS. (*Nuevamente herido cae sin dejar
la bandera ni la espada, recosta-
do sobre las ruedas del cañón.*)
¡Traidor!....

ETELV. (*Con espanto.*)
¡Fuenteclara!
PEPITO. (A Carlos.) De su amor
en pos vine y lo tendré.
ETELV. (*Irguiéndose altiva.*)
¡Eso nunca!
PEPITO. (*Trotando de asirla.*) Mía serás.
Ven.

(*Carlos trata de ponerse en pie,
pero vuelve á caer desfollecido,
pintándose en su rostro las emo-
ciones que le agitan.*)

ETELV. ¡Miserable, asesino....!
PEPITO. Tú lo quisiste; el destino
tiene que cumplirse. [*Da un
paso hacia ella. Etelvina arran-*

ca la espada de la mano de Carlos y la empuña)

Etelv.

¡Atrás!

y pues no temes de Dios
la cólera justiciera,
muere, infame! *(Le hunde la espada.)*

El cielo quiera
perdonarnos á los dos.

(Horrorizada vé á Fuenteclara.)

¡Ah! qué horror!....

(Vuelve á Carlos.)

¡Carlos! mi bien....

responde... me vuelvo loca....

(Tocándole y acercando al suyo el rostro de Carlos.)

¡Si no respira su boca!....

¡Si no palpita su sien!....

(Repentinamente sufre un trastorno mental, se oprime lo frente, tiene una escena muda luchando con encontrados sentimientos, y luego una transición de calma y ternura, durante la cual se arrodilla junto á Carlos.)

Duerme, duerme, vida mía....

Ha calmado la tormenta.

¡Qué risueño se presenta
de nuestra ventura el día!

(Así permanece algunos momentos enagenada. Los soldados americanos toman por fin la trinchera y quedan muertos ante el grupo de Etelvina y Carlos.)

(A este mismo tiempo D. Iñigo y D. Antonio por la derecha, sumamente agitados.)

ESCENA OCTAVA Y ULTIMA.

DICHOS, D. ANTONIO Y D. IÑIGO.

D. ANTONIO. ¡Mi hija!....*(Estrechándola.)*

D. IÑIGO. ¡Carlos!....

Etelv. *(Risueña señalando á Carlos.)*

¡Feliz

en mi regazo dormido....!

D. ANTONIO. *(En el colmo del dolor.)*

¡Dios de bondad ha perdido
la razón esta infeliz!....

D. IÑIGO. *(Profundamente conmovido.)*

¡Hijo de mi corazón,
descansa en paz, Dios lo quiso;
ya tienes del Paraíso
el eterno galardón!....

TELON LENTO.

FIN DEL DRAMA.

